

CIUDAD, UNIVERSIDAD Y POLITICA:

REFLEXIONES DESDE EL OFICIO DEL HISTORIADOR

El libro que el lector tiene ahora en sus manos recoge varios de los análisis de opinión elaborados por el autor para un público mucho más amplio, aquel que tiene la buena costumbre de leer periódicos o portales virtuales como zonacero.com. De hecho, el grueso de los artículos aquí publicados, aparecieron paulatinamente en este último portal, coordinado por el periodista Laurian Puerta Ordóñez.

La idea fundamental que estimuló la preparación de estos artículos podría decirse que tiene dos rostros: el de establecer un contacto más continuo y directo entre el historiador y un público más amplio, y el de construir un canal de comunicación para transmitir a ese público los saberes específicos de la historiografía, y el punto de vista del historiador sobre los problemas actuales, de coyuntura, del país y el exterior.

CIUDAD, UNIVERSIDAD Y POLITICA:

REFLEXIONES DESDE EL OFICIO DEL HISTORIADOR

Por Milton Zambrano Pérez

“ Este libro brota del interés por ampliar el radio de acción de los historiadores y de la historia utilizando como vehículo los medios masivos de comunicación. Se espera que este deseo y esta pretensión se haya expresado satisfactoriamente en el nivel de los análisis que ahora el lector tiene la oportunidad de leer

MILTON ZAMBRANO PEREZ
UNIVERSIDAD DEL ATLÁNTICO



www.uniatlantico.com
Universidad del Atlántico
Puerto Colombia, Colombia
Carrera 30 Número 8- 49



CIUDAD, UNIVERSIDAD Y POLITICA:

REFLEXIONES DESDE EL OFICIO DEL HISTORIADOR

Milton Zambrano Pérez

CIUDAD, UNIVERSIDAD Y POLITICA:

REFLEXIONES DESDE EL OFICIO DEL HISTORIADOR

Por Milton Zambrano Pérez



Sello Editorial
**UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO**

CIUDAD, UNIVERSIDAD Y POLITICA:

REFLEXIONES DESDE EL OFICIO DEL HISTORIADOR

Milton Zambrano Pérez ha sido profesor de historia y de otras asignaturas en la Universidad del Atlántico por muchísimo tiempo. Esa experiencia intelectual influyó de manera directa en su trabajo como maestro de varias generaciones, y en su labor reflexiva, perfilado hacia los estudios históricos (sobre de todo de temas relacionados con la historia de Barranquilla), con respecto al análisis historiográfico, y a los ensayos de opinión para un público amplio, a través de los medios comunicación masivos.

Ese esfuerzo intelectual se concreta en varios libros, entre los cuales el más representativo sigue siendo El desarrollo del empresariado en Barranquilla, 1880-1945, publicado por la Universidad del Atlántico en 1998. Así mismo, su actividad investigativa y reflexiva se expresa en ensayos y artículos de carácter histórico para libros, revistas y otros medios locales, regionales e internacionales.

CIUDAD, UNIVERSIDAD Y POLITICA

REFLEXIONES DESDE EL OFICIO DEL HISTORIADOR



Sello Editorial

**UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO**

La presente obra es posible gracias a las siguientes autoridades académicas de la Universidad del Atlántico:

Danilo Hernández Rodríguez

Rector

Leonardo Niebles Núñez

Vicerrector de Investigaciones, Extensión y Proyección Social

Alejandro Urieles Guerrero

Vicerrector de Docencia

Mary Luz Stevenson

Vicerrectora Financiera

Josefa Cassiani Pérez

Secretaria General

Miguel Caro Candezano

Jefe del Departamento de Investigaciones

Agradecimientos especiales

Facultad de Ciencias Humanas

CIUDAD, UNIVERSIDAD Y POLITICA

REFLEXIONES DESDE EL OFICIO DEL HISTORIADOR

Por:

Milton Zambrano Pérez



Impreso por Universidad del Atlántico
Colombia | Atlántico | Barranquilla

Zambrano Pérez, Milton. Ciudad, universidad y política: reflexiones desde el oficio del historiador / Milton Zambrano Pérez. – 1 edición. – Puerto Colombia, Colombia: Sello Editorial Universidad del Atlántico, 2021. Incluye bibliografía.

ISBN: 978-958-5173-62-0 (Digital descargable)

1. Historiografía. 2. Historia universal. 3. Historia—Colombia – Atlántico. I. Autor. II. Título.

CDD: 100 Z24

Los datos consignados en la catalogación fueron tomados del registro del título en la Cámara del Libro en fecha 2021-11-03, bajo radicado No. 420020 [Consultado el 4 de noviembre de 2021 según registro adjunto a la solicitud de catalogación].

© 2021, Sello Editorial Universidad del Atlántico.
ISBN 978-958-5173-62-0 (Digital descargable)

Coordinación editorial
Jorge Armando Navarro Beltran

Diseño y diagramación
Jair Padilla

Revisión y corrección
Jair Padilla

Impreso y hecho en Barranquilla, Colombia.

Nota legal: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros medios conocidos o por conocerse) sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos patrimoniales. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. La responsabilidad del contenido de este texto corresponde a sus autores. Depósito legal según Ley 44 de 1993, Decreto 460 del 16 de marzo de 1995, Decreto 2150 de 1995 y Decreto 358 de 2000.

CONTENIDO

Introducción	11
--------------------	----

LA HISTORIA COMO IMPRONTA Y COMO GUÍA

(1) Las nuevas tendencias en la historia	14
(2) El papel de las fuentes en la investigación histórica.....	26
(3) Conocimiento histórico y predicción científica.....	29
(4) El papel de la crítica dentro de la ciencia histórica.....	33
(5) La importancia de la historia en la teoría política	40
(6) Memoria e historia.....	44
(7) La microhistoria	47
(8) La importancia del concepto estructura en el análisis histórico	56
(9) Fernand Braudel, el historiador del capitalismo y el mediterráneo	60
(10) La importancia de la crítica dentro de la ciencia Histórica	66
(11) El bicentenario de las independencias en Colombia.....	70
(12) El 20 de julio no puede ser el día de la independencia...	83
(13) El 7 de agosto de 1819 y la Independencia Nacional.....	87
(14) El 7 de abril no fundaron a Barranquilla.....	93
(15) ¿Qué celebramos el 7 de abril en Barranquilla?	96
(16) Historia del muelle de Puerto Colombia.....	100
(17) El muelle de Puerto Colombia, ¿un lugar de memoria?	109
(18) La importancia de la microhistoria y de la historia local	113
(19) Annales y la historiografía internacional.....	119
(20) La economía y la historia en la historia económica	128

HISTORIA Y OPINIÓN

(1) El dogmatismo en el debate público.....	131
(2) El editorial de the Washington Post que resultó falso	134
(3) El Marxismo que se fue y el que permanece	138
(4) El fanatismo y la comisión de la verdad	143
(5) ¿Por qué es tan resistente el fanatismo?.....	148
(6) La mentalidad milenarista	152
(7) El capital en el siglo XXI, de Thomas Piketty.....	156
(8) Capital e ideología, de Thomas Piketty: un libro de alcance mundial	162
(9) La caída del muro de Berlín.....	166
(10) ¿Por qué fracasó el marxismo revolucionario?.....	170
(11) Totalitarismo de derecha y totalitarismo de izquierda	180
(12) Reformismo y humanismo.....	183
(13) ¿Seguimos tumbando monumentos históricos?.....	187
(14) El mito del estado de los ultraestadistas	192
(15) El mito del mercado de los ultraliberales.....	199
(16) La cultura democrática	205
(17) El gran malecón de Barranquilla.....	208
(18) ¿Por qué fue derrocado Evo Morales?.....	210
Conclusión	214
Referencias Bibliográficas.....	217

AUTOR

Milton Zambrano Pérez ha sido profesor de historia y de otras asignaturas en la Universidad del Atlántico por muchísimo tiempo. Esa experiencia intelectual influyó de manera directa en su trabajo como maestro de varias generaciones, y en su labor reflexiva, perfilado hacia los estudios históricos (sobre de todo de temas relacionados con la historia de Barranquilla), con respecto al análisis historiográfico, y a los ensayos de opinión para un público amplio, a través de los medios comunicación masivos.

Ese esfuerzo intelectual se concreta en varios libros, entre los cuales el más representativo sigue siendo *El desarrollo del empresariado en Barranquilla, 1880-1945*, publicado por la Universidad del Atlántico en 1998. Así mismo, su actividad investigativa y reflexiva se expresa en ensayos y artículos de carácter histórico para libros, revistas y otros medios locales, regionales e internacionales.

El libro que el lector tiene ahora en sus manos recoge varios de los análisis de opinión elaborados por el autor para un público mucho más amplio, aquel que tiene la buena costumbre de leer periódicos o portales virtuales como zonacero.com. De hecho, el grueso de los artículos aquí publicados, aparecieron paulatinamente en este último portal, coordinado por el periodista Laurian Puerta Ordóñez.

La idea fundamental que estimuló la preparación de estos artículos podría decirse que tiene dos rostros: el de establecer un contacto más continuo y directo entre el historiador y un público más amplio, y el de construir un canal de comunicación para transmitir a ese público los saberes específicos de la historiografía, y el punto de vista del historiador sobre los problemas actuales, de coyuntura, del país y el exterior.

En ese sentido, este libro brota del interés por ampliar el radio de acción de los historiadores y de la historia utilizando como vehículo los medios masivos de comunicación. Se espera que este deseo y esta pretensión se haya expresado satisfactoriamente en el nivel de los análisis que ahora el lector tiene la oportunidad de leer.

INTRODUCCIÓN

Desde hace algún tiempo he sostenido, con colegas y amigos de la historia, una discusión acerca del asunto de si el historiador debe permanecer enclaustrado en su campo disciplinar o, por el contrario, debe abrirse a una mayor cantidad de personas utilizando, sobre todo, los medios periodísticos.

Yo me decidí, hace algunos años, por la opción de conectar los saberes históricos con un público más amplio a través de los recursos virtuales y de prensa. En esto asumí el consejo de Fernand Braudel quien, poco antes de morir, sostuvo que era necesario que los historiadores abandonaran el coto cerrado de su disciplina para acercarse, hasta donde fuera posible, a otros universos de personas.

La experiencia de varios historiadores a nivel nacional e internacional sirve para demostrar que el acercamiento de los expertos en historia al periodismo beneficia a la historia y a la profesión periodística. Los instrumentos de la prensa son útiles para ampliar la difusión de las perspectivas y saberes de los historiadores, y el periodismo se ve favorecido con los análisis profundos de los creadores de historias quienes, muy a menudo, están por encima en coherencia, profundidad y validez histórica de lo que son capaces de hacer otros profesionales que no tienen la formación típica de un historiador.

Desde luego que ser historiador no garantiza buenos análisis de coyuntura en la actualidad, pues para esto se requiere también el olfato de los mejores periodistas. La experiencia como periodista de opinión e investigativo por varios años me ha demostrado que tener formación histórica es una ventaja para comprender y analizar los asuntos del presente, y para entender mejor los problemas del ahora teniendo en cuenta su trayectoria en el tiempo.

En este libro se incluyen algunos de los trabajos de prensa que he publicado en los últimos años. En un comienzo sentí la tentación de incluirle bibliografía especializada a varios de ellos, impulsado por los hábitos del historiador profesional; pero después recapacité y, dejándome llevar por la influencia del periodismo, decidí que era mejor publicar los artículos como habían sido conocidos inicialmente,

como reflexiones frescas, sin compliques eruditos, para intentar llegarle a la mayor cantidad de gente.

En estos trabajos el lector encontrará análisis históricos generales relacionados con problemas de fondo, como la independencia nacional de Colombia o el origen de mi ciudad natal, Barranquilla. Así mismo, hallará estudios de coyuntura más concretos o esbozos sobre problemas trascendentales de la humanidad contemporánea, como la tumbada de monumentos históricos, el problema de las noticias o de las informaciones falsas, o el carácter del dogmatismo actual, entre otros.

Intentar llegarle a la mayor cantidad de gente con la perspectiva del historiador ha sido mi más grande interés al incursionar en el periodismo de opinión e investigativo. En este campo he recibido grandes satisfacciones, al haber sido leído y comentado por personas que nunca imaginé que pudieran hacerlo. Puedo asegurar que ahora soy más conocido en los medios virtuales gracias a mi esfuerzo de prensa, de lo que había sido en toda mi vida como profesor e historiador a secas. Guardo la secreta esperanza de que este acercamiento premeditado entre el historiador y el público beneficie más a este último de lo que ya me benefició a mí.

Debo agregar, como cierre de esta introducción, que lo más gratificante para mí de esta experiencia intelectual consiste en que he logrado llegar hasta donde ha sido imposible llegar en el pasado con mis libros o artículos de historia; a los jóvenes, a las personas mayores, a la gente común de la región, el país y el exterior que ha leído y comentado mis columnas. Para mí este ha sido el mayor logro como periodista de opinión y como historiador. Con ese esfuerzo intenté acercar la perspectiva del historiador a mucha más gente, lo cual era la motivación principal que iluminó mi trabajo. Y, de paso, recibí el gran premio de haber aprendido a escribir para los no especialistas. No puedo sino agradecer a la vida esta cosecha inmensa que me ha hecho muy feliz.

LA HISTORIA COMO IMPRONTA Y COMO GUÍA

LAS NUEVAS TENDENCIAS EN LA HISTORIA¹

Analizar las nuevas tendencias que han emergido hace poco en el quehacer de los historiadores, significa referirse a las prácticas historiográficas de uso más general que se han impuesto tanto por los intereses de los propios investigadores como por el carácter o la visibilidad de los objetos de estudio.

En muchos aspectos, no se trata de corrientes de pensamiento histórico con un paradigma, unos métodos y unas técnicas especiales, sino de tendencias más definidas por unas prácticas y unos intereses peculiares investigativos, que suelen rozar diversos modos de tramar la historia, conectados con las tradiciones ya establecidas, pero con énfasis más pronunciados en la escala microhistórica, o en objetos de estudio menos convencionales que los conocidos hasta hace algunas décadas.

En esta conferencia me concentraré en tres bloques problemáticos que, según creo, se relacionan con asuntos por resolver en el Caribe colombiano, dada su abundancia y su pertinencia como objetos de estudio, especialmente para los jóvenes historiadores que egresarán del Programa de Historia. Estos tres bloques son: a) La historia cultural como tendencia; b) La microhistoria como necesidad práctica en el Caribe colombiano; y c) La historia económica y empresarial.

La historia cultural como tendencia

Es mucho mejor entender la historia cultural como una tendencia, o como una forma de hacer historia de amplio espectro, debido a su objeto de estudio tan amplio y diverso. Esta forma de hacer historia abarca, por lo menos, vastos aspectos de la cultura simbólica, de los objetos culturales y de las prácticas culturales.

¹ Conferencia ofrecida en el marco de la Cátedra Inaugural del Programa de Historia de la Uniatlántico, el 23 de abril de 2019.

Quizás la manera más conveniente de acercarnos a su objeto de estudio sea a partir de la definición que han aportado los antropólogos de lo que se entiende por cultura. Según estos,

“...la cultura se ha definido, en la línea de Malinoski, ‘como artefactos, artículos, procesos técnicos, ideas, hábitos y valores heredados’ o, en la línea de Geertz, como ‘las dimensiones simbólicas de la acción social’ (...) el significado del término se ha ampliado para comprender una gama mucho más amplia de actividades que antes –no solo el arte, sino la cultura material; no solo lo escrito, sino lo oral; no solo el drama, sino el ritual; no sólo la filosofía, sino las mentalidades de la gente común”(Burke, 2000, p. 244).

A partir de esta amplia definición de lo que se entiende por cultura, bajo el paraguas de la historia cultural cabrían una multiplicidad de objetos de estudio, relacionados con la cultura simbólica y con la cultura material, de acuerdo con lo avanzado por los antropólogos.

Es decir, asuntos relacionados con las tradiciones, con las leyendas, los mitos, los hábitos masivos (que involucran creencias, principios o valores), entre otros, que caen en lo que suele entenderse como cultura simbólica; así mismo, ciertas prácticas culturales (como la lectura y sus formas), y los objetos culturales o de cultura (como el libro), que han sido minimizados por algunos historiadores tradicionalistas como objetos de estudio sin mayor trascendencia.

Sin embargo, los cambios recientes dentro de la historiografía colocan en el centro de las preocupaciones de muchos historiadores problemas que anteriormente ni siquiera se tenían en cuenta. Más allá de las modas, esto está directamente relacionado con las grandes rupturas historiográficas ocurridas en el siglo XX.

A partir de los aportes del grupo de historiadores de Annales, la historia se ocupó de temas y problemas que eran, o muy tangenciales, o que no se tenían en cuenta por la gran mayoría de los estudiosos decimonónicos, concentrados en la historia política o militar, o en analizar la acción de los grandes dirigentes.

La historia amplió su espectro analítico, ocupándose no solo de los acontecimientos destacados, sino de los hechos masivos, de la economía, de la demografía, de las mentalidades colectivas, es decir, de los procesos y fenómenos conectados con las estructuras materiales y simbólicas de la sociedad.

En el marco de la nueva historia social (un paraguas de amplísima cobertura y de casi indefinible objeto de estudio, según Santos Juliá –Historia social/Sociología histórica- o Julián Casanova –La historia social y los historiadores- se fueron desarrollando los trabajos que hoy caen en lo que se denomina historia cultural.

Roger Chartier, por ejemplo, se ha ocupado de estudiar asuntos relacionados con la lectura (Historia de la lectura en el mundo occidental), con objetos de cultura tan importantes como la imprenta y el libro (La mano del autor y el espíritu del impresor), o con ciertas prácticas culturales que han definido el mundo contemporáneo (Las revoluciones de la cultura escrita).

La historia cultural cobró otra perspectiva con los estudios de los historiadores ingleses quienes, desde el ángulo de la historia desde abajo, se dieron a la tarea de escudriñar en las cosmovisiones de los trabajadores (E.P. Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra), dando lugar a una historia social y cultural que tuvo un desarrollo notable en el ámbito de la historia oral (Paul Thompson, Historia oral y contemporaneidad), y que ayudó a definir el concepto de cultura obrera.

Otro estudio que buscó la relación entre cultura popular y cultura de élite, y que se concentró en un objeto microhistórico (aunque pensado en relación con las formas de pensamiento de larga duración y con las estructuras simbólicas globales), fue el ensayo del historiador italiano Carlo Ginzburg (El queso y los gusanos).

Las nuevas tendencias de la historia cultural contemporánea han estado influidas por las transformaciones de la historiografía promovidas por Annales y por los estudiosos ingleses, pero también por el impulso de investigadores que se han salido de los moldes

tradicionales, y se han dedicado a resolver problemas que antes eran impensables (Un ejemplo: la investigación realizada sobre algunos objetos culturales de impacto masivo. Ver: Peter Burke, Historia social del conocimiento: de la enciclopedia a Wikipedia).

Bajo la sombrilla de lo que hoy se llama historia cultural se han producido interesantes aportes que están lejos de ser simples estertores de la moda. Objetos de estudio y problemas invisibles para los historiadores tradicionales y de talante conservador han salido a la palestra, ampliando el universo y las posibilidades de los investigadores y, además, enriqueciendo a la historiografía.

Algunas de las líneas que se pueden seguir en el campo de la historia cultural son la historia de la lengua y la literatura; la historia del arte, de los artistas y de los objetos culturales estéticos; la historia de las disciplinas científicas; el estudio de la cultura popular o de la cultura erudita; la historia del carnaval, entre otros asuntos (Burke, 2006).

En el caso del Caribe colombiano, el ámbito de investigación es bastante amplio, y toca aspectos de la cultura simbólica (como el carnaval, las tradiciones orales, etcétera) y el terreno de la cultura material y de las prácticas culturales. La riqueza de nuestra Región en cuanto a probables objetos de estudio es una razón de mucho peso para tener en cuenta los aportes internacionales de la historia cultural, como una especie de guía para orientar la acción investigativa.

La microhistoria como necesidad práctica en el Caribe colombiano

Ha habido un debate internacional acerca del sentido y el contenido de la microhistoria. Algunos descalificaron esta forma de hacer historia al asociarla con la historia acontecimental (Fernand Braudel, 1968); otros, porque la consideraban una excrecencia del postmodernismo.

Los estudios microhistóricos han permitido demostrar que esa forma de hacer historia no necesariamente se asocia a la corta duración del acontecimiento, ni tampoco es una consecuencia simple de

las críticas a los metarrelatos, que se produjeron en el marco del denominado postmodernismo.

No se puede ver a la microhistoria solo como un efecto de la postmodernidad, debido al hecho de que desde mucho antes de que se expandiera esta visión, ya se producían en Latinoamérica y otras partes del planeta trabajos microhistóricos, sobre todo articulados al deseo de los historiadores por conocer sus terruños o sus comarcas, y nunca como consecuencia de la insurrección postmoderna.

Cabe señalar que gran parte de los microhistoriadores ni siquiera conocían los fundamentos del discurso postmoderno como para apoyarse en él para organizar sus investigaciones. Por lo menos en el caso de América Latina, nunca existió, en sus inicios, una conexión entre postmodernidad y microhistoria.

A la microhistoria se la vio, por parte de algunos historiadores muy convencionales, como una peligrosa fragmentación de la historia que acabaría con la macrohistoria. Lo que estaba en juego, según ellos, era la invalidación de las grandes síntesis de la historia nacional o mundial por el efecto destructivo de la microhistoria.

Los defensores de la historia macro veían a la micro como un gran peligro, pues esta última llevaría a negar la validez de aquellos metarrelatos. Esto, en parte, era cierto, pues el análisis histórico de pequeña escala ayudó a desmontar los discursos especulativos que no se sustentaban en una buena base de conocimiento pormenorizado de lo local y regional.

Pero también fue un argumento falaz, ya que la microhistoria no solo no acabó con las grandes síntesis nacionales, sino que ayudó a mejorar su calidad, pues permitió ahondar en objetos de estudio desconocidos, o insuficientemente explorados, que enriquecieron esas síntesis, a partir de una indagación más detallada de lo local, de lo regional o de lo pequeño.

El efecto de los estudios microhistóricos permitió desmontar la falsa oposición entre historia macro e historia micro, en razón a que la producción de síntesis en pequeña escala ayudó a otorgarle más solidez a la macrohistoria, y esta última sirvió de marco de referencia para analizar mejor la singularidad microhistórica en un contexto más general.

También se desvaneció el mito de que la microhistoria era una forma reciente de la vieja historia acontecimental de talante positivista, como creía Braudel. Algunos de los ejercicios microhistóricos fueron desarrollados teniendo en cuenta la historia estructural, la historia total y la larga duración histórica.

Se podía trabajar un objeto de estudio de escala reducida en el marco de la larga duración, es decir, en el lapso de siglos, y no solo en el de la corta duración. Así mismo, fue factible comprender procesos estructurales asociados con la economía, la política o lo simbólico, concretando, en la microescala, el proyecto de la historia total.

O sea, la pequeña escala no solo facilita ver procesos o fenómenos que desaparecen en la macroescala, sino que tales eventos pueden trabajarse en la larga duración, penetrando en las estructuras, y buscando sus interrelaciones bajo el concepto de la historia total.

Lo que resultaba muy difícil, o imposible, bajo el enfoque macro (por la amplitud y complejidad del objeto de estudio), se hacía factible en la perspectiva micro, ya que esta posibilitaba abarcar momentos de detalle del proceso social, a raíz de la reducción del campo, y analizarlos a profundidad, lo cual no se podía hacer en las síntesis macro, por su propia naturaleza.

En consecuencia, la reducción de la escala analítica no representó un regreso a la vieja historia acontecimental positivista, sino una ampliación del espectro de descubrimiento de nuevas realidades, las cuales no habían penetrado al bagaje de la historiografía por la influencia de la historia macro.

Un ejemplo claro de que la microhistoria se inscribió en las nuevas tendencias de la historia internacional lo representa el libro *Montaillou, aldea occitana*, del historiador francés Emmanuel Le Roy Ladurie. El autor hace gala en esta obra de un gran manejo interdisciplinario, al combinar los aportes de la arqueología, de la antropología, de la demografía histórica y de la geografía, entre otras disciplinas.

La escala local y regional le permitió ahondar en asuntos económicos, sociales y de la vida cotidiana que, en la perspectiva macro, hubieran salido del foco, quedando ocultos o invisibles ante el ojo del investigador. Es la reducción de la escala la que pone de frente, casi como las bacterias ante el microscopio, lo que de otra manera desaparecería del escenario.

Otro ejemplo de historia local, en que se combina la idea de la historia total y la de la larga duración histórica, lo representa el libro *Pueblo en vilo*, del maestro mexicano Luis González y González. En este estudio, el historiador desmonta el mito que considera a la microhistoria como sinónimo de acontecimiento.

No solo porque narra sus eventos desde la época de la fundación de un pueblo colonial mexicano, sino porque trae su relato hasta mediados del siglo XX, concatenando en este las diversas estructuras, los conflictos más relevantes y la densidad de la vida cotidiana. La historia estructural y de larga duración interactúan en un marco de historia total que destroza la asimilación exagerada de la microhistoria con el simple acontecimiento.

La microhistoria implica, en todos los casos, la reducción de la escala analítica del investigador. Pero esta es mucho más que la simple historia local, como quizás no lo creyó Luis González. Un claro ejemplo de este hecho está representado por el libro *El queso y los gusanos*, del ya mencionado Carlo Ginzburg.

En esta obra emblemática, Ginzburg se ocupa de estudiar el juicio inquisitorial y las ideas de un molinero italiano, inscribiéndolas en una época de transición cultural en que se produce un intercambio notable entre una cultura de élite y una cultura popular, lo cual define

la forma de pensar, y los problemas ante la iglesia, de Domenico Scandella, mejor conocido como Menocchio.

Es seguro que, en una perspectiva de amplio espectro, Menocchio y su condición singular habrían desaparecido del radar del investigador y, por lo tanto, nunca se hubiera producido este libro representativo de la forma de hacer historia que se denomina microhistoria.

Podría asegurarse que el asunto de la escala vertebrata toda la óptica de la microhistoria, más allá de que esta asuma el matiz del estudio de caso, de la historia de vida, o de la historia local. De donde se infiere que la microhistoria es mucho más que la simple historia local, y mucho más que cualquiera otra de sus expresiones concretas.

Así define Giovanni Levi esta problemática:

“El principio unificador de toda investigación microhistórica es la creencia de que la observación microscópica revelará factores anteriormente no observados” (Levi, 2009, p. 119).

Sin embargo, al plantear esta esencia de la metodología microhistórica no se está negando su importancia en el campo de la llamada historia local y regional. Los estudios de este tipo también caen en el universo de la microhistoria, aunque agregando variables simbólicas que quizás desaparezcan en los otros trabajos microhistóricos que están por fuera de la historia local.

A estos aspectos especiales de la microhistoria, en su forma de historia local, se refiere Luis González de la siguiente manera:

“...una de las justificaciones de la microhistoria reside en que abarca la vida integralmente, pues recobra a nivel local la familia, los grupos, el lenguaje, la literatura, el arte, la ciencia, la religión, el bienestar y el malestar, el derecho, el poder, el folklore; esto es, todos los aspectos de la vida humana, y aun algunos de la vida natural” (González, 2000, p. 33).

Este historiador, ya fallecido, insiste en la idea de que la microhistoria, en su forma de historia local, permite la expresión del sentido de pertenencia al terruño, a la patria chica (a la patria, en su propio lenguaje), dotando al discurso histórico de una gran dosis de pasión, derivada del hecho de que el investigador escribe impulsado por el romanticismo que le insufla su pequeña comunidad imaginada.

Tanto si entendemos a la microhistoria solo como un asunto de escala, como si la asociamos a la historia local y regional, siempre será importante para los historiadores del Caribe colombiano tener en cuenta esta tendencia, este paraguas teórico-metodológico, que podría facilitar un mejor conocimiento de las localidades y de la Región, contribuyendo, por esta ruta de enriquecimiento de los saberes históricos, a una mejor comprensión de la nación.

La historia económica y empresarial

La historia empresarial es una rama especial de la historia económica. La mencionamos como un ítem aparte, porque ha tenido un desarrollo notable durante el siglo XX, concentrado, en un principio, en los países anglosajones, aunque ahora se ha extendido por casi todo el planeta (Ladrón de Guevara, 1996, p. 16).

La historia empresarial tiene dos vertientes: es historia de la empresa, como institución o como epicentro de los procesos económicos, y es historia de los empresarios, en el plano individual o colectivo (Zambrano, 2014, p. 11).

La historia empresarial es uno de los tipos de historia que más dificultades presenta, pues ante ella se corren dos grandes riesgos: uno, el de cantarle loas al capitalismo, asumiendo una actitud de panegirista; dos, el de negarse a ver tales procesos económicos, por concebirlos como si fueran la encarnación del diablo.

Desprenderse de estas dos actitudes, cuando se analiza a la empresa y al empresario, no es fácil, pero hay que intentarlo, pues la historia requiere de la comprensión de esos fenómenos, para

penetrar mejor en el funcionamiento del sistema y para captar a profundidad los vericuetos y contradicciones del desarrollo de la economía capitalista.

En realidad, la economía de mercado no es un ente abstracto, inasible, sino que es el resultado de la acción humana, y esta tiene que ver con el papel del empresario y de la empresa, como agentes de cambio y como defensores de intereses especiales.

Conocerlos a profundidad puede representar la diferencia entre conocer bien o mal un país, una región, o una localidad, debido a la importancia que la actividad empresarial ha tenido en la transformación social, o en la dirección económica y política en tales universos de análisis.

La historia empresarial se justifica, no para cantarle loas a nadie ni para demonizar a ningún agente o entidad, sino para entender mejor la realidad, debido el papel que el empresariado y la empresa cumplen en la economía contemporánea.

Como lo destacó Josep Schumpeter (Teoría del desenvolvimiento económico), el empresario y la empresa son fundamentales para entender la dinámica del emprendimiento, de la innovación, del crecimiento económico, de la competencia, del cambio y del manejo de los recursos económicos en una economía de mercado específica.

Los procesos económicos capitalistas no discurren en el aire, sino de la mano del Estado y de la iniciativa de los empresarios privados, y las condiciones especiales de una economía cualquiera se pueden descifrar mejor teniendo en cuenta las peculiaridades de la acción del empresariado.

El empresariado y la empresa, como agentes de poder y de cambio, representan una ruta idónea para entender a profundidad el funcionamiento de una economía, en los planos local, regional o nacional. Saber de dónde vinieron estos, cómo actuaron, cuáles fueron sus contradicciones y problemas, mejora la calidad del discurso histórico y facilita la tarea de conocer más a fondo lo que

ocurrió en el escenario convertido en objeto de estudio.

Y este es otro campo propicio para el esfuerzo microhistórico, que ayuda a vislumbrar las redes de poder construidas a partir de los lazos familiares, los acuerdos y contradicciones entre empresarios y empresas provenientes de la competencia, los tipos de empresa y las clases de empresario, entre otros asuntos que es imposible ver en la escala macrohistórica.

Las clases de empresa y los tipos de empresario funcionan en el marco de una economía que posee sus estructuras y que atraviesa momentos especiales definidos como coyunturas. El estudio histórico de esos rasgos globales de los procesos económicos es la tarea de la historia económica.

La historia económica es una subdisciplina de la historiografía que resultó de la integración de la historia y la teoría económica. Su objeto de estudio son las actividades económicas de la sociedad en el tiempo, es decir, la producción, el intercambio, las demandas, los mercados, las exportaciones, etcétera.

La historia económica es fundamental porque la sociedad humana siempre ha contado con un componente económico, cuyo rol social es definitivo. Es muy difícil que cualquier sociedad subsista sin producir bienes de consumo y medios de producción, que resultan esenciales para reproducir la vida de las personas y el funcionamiento de la totalidad social.

El objeto de estudio de la historia económica es precisamente ese: descifrar cómo se produce y distribuye en una localidad, región o país, o cómo funciona la economía en un plano más global. Teniendo este epicentro como el núcleo principal de análisis, se pueden entender más profundamente las contradicciones y características de una economía, y descifrar la textura de la sociedad más a fondo.

Las características estructurales y coyunturales de una economía; sus vaivenes, contradicciones y retrocesos hacen parte de los objetos de estudio de la historia económica (Kula, p. 11 y ss.). Para

descifrar estos, el historiador debe acudir a fuentes específicas donde encontrar los vestigios de lo que ocurrió (Cipolla, 1991, p. 35).

No está de más decir que la historia económica y la historia empresarial son otra puerta que se abre para el trabajo de los historiadores de la Región Caribe. El ejercicio microhistórico puede adoptar este paraguas para hacer avanzar los conocimientos históricos, tanto por la vía del descubrimiento de nuevas fuentes, como por la ruta de la solución de otros problemas, o de la crítica fundamentada de los saberes ya establecidos.

La historia cultural, la microhistoria, la historia económica y la historia empresarial se abren como tendencias fructíferas para ayudar a orientar el esfuerzo investigativo de los historiadores de la Costa Caribe.

EL PAPEL DE LAS FUENTES EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

La investigación en historia es un proceso complejo que empieza con la preparación de un proyecto investigativo y culmina con la presentación de unos resultados, lo que los expertos llaman la síntesis histórica.

El investigador histórico contemporáneo se mueve en un universo de teorías, de conceptos o categorías, de las cuales selecciona las que son pertinentes para resolver los problemas de su objeto de estudio. Lo mismo ocurre con las técnicas o métodos más convenientes para avanzar en la indagación.

Pero, aparte de las técnicas, métodos y teorías (ineludibles en el ejercicio de la investigación histórica), el historiador debe resolver un problema de fondo al iniciar su trabajo, para definir su objeto de estudio y avanzar en la producción de saber: el asunto de las fuentes de información.

Los positivistas en el siglo XIX se inclinaron por considerar que sin fuentes era imposible construir discurso histórico, y esta resultó ser una verdad fundamental. El hecho de que privilegiaran los testimonios escritos no invalida esa consideración cierta.

En el siglo XX, por el papel de la revolución historiográfica antipositivista, los historiadores de Annales, del marxismo y de otras corrientes desvirtuaron la visión acerca del papel de la fuente escrita, y ampliaron el universo de testimonios, al integrar todo lo que contribuyera a resolver, como documento informativo, los problemas implícitos en un objeto de estudio.

Hoy, transitando el siglo XXI, se puede asegurar que fuente histórica es todo medio del cual se adquieren datos para enfrentar los enigmas de un asunto investigativo, de un tema u objeto de estudio que se quiere esclarecer.

Dependiendo de lo que se investiga, las fuentes podrían ser escritas, iconográficas, monumentales, orales, ambientales, ecológicas o de cualquier otra clase. Es decir, con el progreso de la disciplina histórica se amplió el radio de documentos, textos o puntos de partida objetivos que hay que tener en cuenta para generar saber histórico.

La noción positivista de que sin documentos no puede haber historia se mantiene firme. Y esto se debe al hecho de que, como lo destaca Marc Bloch, los testimonios representan vestigios de las actividades humanas en el tiempo, más allá de su forma y del contenido informativo que preserven.

O sea, las fuentes son evidencias materiales (o simbólicas) de que algo ocurrió, de que hubo acciones humanas en el pasado que ya no están, pero que perviven, aunque sea parcialmente, a través de los indicios encapsulados en los testimonios voluntarios o involuntarios que legó el paso del tiempo.

En otros términos, esos testimonios certifican que algo diferente a lo que existe en el ahora existió anteriormente, en el marco de las diversas actividades humanas. Por esta razón, las fuentes históricas son una especie de correa de transmisión entre el pasado y la actualidad, que los historiadores utilizan para elaborar sus asertos y las síntesis.

Tales fuentes representan la evidencia de lo ocurrido en el tiempo, y son un recurso imprescindible para probar o verificar las conclusiones de los historiadores. La certeza o mentira de un aserto histórico no está solo determinado por el error o la incapacidad del investigador, sino por la calidad de los indicios que localiza en los documentos históricos.

Para establecer los hechos es esencial el papel de las fuentes históricas, en las cuales es posible encontrar la evidencia para verificar o improbar un aserto o una interpretación. La comprobación

de los hechos descansa, de acuerdo con la visión de Pierre Vilar, en esos vestigios de la sociedad, que son la herencia del tiempo.

Eso ocurre de esta manera porque la historia no es un ejercicio especulativo apoyado únicamente en la capacidad reflexiva del investigador, sino una pesquisa sistemática que tiene por norte resolver problemas y producir saber, bajo el horizonte de la certeza que orienta el trabajo científico.

El historiador no indaga y piensa para construir falsedades, sino para elaborar verdades sobre lo ocurrido, más allá de que se equivoque por inexperiencia, mala fe o impreparación. Su polo a tierra, en esta materia, son las fuentes históricas, que lo orientan en el laberinto del pasado y le ayudan a establecer los hechos.

Sin fuentes no hay historia, porque esta no es una especulación vacía sobre lo ocurrido, ni un discurso más, sino un conocimiento fundamental sobre la sociedad, cuyo soporte principal son los testimonios voluntarios e involuntarios que legó la humanidad del pasado a la del presente.

Aparte de la adecuada preparación del investigador histórico, y del mejoramiento de los recursos técnicos, teóricos y metodológicos de la disciplina, es imprescindible revalorizar la importancia de los acervos documentales, como se viene haciendo en todo el país.

Las fuentes históricas son la materia prima principal de la historia razonada. Sin ellas, la historiografía carece de actualidad y de futuro. Indiscutiblemente.

CONOCIMIENTO HISTÓRICO Y PREDICCIÓN CIENTÍFICA

Muy a menudo, las personas desconocedoras de cómo se elabora el discurso histórico confunden lo que es emplear el conocimiento generado por los historiadores para hacer predicciones o plantear probabilidades a futuro, con la posibilidad de utilizar la predicción científica para producir nuevos saberes históricos.

Utilizar los conocimientos históricos acumulados para hacer predicciones (o conjeturas sencillas) a futuro es factible y, de hecho, se hace de manera prolija por toda clase de personas, sin necesidad de que posean formación histórica. Colocaré algunos ejemplos para aclarar este aserto.

Un funcionario español alerta a su gobierno de que si no toma las medidas adecuadas perderá un territorio determinado, así como perdió en el pasado la Florida. Un economista sostiene que, por la experiencia histórica acumulada, la economía capitalista sin regulación estatal producirá efectos catastróficos sobre la naturaleza y la sociedad.

Al observar con atención los ejemplos anteriores, se notará que: a) se utiliza el conocimiento histórico establecido para plantear una predicción o suposición destinada al presente o al futuro; b) esa conjetura no significa construir un saber histórico nuevo, en sentido estricto; c) en la suposición se compara el presente con el pasado, para sugerir un evento en la actualidad o en el futuro.

Este modo de hacer predicciones, aprovechando los saberes históricos ya consolidados, es realizado por personas del común, por sociólogos o filósofos, o por cualquier otro profesional de las ciencias sociales o de las ciencias en general. Esta manera de hacer conjeturas es muy diferente al modo como elaboran sus asertos y conclusiones los historiadores.

Quien realiza investigación histórica no puede emplear la predicción, pues es imposible predecir qué va a ocurrir hacia atrás, en lo que

ya ocurrió y que, por definición, no se puede cambiar empleando la predicción. Sostener que se puede emplear la predicción para producir nuevos conocimientos históricos es como plantear que se pueden transformar los eventos o procesos ocurridos mediante ese instrumento lógico.

Es decir, significaría proceder como se procede en algunas ciencias que emplean teorías predictivas. Si se tienen unas condiciones reales o teóricas dadas es posible anticipar lo que podría ocurrir a futuro, bajo esas condiciones previamente establecidas. Por ejemplo, un economista analiza el ahora marcado por la hiperinflación y sugiere unas políticas para superar el problema.

En este caso, están implícitas dos situaciones: a) un presente saturado de hiperinflación; y b) la aplicación de unas políticas económicas que incluyen el análisis del contexto actual y la utilización de unas conjeturas inteligentes que reposan en la teoría económica, y que representan una predicción científica en sentido estricto.

La actuación sobre el presente lleva a crear otra situación en el futuro, utilizando políticas económicas que operan como teorías predictivas, bajo la siguiente lógica: si tenemos estas condiciones dadas, haciendo esto y lo otro, podremos superar la hiperinflación para llegar a este otro estado, sin el fenómeno. Se predice el cambio de la situación, en el futuro, a partir de la aplicación de la predicción científica en el presente.

Este método no se puede emplear en la producción de saber histórico porque lo que ya ocurrió no se puede cambiar utilizando la predicción científica. Si alguien sostiene que es posible usar la predicción en historia, de la manera como lo acabo de anotar, es porque ese alguien no tiene ni idea de cómo se produce el conocimiento histórico.

Voy a colocar dos ejemplos para demostrar lo absurdo de ese razonamiento: a) empleando la predicción científica, el personaje intentará cambiar lo que ocurrió en el siglo XIX en Colombia; b) con el método de la predicción en la mano se intentará transformar lo ocurrido en Barranquilla a finales del siglo XIX.

Es prácticamente imposible cambiar lo que sucedió en Colombia en el pasado, porque eso es algo que ya ocurrió y que no se puede transformar por vía predictiva. Es como si yo dijera: utilizando la predicción científica voy a suponer que en el país no hubo haciendas y minas en el siglo XIX, sino que, en ese estado de cosas, cambiaré tales formas económicas por almacenes de cadena.

No es posible hacer eso, por lo cual resulta absurdo plantear que se puede utilizar la predicción científica en la construcción de nuevos saberes históricos. También es absurdo razonar de este modo: bajo la aplicación de alguna teoría predictiva, transformaré el papel de primer puerto para el comercio exterior de Barranquilla en el siglo XIX, y bajaré la ciudad al tercer lugar entre los puertos. Es imposible proceder así.

Y es imposible proceder de esta manera porque las teorías predictivas en ciencias sociales nunca actúan hacia atrás para cambiar los conocimientos establecidos, sino hacia adelante, hacia el futuro. En historia tampoco se puede transformar lo que ya ocurrió mediante una predicción, por las razones expuestas.

Los saberes históricos nunca cambiarán porque apliquemos la predicción a los objetos de estudio. Esto, epistemológicamente, no se puede. Y no se puede porque los historiadores trabajan con fuentes o indicios que deben ser un reflejo adecuado de lo ocurrido en un tiempo determinado.

Mediante la predicción no es posible cambiar ni el contexto histórico ni las fuentes que expresan, parcialmente, ese contexto. Suponer que se puede utilizar la predicción en historia es suponer la posibilidad de cambiar la realidad de un tiempo anterior por vía predictiva, lo cual es un absurdo.

Y si se plantea que es necesario emplear la predicción en historia para generar conocimiento nuevo es porque no se sabe que el historiador no puede falsificar sus fuentes para incluir lo que resulte de la supuesta predicción hacia atrás. Porque eso es lo que significaría, en sentido estricto, cambiar lo ocurrido por vía predictiva.

El conocimiento histórico no puede transformarse utilizando la predicción, pues lo que ya ocurrió es algo dado que se deriva del acervo de fuentes. Y esto no se puede cambiar por la vía predictiva sino falsificándolo. Un historiador que utiliza fuentes falsas, o que dice lo que no es sobre lo ocurrido, se somete a la fiera crítica intersubjetiva, que lo pone en su sitio para siempre, como ya ha ocurrido.

Los conocimientos históricos no se producen ni se transforman mediante la predicción hacia atrás, porque esta es teórica y prácticamente imposible. No se puede predecir lo que va a ocurrir en el pasado porque, se supone, que eso ya ocurrió, y que no se puede cambiar aplicando la predicción.

Si alguien desayunó ayer patacón con carne encebollada y agua de panela, no se puede cambiar ese estado de cosas bajo el siguiente criterio: voy a cambiar lo que desayunó ayer mi amigo aplicando la predicción científica: haré que desayune huevos con bollo y café con leche. Este sencillo ejemplo sirve para demostrar lo absurdo que es plantear el uso de la predicción en historia, desde este último ángulo.

Los conocimientos históricos se generan mediante un diálogo entre el historiador y sus fuentes. Ellos cambian y se enriquecen por el hallazgo de nuevas fuentes, o por la aplicación de otras perspectivas a un mismo objeto de estudio, o por la construcción de nuevos objetos de estudio. Esta es la manera normal en que se sabe sobre lo que ya ocurrió, utilizando todos los recursos teóricos, metodológicos y técnicos de la ciencia histórica.

Sostener que los conocimientos históricos se podrían enriquecer o transformar usando la predicción hacia atrás (lo cual es, de por sí, un contrasentido) representa desconocer cómo se produce la historia y cuál es su epistemología particular. Ni más ni menos.

EL PAPEL DE LA CRÍTICA DENTRO DE LA CIENCIA HISTÓRICA

La crítica intersubjetiva, la crítica entre los pares (los historiadores), o con los miembros de otras disciplinas, ha sido fundamental para la transformación de la ciencia histórica, al menos en dos planos principales: uno: en el nivel de las técnicas, métodos y teorías; y dos: en el campo de sus contenidos.

En el primer nivel, cabe mencionar la evolución de los recursos para trabajar las fuentes, entre los cuales se destaca la crítica externa e interna de estas, relacionada con la constatación de la originalidad de una fuente (crítica externa) y con la veracidad de su contenido (crítica interna).

La ampliación del universo de fuentes posibles, más allá de las escritas, trajo consigo una ampliación de los objetos de estudio, y la extensión de los campos a estudiar motivó el desarrollo de diversas perspectivas, que rebasaron la óptica positivista decimonónica, para dar lugar a grandes corrientes de pensamiento histórico, como el marxismo y Annales, por mencionar las dos más relevantes en el siglo XX.

En los últimos tres siglos, la historia ha pulido su universo de teorías explicativas, ha incrementado el número de categorías especiales, y ha depurado sus técnicas y métodos en una multitud de escenarios historiables, como la economía, la política, las mentalidades, los imaginarios colectivos, las tradiciones, la cultura simbólica, etcétera.

La ampliación de los objetos de estudio, debido a la crítica de la historia acontecimental, heroica o de las élites (que fue el énfasis principal de los historiadores del siglo XIX en Europa), redundó en beneficio de la calidad de las técnicas y métodos para tratar las fuentes.

En los tiempos que corren, no se puede considerar esta disciplina como un bebé, como una ciencia en pañales (tal y como la pensó Marc Bloch a principios del siglo XX), pues ha corrido mucha agua

bajo los puentes, en términos de producción histórica, de mejora de la calidad de los contenidos, de ampliación del universo de las fuentes, y de la profundización en nuevos campos, antes inexplorados.

Esta mejoría notable de la ciencia ha tenido que ver con su institucionalización, especialmente en el ámbito universitario, mediante la creación de carreras para formar historiadores profesionales. Ese proceso arrancó en Europa y se extendió luego a todo el orbe, contribuyendo a elevar la calidad de la disciplina en todos los niveles, sobre todo desde el siglo XX.

Al interés por la historia universal, se unió el de las historias nacionales, regionales y locales, lo cual fue un importante acicate para relanzar los métodos, las técnicas, las teorías y los contenidos de la disciplina.

La necesidad de ahondar en las diversas facetas de la sociedad alimentó el desarrollo de la microhistoria, de la historia cultural, de la historia política de nuevo tipo, de la historia de las mentalidades colectivas, entre otros tópicos.

El interés por conocer a fondo los objetos de estudio prohijó la periodización en edades o etapas, como el feudalismo, la modernidad, para el caso europeo; o el período precolombino, colonial, etcétera, para el caso americano.

En nuestro país, la historiografía científica empezó su desarrollo en firme después de los años sesenta del siglo XX, bajo la influencia, sobre todo, de Annales y los historiadores marxistas europeos. Varios de los mejores historiadores profesionales nuestros se formaron en el exterior, especialmente en universidades europeas y norteamericanas.

Pero el desarrollo de historiadores profesionales también ha contado con la contribución de universidades del país, que implementan, desde hace décadas, programas de pregrado, de maestría y hasta de doctorado. Es decir, la formación de historiadores ya está muy especializada en la nación, y quien deseara realizar esta labor, tiene la obligación de integrarse en la educación formalizada con que se cuenta en todo el país.

Cualquiera puede atreverse a producir historia sin poseer dicha formación, pero nunca pasará de ser un historiador aficionado, o un amante de la historia con talento, que jamás podrá llenar los vacíos que deja no haber seguido la carrera académica y científica que siguen los historiadores profesionales.

Historiadores aficionados, amantes de la historia, fue lo que tuvimos en Barranquilla y la Costa durante el siglo XIX y principios del siglo XX. Por eso ellos produjeron los mitos y las leyendas que crearon sobre los orígenes de la urbe.

En aquellos tiempos, no había carreras para formar historiadores, como las que existen hoy en Barranquilla y Cartagena. Tampoco existía una tradición historiográfica sólida, como la que empezó a gestarse a partir de los años ochenta del siglo XX, con libros y ensayos que emplearon las técnicas, métodos y teorías de las corrientes históricas internacionales.

Todo este proceso acumulativo (relacionado con la formación de historiadores profesionales, con el uso de los recursos científicos propios de la disciplina y con el desarrollo de nuevos contenidos) ha mejorado la calidad de la producción histórica, y el sentido de la crítica intersubjetiva.

La crítica histórica ha servido y seguirá sirviendo para hacer progresar los recursos teóricos, técnicos y metodológicos de la historia; así ocurre en Colombia, y en cualquier otro lugar donde la disciplina se ha normalizado e institucionalizado.

La crítica histórica ha sido y seguirá siendo útil para profundizar en los saberes, para confrontar argumentos mal sustentados, para desarrollar nuevas perspectivas que contribuyan a ampliar los conocimientos históricos. Esto funciona así en la historia y en cualquier otra ciencia, respetando las diferencias.

La crítica es útil para desmontar mitos históricos y para generar nuevos contenidos, menos especulativos, más científicos, más profundos y pulidos. Ha esto no hay que tenerle miedo, y ese procedimiento debe ser respetado, si lo que se quiere es mejorar la calidad de las conclusiones históricas.

El crítico debe tener en cuenta la forma de las obras, el contenido de estas y el marco teórico que le sirve al autor para organizar su pensamiento. Debe atender a los conocimientos basados y no basados en fuentes que produce el investigador (Ver: Jerzy Topolsky, Metodología de la historia).

No es absolutamente necesario que el crítico haya producido estudios originales sobre cada uno de los ítems que integran una época, pero sí es imprescindible que conozca sobre lo que critica, apoyándose en los trabajos de punta, en la historia de última generación conocida en el momento del ejercicio crítico.

Si de lo que se trata es de criticar un estudio de la época colonial, lo ideal es que el crítico conozca la principal producción historiográfica de esa época, tanto a nivel nacional, como en el plano regional y local. Es inconcebible hacer críticas sin saber cómo se estructuró ese período, teniendo en cuenta la producción histórica de última generación que existe.

De igual modo, resulta irresponsable que alguien sin una formación adecuada en la historia colonial se meta a escribir cosas sobre ese período, volándose todos los protocolos del conocimiento de esa etapa. El asunto se complica si el personaje no posee la preparación de un historiador profesional.

Si no es un profesional formado en las carreras de historia, nunca entenderá la importancia que existe entre los contenidos que genere y las fuentes de época que se utilizan para producir resultados intelectuales. Los contenidos históricos sobre ese período deben estar siempre apoyados en fuentes primarias, de donde resultan las conclusiones o los asertos que contiene el discurso histórico.

Si no se procede de este modo, se corre el riesgo de especular, es decir, de originar asertos sin sentido, que no provienen del diálogo inteligente entre el historiador y sus fuentes, sino de la simple capacidad especulativa del investigador. Esta forma de proceder podría funcionar bien en la literatura, pero resulta deficiente en la historia.

De más está decir que el investigador que se atreva a penetrar en el período colonial debe poseer una formación mínima en ese lapso de la historia, tanto en el plano latinoamericano, como en el nacional, regional y local. Este bagaje le aportará una visión de conjunto y una profundidad de miras que beneficiará la calidad de su obra, aunque esta sea de tipo microhistórico.

Si carece de estos rudimentos intelectuales, lo mejor es que se abstenga de meterse en camisa de once varas, pues la crítica de los historiadores profesionales no le excusará su ignorancia, ni la falta de respeto de escribir o hablar de asuntos que no conoce, o que conoce muy mal.

La crítica histórica también se concentra en ciertos aspectos formales mínimos. Es inconcebible que, existiendo tanto manual de redacción y ortografía gratuito en la web, alguien ofrezca un trabajo mal redactado, con errores gruesos de ortografía, o con una forma de exposición confusa y hasta ilegible.

Es inconcebible que, existiendo normas nacionales e internacionales para redactar trabajos científicos, alguien presente un libro o artículo sin atender a ciertos requisitos mínimos, como identificar bien sus fuentes, saber citar estas, y organizar el material con orden y claridad.

Pero lo más inconcebible es que alguien que se ocupe de estudiar un asunto regional o local de la historia colonial, no conozca lo mínimo que existe dentro de la historiografía nacional o regional y, lo que es quizás peor, no use una sola fuente primaria de la época, existiendo ya compilaciones de estas por escrito, o pudiendo acceder a ellas por los medios virtuales.

Si alguien produce un estudio sin las calidades mínimas que exige la historia profesional, tarde o temprano se verá sometido a la crítica de los historiadores, quienes desnudarán sus falencias y errores de historiador aficionado.

Esto es así y debe ser así porque no estamos en el siglo XIX, ni a principios del siglo XX, cuando no existían las carreras de historia, ni la generación de historiadores profesionales con que contamos hoy,

ni los contenidos históricos más depurados que se han producido y se están produciendo.

La crítica histórica contemporánea debe apoyarse en los avances que ha tenido la ciencia histórica a nivel internacional. Hoy es muy fácil acceder a los libros de los historiadores de talla mundial, ya que estos circulan en la web de manera gratuita. Quien no conozca a esos autores es porque no quiere, o no ha tenido orientación para conocerlos. Esa orientación la aportan los maestros de las carreras de historia.

La crítica histórica actual debe nutrirse de la producción historiográfica nacional, regional y local. Esas tradiciones intelectuales deben ser conocidas para que la crítica tenga más peso científico, y para que no se convierta en un simple choque de opiniones personales.

De más está decir que esos saberes deben ser tratados con respeto, no en el sentido de venerarlos como mitos, sino en el sentido de valorar que en su proceso de elaboración predominó el rigor, el manejo adecuado de las fuentes, y los protocolos científicos elementales de la disciplina histórica.

Esos saberes no podrán ser cuestionados con berrinche, especulación o charlatanería, sino con investigación rigurosa y profunda, la cual es mejor entendida y seguida por quienes saben de eso, que son los historiadores profesionales.

La crítica histórica es sumamente necesaria para hacer progresar la disciplina, en el nivel del uso de las fuentes, de la producción de contenidos, de las metodologías, teorías y técnicas específicas de una ciencia que ya alcanzó la mayoría de edad.

Sobra entender que tal crítica debe operar contra los especuladores y charlatanes a quienes no les interesa el desarrollo científico de la historia, sino solo hacer protagonismo, o hacerse visibles por otras razones.

La historia es una ciencia y, como tal, necesita de la crítica para avanzar. Pero esta debe seguir los protocolos rigurosos que dentro de ella se han forjado a lo largo de los siglos. El rigor y el respeto

por sus reglas de juego es una condición indispensable del ejercicio crítico.

La historia sin crítica no habría alcanzado el nivel que tiene hoy, ni en el resto del planeta, ni en Colombia. Pero la crítica histórica es siempre una crítica científica, regida por las condiciones especiales de la disciplina. Esto es así y debe seguir siendo así para el buen suceso de la historiografía.

LA IMPORTANCIA DE LA HISTORIA EN LA TEORÍA POLÍTICA

A menudo se le oye decir, a personas desinformadas, que la historia es un saber inútil. Esa idea está demasiado lejos de lo que representa la disciplina histórica en el concierto del saber humano, y como instrumento práctico para la vida social.

No me detendré a analizar aquí el papel de los conocimientos históricos en la educación, en la construcción de ciudadanía o en el desarrollo del sentido de pertenencia a un país, sino solo a la relación entre el conocimiento histórico y la teoría política.

La teoría política es ya una franja de saber consolidada, que se ocupa de estudiar asuntos relacionados con el poder, con el Estado, o con los intercambios que se presentan, entre los diversos componentes o subsistemas, dentro de lo que Giovanni Sartori denomina el sistema político.

En la conformación de la teoría política como una ciencia especializada se tienen en cuenta dos momentos definitivos: uno es el desarrollo de la sociedad en sus principales ámbitos, pero sobre todo los que se conectan con el sistema político, si este ya existe o se está formando.

El otro momento es el de la reflexión científica sobre lo político, que, en los actuales momentos, ha adquirido cierta autonomía y mucha importancia por el trabajo de especialistas como Norberto Bobbio, Alain Touraine o Giovanni Sartori, entre otros grandes pensadores sobre esa problemática.

En este nivel de la reflexión teórica es donde cobra mayor importancia el papel de los conocimientos históricos. Estos le entregan al análisis político los insumos necesarios para trabajar los asuntos con conocimiento de causa, partiendo del estudio profundo de la sociedad humana.

No se ha podido desarrollar la teoría política al margen de los saberes históricos, ya que los aportes de los historiadores, a partir de lo concreto de cada época, permiten delinear las características del desarrollo del Estado, de las clases sociales, de la economía, de los partidos y de los diversos tipos de liderazgo, entre otros aspectos de la sociedad.

Esto quiere decir que el teórico de lo político se nutre del trabajo del historiador para determinar los rasgos de la dominación, las características del poder ejercido por una clase sobre otras, y los contornos de los conflictos que han azotado a las diversas sociedades.

Esa interrelación permite establecer que lo político tiene una historia peculiar, aunque interconectada con los otros momentos del contexto social, y que, arrancando de su análisis histórico pormenorizado, se pueden comprender las tendencias o patrones que es posible captar en su proceso, así como los aspectos singulares que solo se corresponden con un período especial de la historia humana.

La historia ayuda a relativizar los conceptos o teorías, en el sentido de verlas como productos de épocas diferentes, y facilita la tarea de construir secuencias o continuidades en el desarrollo de lo político, así como a establecer similitudes y diferencias entre las sociedades que han existido.

Este punto es muy importante porque, teniendo en cuenta las especificidades de cada época, se evita el anacronismo o el arcaísmo de trasladar para otros tiempos lo que solo es especial de uno de ellos.

Es decir, elementos de los sistemas políticos antiguos, por ejemplo, vistos mediante la perspectiva histórica, se entienden en su peculiaridad, y con esto se evita su estudio aislados de su contexto, eliminando el error de usarlos, de manera idealista, para explicar el presente, o cualquier otra sociedad, de manera arbitraria.

Además, todo el bagaje histórico acumulado les sirve a los teóricos de lo político para entender las características peculiares del funcionamiento del Estado, de las clases sociales, de los partidos o de las ideologías, en el marco del ejercicio del poder, o de los sistemas políticos, en cada época especial del desarrollo social.

Pero la historia no es solo importante para nutrir la teoría política, sino que influye, decisivamente también, en la práctica social de los agentes políticos. Hoy se nota que muchas personas y partidos mueven sus ideologías teniendo muy poco en cuenta a la historia.

O sea, las ideologías que, para simplificar, llamaremos de izquierda o derecha, tienen un problema común: se han convertido en sistemas cerrados, herméticos, que no dialogan con los saberes históricos y que, por lo tanto, funcionan más como idearios dogmáticos que como teorías científicas.

Al ser impermeables al saber científico e histórico sobre la sociedad, esas ideologías determinan un comportamiento práctico de sus agentes, que se deslizan muy fácilmente hacia el fanatismo o el dogmatismo, cuya principal fuente es la ignorancia de la historia.

Y cuando esa práctica, dirigida por esas ideologías herméticas, se combina con los intereses creados de los partidos o grupos, se presentan situaciones aparentemente inexplicables, como el que sigan sosteniendo modelos de sociedad que han colapsado, o que no son ya soluciones factibles para mejorar la calidad de vida de la gente.

El desconocimiento de la historia y de la teoría política suele tener efectos catastróficos en la práctica política de hoy. Por ejemplo, los que ahora llamamos neoliberales piensan, ahistóricamente, que el mercado suelto de madre es la única alternativa para resolver todos los males de la sociedad. Esa idea, dogmática y casi mística, ha sido rebatida por el desarrollo de la sociedad, pues no existe ninguna prueba empírica, derivada del análisis histórico, que permita sostener que el mercado en completa libertad lo resuelve casi todo.

Por el lado de la izquierda, todavía existen personas y grupos que creen a rajatabla que la vía de la dictadura y del estatismo, que propuso Marx en el siglo XIX, es la solución para todos los males. Esta visión tiene su raíz, también, en darle la espalda al saber histórico y a la teoría política.

La experiencia histórica del siglo XX es tan rica que permite asegurar que ninguna vía totalitaria, como la que proponen el marxismo o el fascismo, facilita la solución sostenible de los problemas humanos, sino que, por el contrario, crean situaciones peores que la enfermedad que pretenden curar.

Tanto el dogmatismo del mercado como el dogmatismo estatista le han dado la espalda a la historia y a la teoría política, y por esa razón operan como idearios anticientíficos, como sistemas cerrados, que dan lugar a perspectivas idealistas, místicas, y, en ciertos casos, milenaristas.

Acercarse a la historia y a la teoría política es un imperativo categórico de la actual práctica social, para no estar repitiendo errores, y para dejar de proponer aparentes soluciones basadas en ideas que ya fracasaron en la historia.

Quien no conoce la historia está condenado a repetirla, se ha expresado desde hace mucho tiempo. Esta máxima cabe aquí para señalar que los militantes políticos tienen la obligación intelectual de acercarse a la historia y a la teoría política para abandonar la cueva del dogmatismo. No hay más alternativa que está.

MEMORIA E HISTORIA

La memoria es, de manera general, recuerdo en toda la extensión de la palabra. Sin el recuerdo no existiría la humanidad, pues la cualidad más relevante de esta es la capacidad de simbolizar, de construir cultura simbólica, donde el recuerdo ocupa el pedestal más importante a través de los saberes y otras formas.

La memoria puede ser viva, al habitar en cada quien, y al viajar en los individuos en el marco de la tradición, el idioma, el mito, la leyenda, las costumbres sociales, los hábitos singulares o colectivos, la ideología, etcétera. Este tipo de memoria es existencial, y suele relacionarse o expresarse en objetos de cultura materializados.

Los objetos de cultura, o las concreciones materiales de la cultura simbólica, integran la memoria no existencial, es decir, el recuerdo cristalizado en bienes culturales que se convierten en testimonios tangibles del paso de los seres humanos por la sociedad.

Tanto los objetos de cultura como las prácticas culturales están conectadas al recuerdo, a la memoria, al ser una encarnación de esta o al no poder prescindir del recuerdo para su ejecución, para su praxis. El libro, por ejemplo, es un objeto de cultura que sirve de vehículo a la transmisión cultural, y de medio para el desarrollo de ciertas prácticas culturales.

Un libro se utiliza para transmitir las ideas de otro, pero ha sido, así mismo, el eje de la práctica de la lectura en la modernidad, así como el principal camino para encapsular lo escrito que se comunica a las demás personas. Tanto la lectura como la escritura son prácticas culturales donde el recuerdo cumple un papel principalísimo.

Los documentos de que se sirve la historia podrían ser vistos como legado de la memoria colectiva, en el sentido de ser vestigios asociados a la actividad humana, la cual deja testimonios objetivos, como las fuentes escritas, monumentales, numismáticas, entre otras, cargadas de información sobre la vida social. Esa información documental es otra forma del recuerdo.

No es gratuito que Jacques Le Goff (El orden de la memoria) defina a la ciencia histórica como una especie de memoria razonada. En muchos sentidos, la historia es una reflexión sobre el recuerdo que yace en las huellas legadas por el tiempo. Y esas fuentes suelen ser expresión de la cultura que, además, aportan indicios sobre el discurrir humano en el tiempo.

La historia es, en lo fundamental, una reflexión sistemática sobre lo que ocurrió, y lo que ocurrió debe estar cristalizado, en la mayoría de los casos, en fuentes objetivas, para servir de medio informativo al historiador.

En este sentido, la memoria es materia prima de la historia, pero esta última no se agota en la simple interpretación de los testimonios, pues tiene su propia historicidad como forma de conocimiento, la cual se relaciona con sus teorías, métodos y técnicas, con las escuelas o grupos que la han desarrollado a través de los siglos, así como con los saberes acumulados en los libros y en otros formatos.

La historia es la disciplina que analiza la memoria “en bruto”, por denominarla de alguna manera, y podría verse como memoria razonada en el sentido de que es un tipo de recuerdo profundo, sistemático, que ha pasado por el tamiz de la ciencia social.

Los libros de historia son medios para recordar lo que ocurrió, pero encarrilados en el ámbito de la ciencia, y no del simple sentido común. Los historiadores reelaboran la memoria común en el laboratorio de su ciencia, y le entregan a la sociedad un resultado que posee el potencial de elevar la calidad y la cantidad del recuerdo. La historia, como aduce Pierre Nora, es un instrumento científico que cumple el papel de árbitro entre las diferentes memorias. Un árbitro que selecciona y omite, que trata de integrar lo que se puede integrar, así como de explicar los detalles menos visibles, más ocultos, del recuerdo.

La historia no solo utiliza la memoria cristalizada en los documentos que legó el tiempo, sino que puede extraer información de las fuentes vivas, las llamadas fuentes orales, que encarnan la memoria existencial.

En todos los casos, su propósito es develar y emplear indicios para darle cuerpo al discurso histórico. La memoria existencial contenida en las fuentes orales, o la memoria materializada en los documentos, están en la base del análisis histórico contemporáneo. Sin esas pruebas de lo ocurrido es imposible razonar históricamente, o producir historia.

Pero la ciencia histórica no es solo una forma de memoria razonada sino, también, un medio para construir otras memorias. El saber sobre lo que ocurrió, acumulado en los textos de historia, normalmente se utiliza para ilustrar a los interesados sobre su región, su país o el mundo.

Ese proceso ilustrativo, que tiene como eje la formación histórica en mayor o menor medida, contribuye a construir otra mentalidad, otra memoria, otra capacidad de recuerdo en las personas que entran en contacto con los saberes procesados en el campo de la historia.

En consecuencia, la memoria razonada llamada historia puede ser vehículo para elaborar nuevas memorias existenciales, con poder para impactar el desarrollo de la ciudadanía, del sentido de pertenencia a una comunidad imaginada, o en el surgimiento de una memoria crítica sobre el pasado.

La historia y la memoria son dos momentos especiales de un gran proceso, el de mantener y explicar el recuerdo sobre lo ocurrido; en esa tarea, ambas se retroalimentan y enriquecen. Ellas contienen lo que fue y es la humanidad, para beneficio del presente y el futuro.

LA MICROHISTORIA

En el marco de la Tertulia Historia y Pensamiento (que se desarrolla por estos meses en la Sala Múltiple del Teatro Amira, bajo los auspicios del Área cultural del Banco de la República y de la Universidad del Atlántico) se produjo una importante confrontación de argumentos entre los contertulios que servirá ahora de tema en esta columna.

El punto que no se debatió muy a fondo (más por razones de tiempo que por falta de interés o incapacidad de los participantes) fue el de la “historia micro” y su relación con la “historia macro”. Cabe decir que este es un debate de larga tradición entre los historiadores a nivel internacional que ya ha producido sustanciosas conclusiones alrededor de una forma de hacer historia que convencionalmente llaman microhistoria.

En realidad, la historia es una sola pues como decía Marc Bloch (Introducción a la Historia) lo que le preocupa al investigador histórico es analizar “la sociedad en el tiempo”. Pero por motivos de economía de esfuerzos, de recursos y de interés personal; por criterios teóricos, técnicos o metodológicos; por las facetas peculiares y diferenciables (aunque interrelacionadas) del entramado social y porque a veces resulta pertinente e imprescindible fraccionar ese objeto de estudio con miras a profundizar mejor en sus diversos flancos, los historiadores se han visto forzados a elaborar la historia utilizando múltiples formas cuyo contenido depende de los objetos y las escalas (y hasta de las fuentes) asumidas para procesar las investigaciones.

Por lo anterior, hoy se escribe con propiedad bajo el paraguas de la historia económica, de la historia de las mentalidades o de los imaginarios colectivos, de la historia política o de la historia oral, por mencionar algunas de las expresiones contemporáneas de la historiografía ya establecidas entre quienes ejecutan tales actividades investigativas.

Este fenómeno relacionado con la generación del conocimiento histórico ha ocurrido en contravía de los deseos de algunos teóricos que vieron en su desenvolvimiento un peligro muy grande para la propia consolidación de la disciplina histórica, pues la existencia de supuestos o reales compartimientos estancos (según su criterio) lesiona la necesaria unidad que debe existir dentro de la historiografía (a este respecto véanse las interesantes críticas planteadas por Peter Burke en: *La revolución historiográfica francesa: la escuela de Annales, 1929-1989*; léanse, además, los debates de fondo contenidos en un libro que editó también Burke intitulado *Formas de hacer historia*).

A despecho de estas válidas prevenciones, lo que ha sucedido no da para rasgarse las vestiduras por una irreal o existente crisis de la historia que produzca su extinción definitiva como consecuencia del fraccionamiento inevitable de su objeto general, la sociedad como conjunto.

Entre otras cosas, la historia en su evolución y consolidación sufrió más de una catástrofe y, a pesar de los pesimistas, la hora de su entierro no parece estar esperando en el horizonte (acerca de ese tema puede consultarse a Gerard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*. Este libro es un homenaje a Carlo Ginzburg, uno de los supuestos promotores de una de las últimas crisis por su defensa del “paradigma indicial”).

La microhistoria como forma de hacer historia también conmovió a la disciplina tanto en Europa como en América. El debate aún no ha concluido, pero de todo lo planteado podemos ir sacando en claro algunas cuestiones de fondo que no implican un consenso entre los teóricos y los historiadores.

En primer lugar, la microhistoria no difiere del resto de la historiografía en el sentido de que su objeto de estudio es también “la sociedad en el tiempo”, y sus temas suelen ser tan variopintos como variopinta es la llamada “realidad social” y como multifacéticos son los intereses de los investigadores. Es decir, esta especialización

es también historia de acuerdo con el enfoque tradicional con que concebimos a la disciplina. No se trata de “otra” historia divorciada de las tradiciones ya clásicas o de los protocolos investigativos que distinguen a nuestra profesión.

Pero sí es un tipo de historiografía peculiar que ha aportado lo suyo al conocimiento histórico y que seguirá siendo útil mientras exista la historia, a pesar de las críticas de sus opositores. Como lo anota certeramente Giovanni Levi (*Sobre microhistoria*, en el tomo *Formas de hacer historia*; ver también de este autor *Un problema de escala*, ensayo que se publicó originalmente en italiano y que se puede leer en la web traducido al español) la microhistoria implica por lo menos dos cosas (entre otras): un asunto de escala, puesto que los objetos de estudio se trabajan en un espacio más reducido; y un cambio relativo de perspectiva que permite ver situaciones o características que en un enfoque macro quedarían ocultas, por razones obvias.

Estos dos aspectos planteados por Levi son realmente fundamentales: hay cuestiones de lo local, de lo intra-local, de lo micro, que solo pueden ser visualizados de manera integral si penetramos a fondo en los objetos de estudio, analizándolos casi microscópicamente. Porque si no procedemos con esta escala y bajo esta perspectiva se perderían irremediablemente o no podríamos interpretarlos a cabalidad para esclarecer su sentido.

Pero hay más: muchos asuntos de la “realidad social” solo podrían comprenderse acudiendo a este enfoque porque son tan singulares que es imposible captarlos o entenderlos mediante el punto de partida macro, el cual se concentra más en lo genérico o global que en lo especial que tipifica a lo micro. Esto sin desconocer que lo micro-histórico suele nutrir (enriqueciéndolo) a lo macro.

Se plantea aquí un asunto de escala y de perspectiva que tiene repercusiones técnicas, metodológicas y teóricas. Hasta el uso de las fuentes depende de la forma como abordemos nuestro objeto de estudio, porque es indudable que el ejercicio micro-histórico obliga a una utilización más precisa de los documentos en función

de unos problemas específicos, y los resultados de las pesquisas investigativas también van a incidir en la calidad y el sentido de los conocimientos, siempre muy aterrizados en lo micro.

Carlo Ginzburg es otro historiador italiano que ha aportado ideas relacionadas con el método para abordar lo micro-histórico. Se podría decir que fue quien más alborotó la carpa de los historiadores con sus ideas sobre la importancia del “paradigma indicial” en el ámbito de la historiografía. Ginzburg estaba preocupado con las generalizaciones abusivas que se sostenían como verdades indiscutibles dentro de la historia macro (la historia nacional, universal, etcétera) cuando en realidad solo eran la consecuencia de la simple especulación abusiva de algunos historiadores.

Sin desconocer la importancia de la historia macro (que para él se apoyaba sobre todo en el método deductivo) proponía un “cambio de paradigma” basado en el método inductivo como estrategia principal para atacar objetos de estudio que eran mal tratados o desconocidos por la macro-historia (en el libro *Mitos, Emblemas e Indicios: Morfología e Historia* hay un ensayo -entre otros- dedicado a defender su propuesta de “paradigma indicial” aplicable a la historia).

Ginzburg va tan lejos en la defensa de la microhistoria (porque, sostiene, permite aplicar un enfoque distinto, con otra escala y para enfrentar otras dificultades) que no se queda en el nivel de las simples discusiones teórico-metodológicas abstractas sino que aplica sus ideas donde debe hacerlo cualquier historiador de respeto: en la producción de conocimientos nuevos.

Por esta razón confecciona una serie de ensayos de orientación micro-histórica, de los cuales el más famoso es *El queso y los gusanos: el cosmos de un molinero del siglo XVI*. Este libro es ya un clásico de la literatura histórica donde el llamado “paradigma indicial” se pasea por todas sus páginas.

Pero la obra no contiene solo eso pues también es un escrito que bebe de las tradiciones intelectuales de su tiempo (como la historia desde abajo o la llamada historia cultural o de los imaginarios), lo cual sirve

para probar que no hay barreras infranqueables entre las diversas formas de abordar los problemas históricos y que la microhistoria hace parte de la historia al alimentarse de sus herramientas y del espíritu científico que también penetra a esta forma de conocimiento.

Sin embargo, parece que el error inicial consistió en enfrentar de manera irregular lo micro con lo macro, porque por ser distintos en términos de escala, perspectiva, método o resultados no eran necesariamente opuestos sino, tal vez, complementarios. A pesar de que Ginzburg esgrimió su propuesta casi como una cruzada contra las macro-historias generales y especulativas, la experiencia práctica de los investigadores en todos los lugares ha demostrado que los discursos históricos macro son imprescindibles para los micro-historiadores, por cuanto les entregan instrumentos para la contextualización derivados del plano nacional o internacional que no logran obtener a partir de lo micro.

De hecho, hay asuntos de lo local o de lo intra-local que no pueden explicarse bien sino atendiendo a las tendencias o patrones estructurales inmersos en lo más general. Y a la inversa: los buenos trabajos micro-históricos no solo sirven para resaltar las características más profundas de las “matrias” sino para aportar conocimientos nuevos y rigurosos que podrían utilizarse para fortalecer las historias macro, ya sean nacionales o internacionales. Esto último demuestra que no hay una barrera insuperable entre lo micro y lo macro sino cierta complementariedad.

Otro problema que ha revelado el debate internacional se relaciona con la cuestión de los tiempos históricos. Resulta que un gran historiador francés sostuvo en un libro en que se recogieron varios de sus ensayos teórico-metodológicos (Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*) que la microhistoria se relacionaba con el “tiempo corto” y que por estar asociada a la corta duración histórica era poco lo que podía aportar si la comparamos con la “historia estructural”, vinculada a los contextos globales y a las estructuras.

La discusión teórica y, sobre todo, los aportes investigativos empíricos han demostrado que Braudel no tenía la razón. Porque no es cierto que la microhistoria se vincule solo con la “corta duración” (aunque en muchos casos esto sea así), debido a que es posible realizar estudios micro atendiendo a la mediana duración y hasta a la larga duración histórica.

Por ejemplo, una localidad pequeña podría historiarse durante siglos y el estudioso gozar de la oportunidad de profundizar simultáneamente en problemas materiales o simbólicos complejos analizados en detalle, lo que se dificulta mucho cuando se emplea la perspectiva macro. El universo analítico relativamente reducido facilita la penetración más profunda en el objeto de estudio, para explicar o interpretar aspectos que de otro modo se volverían invisibles.

Tampoco es cierto que la microhistoria (al ser hermana de la “corta duración”, como sugiere Braudel), se desentiende de las estructuras. Ya hoy sabemos que las estructuras sociales son múltiples, pues abarcan lo económico, lo político y hasta lo simbólico. Y son identificables tanto en lo macro como en lo micro.

Es posible hacer historia micro teniendo en cuenta los procesos estructurales, al menos en dos sentidos: al construir objetos de estudio sobre una localidad o sobre otro tema en el marco de la larga duración histórica, por ejemplo. ¿Cómo prescindir de las estructuras en el estudio de una localidad mirada en la duración de más de cuatro siglos? Ahí se proyecta inevitablemente lo estructural visto no solo como lo económico, lo social o lo político sino incluyendo las llamadas estructuras simbólicas.

Lo otro que es que siempre que se hace historia micro nunca se debe perder de vista lo macro, donde también juega lo estructural. De hecho, en cualquier análisis micro-histórico va operando el conjunto de las estructuras que sirve de marco al contexto histórico más amplio en el cual aquel suele estar inmerso. De tal manera que hoy es prácticamente imposible escribir microhistoria sin tener

en cuenta los procesos estructurales, a menos que uno no sea un historiador profesional.

La posición equivocada de Fernand Braudel ha recibido hace ya algún tiempo una fina respuesta de un historiador mexicano que hizo escuela en América Latina y que, desafortunadamente, se lee muy poco ahora entre nosotros. Se trata del maestro Luis González y González (ya fallecido, lo mismo que Fernand Braudel).

En *Invitación a la microhistoria* (pero más exactamente en un ensayo que también se publicó independiente, intitulado *El arte de la microhistoria*) este autor sostiene algunas de las ideas ya planteadas más arriba: que no es cierto que la microhistoria sea sinónimo de la corta duración histórica y que tampoco es cierto que esté divorciada de los procesos estructurales.

Pero lo de González y González no se queda solo en la mera discusión teórica o de método sino que, como Ginzburg o Levi, introduce en sus obras históricas todo lo procesado en aquellos planos, como siempre lo saben hacer los buenos maestros que no se dejan intoxicar por las lecturas históricas y que tampoco se deslizan hacia la petulancia como si fueran poseedores de alguna verdad revelada.

Luis González y González (utilizando como estrategias discursivas el humor y la sencillez) dice grandes verdades sobre nuestro oficio que aunque vienen disfrazadas con trajes de carnaval nunca pierden su seriedad y rigor. Lo que impresiona de este erudito es que expone problemas difíciles de la historiografía empleando un estilo que nos provoca la sonrisa o la carcajada más sonora.

Son muy pocos los que pueden lograr este efecto en sus lectores sin desplomarse en el ridículo. Por esta razón (y por la importancia de su obra) sería bueno que recuperáramos a este importante historiador en nuestras Carreras de Historia en toda la Región Caribe, ojalá en el escenario de cátedras especializadas en la microhistoria.

Pero la máxima demostración de lo correcto de la mayoría de sus ideas sobre la microhistoria no lo son tanto sus textos teórico-metodológicos (escribió también *El oficio de historiar* y *Nueva invitación a la microhistoria*, entre otros ensayos) sino sus trabajos “empíricos”, de los cuales el más conocido es *Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. Este es un libro sobre el pueblo donde nació y en el cual analiza tópicos diversos adoptando la perspectiva de la larga duración histórica y el enfoque de la historia estructural y total que pregonó en su momento el propio Braudel.

Es bueno mencionar esta obra porque en sus ensayos de método y teoría Luis González y González critica la visión de los historiadores “racionalistas” que no le conceden ninguna importancia a lo emotivo, a lo sentimental, en el proceso de construcción del discurso. Declarándose un romántico a ultranza sostiene que lo micro debe ser estudiado no solo atendiendo a consideraciones teóricas o metodológicas (como lo defienden los europeos) sino porque las “matrias” (las localidades, los pueblos) son normalmente más amadas que las patrias.

Este matiz agregado al trabajo investigativo debe ser visto no solo como un simple interés personal que estimula desde lo más hondo al estudioso sino como un motor pulsional, como una pasión que lo empuja a seguir adelante y a completar su tarea. Para el caso de nuestro país y de la Región Caribe este romanticismo defendido por el maestro mexicano tiene un valor inestimable, sobre todo si es puesto en juego por historiadores e historiadoras bien formados profesionalmente.

Esa discusión que se dio a propósito de la *Tertulia Historia y Pensamiento* debe servirnos para pensar en la mejor manera de integrar de modo especial la microhistoria en los currículos de nuestras Carreras de Historia. Hay muchísimos objetos de estudio esperando nuestra atención en todo el Caribe colombiano. La necesidad de mejorar el conocimiento sobre nosotros mismos debe servir de principal acicate para empeñarnos en esta loable labor intelectual.

Y en esa tarea necesaria e importante no es posible dejar a un lado el cariño que los buenos hijos suelen sentir por sus “matrías”. El romanticismo que enseñó Luis González y González debería ayudar a producir buenas historias, porque hasta para escribir historia es indispensable la pasión. Bien administrado, el romanticismo no es un problema sino que podría convertirse en un estímulo fundamental. Porque lo que se ama es, quizás, lo que mejor se puede conocer.

LA IMPORTANCIA DEL CONCEPTO ESTRUCTURA EN EL ANÁLISIS HISTÓRICO

La historia es una ciencia social que requiere de conceptos, categorías o modelos teóricos para las interpretaciones, y para la organización de los datos que resultan del proceso investigativo. La teoría es fundamental en la producción de conocimiento histórico.

Como una ciencia que estudia lo que ya fue (a través de los indicios que guardan los testimonios voluntarios e involuntarios de la humanidad), la disciplina histórica se ocupa de elaborar saberes que dan cuenta de cómo ocurrieron las cosas, dónde sucedieron, por qué ocurrieron, cuáles fueron las circunstancias que las provocaron, etcétera, produciendo narraciones que contienen las explicaciones y perspectivas de los historiadores.

Pero ese resultado del proceso investigativo no es solo descripción o explicación, pues contiene también teorías explicativas de lo ocurrido, conceptos o categorías que representan procesos o fenómenos, o modelos conceptuales que sirven para expresar la dinámica de la interrelación entre variables sociales integradas, o en conflicto, en la sociedad analizada.

A este plano (que llamaremos teórico) pertenece el concepto estructura. ¿Qué representa ese modelo con respecto a la sociedad a la cual se refiere? En una organización social cualquiera siempre se expresan eventos o fenómenos de diversas características. La tarea de los historiadores consiste en dar cuenta de esas diferencias y de su desarrollo, utilizando categorías forjadas en la propia disciplina histórica o tomadas de otras ciencias.

Cuando se usa el concepto clase social, se lo hace para describir a un grupo humano con unos perfiles especiales, que lo hacen distinto de otro grupo, desde el punto de vista económico, del estatus, o de su relación con el poder o con la propiedad.

Al emplear el concepto acontecimiento se tiene en mente un fenómeno singular, destacado, muy visible, de corta duración, y relativamente

fácil de entender. El concepto coyuntura está reservado para los eventos complejos en que interactúan muchas variables, y cuyo análisis requiere más atención que el acontecimiento.

La Batalla de Boyacá, por ejemplo, fue un fenómeno que se articula sin problemas al concepto acontecimiento. Pero un proceso complejo, muy dinámico y de difícil análisis, como el de la Independencia Nacional, no puede ser definido empleando la categoría acontecimiento, sino el de coyuntura.

La categoría histórica estructura se emplea para hacer alusión a procesos sociales que no son tan efímeros como el acontecimiento, ni tan visibles como la coyuntura. La estructura tiene que ver con lo profundo y, quizás, con lo oculto de la organización social.

La estructura es aquello relativamente estable (duradero) en la sociedad. Lo que sirve de fundamento, de base, al devenir social. Es decir, representa el entramado que define (o singulariza) lo que es una organización social dada y que, por lo tanto, sirve para establecer diferencias entre las sociedades que ha habido a lo largo de la historia humana.

Ninguna sociedad puede existir sin estructuras, pues éstas son como una especie de molde o camino a través del cual discurren los procesos económicos, políticos o simbólicos. Las estructuras son como el andamiaje (o fundamento) que hace relativamente estable a cualquier sociedad humana. Sin ellas no habría sociedad.

Lo que se conoce como contexto histórico (o totalidad social), conserva una relación directa con las estructuras; ese contexto está delimitado y depende de estas. Es más, los acontecimientos, las coyunturas o las instituciones no podrían existir sin ese marco global que resulta de la interacción de las estructuras de la sociedad.

Las estructuras hacen parte de lo que Braudel llamó la larga duración histórica, pues, al ser las bases que otorgan estabilidad y relativa permanencia a cualquier sociedad, deben durar mucho tiempo, normalmente siglos, como ocurrió con las estructuras de la sociedad esclavista, feudal o capitalista.

Mediante las estructuras, la sociedad organiza o modela sus procesos económicos, políticos, simbólicos, o los que se relacionan con el funcionamiento de las clases, las castas o los estamentos. Esto quiere decir que no hay una sola estructura, sino varias, como ha sido establecido hasta ahora por la ciencia social.

Cuando se trata de asuntos económicos profundos, de estabilidad relativa, que predeterminan el modo de ser de la economía, se suele emplear el concepto estructura económica. La estructura económica de una sociedad tiene que ver con el modo cómo esta produce sus bienes económicos, y cómo los distribuye.

Un modo de producción, según la definición de Marx, es una estructura relacionada con la forma como se producen los bienes necesarios, lo cual implica la organización del proceso productivo, unas formas de propiedad, y la relación entre las clases o grupos para producir, etcétera.

El concepto estructura económica hoy no se refiere solo, como ocurría en el siglo XIX, al modo de producción, ya que puede aplicarse a aquellos elementos estables del comercio, la banca, entre otros tópicos, como cuando se hace alusión a la estructura bancaria o comercial de un país.

Para referirse a la manera como se organizan las clases sociales, los estamentos o las castas en un tiempo y un espacio determinados, los historiadores utilizan el modelo estructura social.

La estructura social da cuenta del papel de los grupos o clases dentro de una sociedad específica, teniendo en cuenta su relación con la propiedad o con el ingreso, entre otros aspectos. Esa estructura normalmente implica una organización vertical, es decir, una jerarquización social.

Cuando se trata de enfocar el tema del poder político (dentro o alrededor del Estado), el nexo entre ese poder y las clases, los partidos o las ideologías, el concepto que se usa es el de estructura política.

La estructura política de una sociedad expresa unas permanencias que le conceden a la misma cierta estabilidad, y una peculiaridad que la diferencia de otras, en el plano del funcionamiento estatal y del ejercicio del poder político.

Para captar los procesos simbólicos, las regularidades asociadas a los imaginarios colectivos o a los fenómenos mentales de tipo individual o colectivo, se emplea el modelo estructura simbólica o mental. La lengua, las tradiciones, la religión y hasta las ideologías hacen parte de la estructura simbólica de una sociedad.

Las estructuras son esenciales para establecer las características propias de una sociedad, y para definir sus diferencias con otras sociedades. Cuando se escribe sociedad feudal, esclavista o capitalista se hace alusión, básicamente, a los aspectos estructurales que existen en esas sociedades, y que sirven para distinguirlas.

Es imposible caracterizar hoy a una sociedad como república o como monarquía sin analizar su estructura política. Del mismo modo, es imposible entenderla como capitalista o socialista sin acudir al concepto estructura económica. Y para explicar el modo como interactúan o entran en conflicto las clases o los estamentos es muy útil el modelo estructura social.

El concepto estructura sirve, dentro del análisis histórico, para marcar el sentido y los contornos de los grandes cambios y de las permanencias (o regularidades) ocurridas dentro de la sociedad en los ámbitos económico, social, político o simbólico.

La historiografía contemporánea tiene en este modelo uno de sus soportes esenciales para comprender cómo ha discurrido la sociedad humana en el tiempo. Al concepto estructura se debe, en gran medida, la amplia revolución historiográfica que ocurrió en el siglo XX, de la mano de corrientes de pensamiento histórico como Annales y el marxismo.

FERNAND BRAUDEL, EL HISTORIADOR DEL CAPITALISMO Y EL MEDITERRÁNEO

Fernand Braudel es considerado por muchos el historiador más importante del siglo XX. Esto debido a su aporte intelectual y al papel que desarrolló en Francia y otros lugares del planeta, consolidando y expandiendo la disciplina histórica como una actividad abierta a todas las ciencias sociales.

Braudel vivió en el complejo siglo XX (1902-1985), con sus fuertes conflictos y su bullente actividad intelectual. Hizo parte de esa cultura que criticó los poderes establecidos y las tradiciones historiográficas que había legado el tiempo, especialmente la tradición histórica positivista.

Como historiador, se formó en contacto con las ramas intelectuales de punta, aquellas que impulsaron el desarrollo de la historia y otras disciplinas, tales como el marxismo, el estructuralismo y el espíritu abierto, liberal ilustrado y multidisciplinar del grupo o escuela al que perteneció, bajo la influencia del maestro Lucien Febvre.

Braudel encontró una gran inspiración y orientación entre las personas que le rodeaban en el llamado grupo de Annales. Este había nacido alrededor de la revista del mismo nombre hacia el año 1929, y se convirtió posteriormente en el núcleo de historiadores más influyente en Francia y en Europa.

Annales funcionaba bajo varias ideas-fuerza complejas (paradigmas) que definirían su producción historiográfica. Pregonaba la integración de las ciencias sociales, pues todas tenían el mismo objeto de estudio, a la sociedad en todas sus expresiones.

Esto provocó una apertura completa de la historia hacia las demás ciencias sociales, la cual abarcó las teorías explicativas, los métodos y las técnicas. Los fundadores del grupo (Lucien Febvre y Marc Bloch) institucionalizaron esa apertura, que se convirtió en un antídoto contra el dogmatismo y en instrumento para construir una

historia científica con arrestos para aprovechar los aportes de las disciplinas hermanas.

Este paradigma teórico-metodológico fue inducido por el hecho de que la sociedad humana constituía un universo complejo, cuya interpretación o conocimiento rebasaba los límites establecidos por cualquier disciplina independiente. El simple saber de un economista, geógrafo, sociólogo o demógrafo se quedaba corto para entender la complejidad del devenir humano.

En consecuencia, lo que exigía el estudio de la realidad social era el manejo multidisciplinar de los recursos teóricos y metodológicos de las ciencias sociales, mediante una vocación investigadora que supiera beber de las influencias con espíritu científico, y dejando a un lado el sectarismo de otras escuelas (la historia debe ser bulímica, comer de todo, solía escribir Braudel en sus ensayos).

La idea de aprovechar los avances de las ciencias sociales sin distinguir su procedencia también partía del supuesto de que lo humano organizado socialmente representaba una totalidad, un conjunto, un contexto solo comprensible si se sabía captar cada momento o instancia como haciendo parte de un todo.

Este supuesto holístico se vio favorecido por la visión estructural que se había ido forjando en la sociología y la economía, y que después se hizo dominante en el análisis social, desplazando la historiografía basada en lo singular y lo destacado que provenía del siglo XIX.

La historia total de Braudel recogía esos progresos teórico-metodológicos, convirtiéndose en una especie de horizonte de toda su obra, al lado del enfoque de la historia-problema que había heredado de sus maestros, esta última una proyección del estilo con que se investigaba en la ciencia, con el cual se pretende resolver o descubrir problemas, es decir, analizar o problematizar antes de solo narrar.

La ruptura con la “historia acontecimental” de origen positivista se cosechó en ese escenario intelectual en que se hizo dominante

la historia de las estructuras, tanto materiales como simbólicas. La historia total de los “annalistas” representó un intento de desvelar el misterio de las estructuras económicas, “mentales” o políticas (entre otras) de la sociedad, tratando siempre de destacar las interrelaciones, la adaptación, o sus conflictos y desajustes.

En este marco intelectual, Braudel preparó sus dos obras principales: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (Fondo de Cultura Económica, en 2 Vols., varias ediciones) y *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV a XVIII* (Alianza Editorial, 3 Vols., 1984).

En ambos trabajos, el autor aplica la descomposición del tiempo que había hecho célebre en un popular ensayo compilado en el libro *La historia y las ciencias sociales* (Alianza Editorial, 1970). Según Braudel, el tiempo de la historia no es homogéneo, pues posee múltiples duraciones.

Esas duraciones se asocian a la manera cómo cambian los eventos históricos o a la duración en el tiempo de estos. Braudel asoció la corta duración o el tiempo corto con los eventos que duran poco. Una vida humana, una gran batalla, etcétera caían en la categoría de los acontecimientos. El tiempo corto era, en consecuencia, el de los acontecimientos, el de aquello que no duraba mucho.

Las duraciones medias relacionadas con la economía, la demografía o la cultura fueron asociadas a las coyunturas, las cuales no solo duraban más que los acontecimientos, sino que tenían una mayor complejidad y, por lo tanto, requerían más esfuerzo del historiador para comprenderlas.

Finalmente, el tiempo largo o la larga duración histórica Braudel la conectó con las estructuras, cuyo movimiento y desgaste era mucho más lento que el de los acontecimientos y las coyunturas, y que, para él, representaban los andamiajes más importantes de cualquier sociedad, a tal punto de determinar sus características principales y de servir de fundamento que gobierna su funcionamiento.

En *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, Braudel convierte a un mar interior en una especie de personaje histórico, con una vida conflictiva pero organizada alrededor de las civilizaciones que buscan dominar a toda costa.

Ante los ojos del lector se ofrece un análisis de la geografía y de la forma como el hombre se adapta a ella para construir economía, para desarrollar y aplicar la técnica y para procesar nuevos imperios, como ocurrió con el de Felipe II, que integró a América y ayudó a construir el moderno mercado mundial.

La larga duración histórica viaja encadenada a las grandes civilizaciones que, aunque disputan entre sí en el siglo XVI, tienen un origen lejano y una solidez cultural de siglos. El mundo mediterráneo es el de los árabes, los franceses, los turcos, los castellanos y el de todos los pueblos que guerreen en sus aguas, pero que también comercian y construyen rutas de navegación a lo largo y ancho del *Mare Nostrum*.

Fiel a su visión de historia total, Braudel compone un cuadro abigarrado donde la técnica, la economía, la religión, la política, la cotidianidad y los destellos del acontecimiento están presentes para iluminar la complejidad de la vida mediterránea, donde las diferencias marcadas se articulan en los andamiajes estructurales y en las tendencias que cruzan a varias civilizaciones.

En *Civilización material, economía y capitalismo* el enfoque se concentra más en los asuntos económicos, en el movimiento de bienes y personas en Europa y más allá y en la duración de varios siglos, del XV al XVIII.

En esta densa obra de historia económica, Braudel analiza la formación de las economías-mundo europeas y su relación con las periferias. Aquí se vale de la teoría centro-periferia elaborada por su discípulo Immanuel Wallerstein, y del concepto economía-mundo o sistema-mundo de este mismo autor, como lo reconoce en su pequeño libro teórico-metodológico *La dinámica del capitalismo* (Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2002).

El cuadro que pinta Braudel se relaciona sobre todo con el capitalismo comercial y con los poderes y transformaciones conectados a este. Grandes ciudades comerciantes y puertos cosmopolitas se convierten en el epicentro del sistema-mundo, concentrando el mayor desarrollo a nivel de empresas transoceánicas, y captando la riqueza monetaria derivada de las transacciones mercantiles.

Alrededor de esos fuertes centros económicos se agrupan las periferias, con menos poder económico y político. Amberes, Sevilla, Londres, París, etcétera y todos sus satélites “nacionales” e internacionales tejen una abigarrada telaraña económica alrededor del planeta, soportada en la expansión del capitalismo y en la centralización monárquica.

El sistema-mundo es desigual porque su eje europeo succiona la riqueza global para su propio beneficio y, por lo tanto, concentra a los banqueros, comerciantes, navegantes, administradores y políticos más destacados. En la cúspide del sistema están los negociantes, los más poderosos entre los poderosos.

El negociante de Braudel es el gran capitalista que no solo atesora metales preciosos y posee otras formas de riqueza material, sino que cosecha las relaciones con sus pares de todo el orbe, tiene nociones claras del movimiento económico global e invierte en el comercio y otras ramas, tratando siempre de maximizar las ganancias y reducir los riesgos.

Ese negociante maneja las rutas marítimas y controla también los medios de transporte. Solía ser el banquero o prestamista de los reyes, siempre buscando construir relaciones y formas de dependencia que le garantizaran proteger sus negocios y elevar las ganancias.

Civilización material...es una obra densa, en que se utiliza una cantidad vastísima de fuentes (incluidas las literarias) y donde se nota el gran esfuerzo del historiador para tratar de captar los movimientos lentos e imperceptibles de las estructuras y el dinamismo de las coyunturas.

Del mismo estilo, aunque con una problemática más definida, es *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo...* Ambos libros colocaron a Fernand Braudel en la cúspide de los historiadores europeos, y lo convirtieron en un maestro internacional que superó a los fundadores de *Annales*.

LA IMPORTANCIA DE LA CRÍTICA DENTRO DE LA CIENCIA HISTÓRICA

La crítica es fundamental en el ámbito de la historia, debido a su carácter de disciplina que estudia las actividades humanas en el tiempo como una “ciencia moral”, en el sentido de que se ocupa del comportamiento o de las acciones de los seres humanos organizados en sociedad.

Apoyada en la interpretación erudita, la historia requiere del espíritu crítico para eludir la ingenuidad o poner en su sitio a la mentira, a la falsificación. En la construcción de certezas (es decir, asertos que no sean falsedades), la historia bebe de la forma de pensar científica, y acude a las fuentes como instrumentos de contrastación de su verosimilitud.

La manera de pensar básica de la ciencia difiere de la del mito, la leyenda o la religión. La historia, como toda ciencia, acude a la razón y la convierte en el eje de la elaboración de sus conclusiones. El conocimiento histórico es, básicamente, un resultado que elude la simple emoción y que, a menudo, está mucho más allá de la mera intuición.

Como pensamiento razonado y formalizado, y como forma de conocer (que se estructuró en un largo desarrollo disciplinar), la historia no funciona basada en la fe o la creencia. Su razón de ser también está en la duda, y en producir sus conclusiones partiendo de una metodología similar a la del “ensayo y el error”, mediante la cual se establecen los hechos o conocimientos, a través de un proceso crítico inevitable.

Esto quiere decir que las categorías, modelos o teorías históricas solo alcanzan cierto estatus después de un procedimiento de crítica que nunca concluye, porque siempre depende del estado de la investigación, de los hallazgos localizados en las fuentes y de los aportes de los historiadores.

La historia es dinámica por el papel de ese proceso de revisión continua, el cual ocurre en el campo de la propia disciplina, en su relación con las demás ciencias sociales o con las otras ciencias.

La crítica intersubjetiva ha sido fundamental en la transformación de la historiografía, y está relacionada con el trabajo de los propios historiadores, con el de los demás investigadores sociales, y con los progresos teóricos o epistemológicos asimilables, ocurridos en las llamadas ciencias duras.

La crítica intersubjetiva (o sea, la que ocurre en el intercambio de los pares intelectuales) se ha dado entre los propios historiadores (para generar teorías, métodos, técnicas y contenidos históricos), y con los científicos de otras áreas.

Por ejemplo, el asunto de cómo y qué se conoce en historia ha contado con los aportes de los sociólogos, los filósofos, los economistas y de los propios historiadores, en un debate que facilitó la consolidación de un lenguaje teórico-metodológico y el avance de los conocimientos históricos.

Pero la crítica no se relaciona solo con las teorías, métodos, técnicas, objetos de estudio y conclusiones, sino con el manejo de las fuentes. Se podría decir que el proceso crítico en la historiografía arranca con la manera como el historiador se relaciona con sus testimonios voluntarios e involuntarios.

El positivismo decimonónico sistematizó la crítica de las fuentes con el propósito de no pecar por ingenuidad o por excesiva credulidad. Langlios y Seignobos (Introducción a los estudios históricos) sostuvieron en su clásico manual que la crítica de las fuentes debía abarcar dos momentos: la crítica externa y la interna.

La crítica externa equivale a ganar certeza acerca de la originalidad o validez de una fuente. Es decir, consiste en adquirir absoluta confianza en ella porque se la ha sometido a todos los procedimientos para descartar que sea falsa.

Una fuente falsa induce al error a quien investiga, pues lo lleva a construir falsedades y hasta a hacer el oso, si la falla es descubierta por sus pares. Cualquier fuente falsificada provoca una auténtica catástrofe en las conclusiones elaboradas por el investigador, las cuales también resultarán falsas. En consecuencia, la crítica externa es fundamental para validar los conocimientos obtenidos, y es una obligación de todos los historiadores.

Con la crítica interna se pretende (utilizando la hermenéutica) establecer si el contenido de una fuente es cierto, creíble o falso y dudoso. Esta es fundamental en la construcción de los asertos, donde juega un papel esencial la capacidad interpretativa del historiador.

En muchos casos, la adquisición de la certeza o verosimilitud en cuanto a los datos contenidos en una fuente solo es posible a través del “cruce de fuentes”, es decir, mediante la comparación de los datos de una fuente con los que aparecen en fuentes diferentes.

En otras circunstancias no es posible lograr ninguna certeza sobre lo ocurrido, porque los datos aportados por la fuente son ambiguos, y la sola comparación con otras fuentes no permite resolver la duda. Cuando eso ocurre, lo adecuado es contarle al lector sobre la imposibilidad de plantear una conclusión segura, por las limitaciones a nivel del manejo de los datos.

Los datos que aportan las fuentes, mediante la crítica interna, son esenciales para generar los asertos, o sea, los conocimientos históricos. Así como no es posible producir historia de calidad con fuentes mal criticadas externamente, tampoco es seguro extraer conclusiones válidas con datos pobres, endebles o falsos.

Las fuentes y los datos son claves en la elaboración del discurso histórico, porque representan los vestigios de lo que ya ocurrió, aunque nunca puedan contener todo el proceso social en su complejidad. Sin fuentes, sin datos, es imposible producir conocimientos históricos.

Esta enseñanza positivista continúa siendo esencial, porque la historia no es solo mero ejercicio interpretativo del historiador, sino que tiene la necesidad de establecer hechos.

Y los hechos solo se pueden establecer utilizando los hallazgos localizados en las fuentes. Como anotó certeramente Pierre Vilar, nunca en historia se establecen interpretaciones sino los hechos.

Precisar los contornos de un hecho requiere de un ejercicio crítico e interpretativo de la mayor importancia dentro de la historiografía. Saber o entender cómo fue un acontecimiento, una coyuntura, una estructura o una institución en un espacio y un tiempo bien definidos es clave en el proceso de construcción de los conocimientos históricos.

La erudición, la capacidad interpretativa y el ejercicio crítico sobre las fuentes y sobre los contenidos elaborados constituyen momentos indispensables en el procesamiento del discurso histórico. Tragar entero o pecar de ingenuo son lujos que nunca deben estar al alcance de ningún historiador.

EL BICENTENARIO DE LAS INDEPENDENCIAS EN COLOMBIA

No es fácil definir una fecha única para la independencia de lo que hoy llamamos Colombia, territorio antes conocido como Virreinato de la Nueva Granada (sobre todo a partir de 1717). La cuestión es tan complicada que remitirse a un día, mes o año puede originar más de un error en el nivel de la datación o de la interpretación historiográfica.

Desde el centro del país se asumió el 20 de julio de 1810 como referente principal para conmemorar la gesta independentista, olvidando los políticos y asesores que propusieron esta fecha desde los inicios del siglo XX que ese día no se definió propiamente ninguna independencia y que el famoso “grito” de José Acevedo y Gómez no originó de inmediato ningún país libre, al menos en la zona central.

A todas las regiones del país se les ha impuesto la fecha santafereña como canon inamovible en la construcción del imaginario que ilumina el festejo nacional, partiendo de un centralismo rudo que desconoce las peculiaridades regionales y locales y, sobre todo, el hecho demostrable de que antes de la revuelta bogotana hubo otras que sí originaron declaratorias de independencia absoluta, como la de Mompox el 6 de agosto de 1810 o la de Cartagena, el 11 de noviembre de 1811.

Si partimos del supuesto de que el referente debe construirse teniendo como eje los levantamientos iniciales, en la Villa de Mompox éstos comenzaron en el año 1809 de la mano de una élite descontenta con la dominación de Cartagena, encabezados por los hermanos Gabriel Celedonio y Germán Gutiérrez de Piñeres. Esto sin mencionar la Presidencia de Quito, adscrita al Virreinato, cuya Acta independentista está datada en 1809. Pero quizás no quepa Quito porque hoy no hace parte de Colombia.

Cabe anotar que las peleas entre las villas y las ciudades o entre las regiones o subregiones demarcadas por una Real Audiencia,

una Gobernación o una Presidencia, fueron muy comunes durante el período colonial. La Corona en muchas oportunidades se vio forzada a redistribuir territorios entre los diversos centros de poder atendiendo a sus propios intereses estratégicos y a las presiones socioeconómicas y políticas de las élites regionales y locales.

El Virreinato de la Nueva Granada era un abigarrado y complejo mundo compuesto por zonas dominadas por grupos económicos que solían darse codazos para imponer sus privilegios. La alianza entre los criollos y la burocracia colonial soportó miles de pruebas antes de los sucesos definitorios de principios del siglo XIX. Recuérdese la memorable batalla que libraron los comuneros del oriente del país a finales del siglo XVIII, quienes pusieron en jaque al poder virreinal al levantarse contra un régimen impositivo oneroso.

Todas las contradicciones cosechadas durante la colonia afloraron al emerger la coyuntura de las independencias. No es gratuito que Mompox haya declarado su independencia absoluta tratando de desembarazarse del predominio de Cartagena (aunque después enviara delegados a su Junta de Gobierno). Lo mismo hizo Tunja con respecto a Santa Fe y otras villas contra centros de poder tradicionales, como Popayán en el sur.

Después de la pérdida de la soberanía española a manos de los franceses (en el año 1808) todas estas disputas por parcelas de poder en el Virreinato salieron a flote. En aquél año la península experimentó un vacío de gobierno como consecuencia del desplazamiento de la monarquía española a manos de Napoleón y sus aliados. España entró entonces en una lucha de liberación nacional. Ante la ausencia del rey, las élites conformaron un “Consejo de Regencia” (antes se llamaba Junta Suprema de España y las Indias) que dirigiría la lucha contra los invasores en ausencia del monarca. Así mismo, se regaron por todo el territorio peninsular Juntas de Gobierno que, en general, defendían los derechos de Fernando VII en contra de los invasores.

Cuando la noticia de la invasión se conoció en el Virreinato, explotó el juntismo en la Nueva Granada. Muchas de las Juntas creadas

aquí en un comienzo no fueron independentistas sino autonomistas. Es decir, defendían a la “madre patria” y al Rey pero reclamaban una transformación de sus condiciones políticas y reformas económicas que colocaran a estos lugares en igualdad de condiciones con respecto a los de la península. Una petición de fondo era mejorar sustancialmente la representación americana en las Cortes españolas, para que no se les siguiera considerando provincias de segunda.

La coyuntura que se abrió en la Nueva Granada no fue nada fácil para las élites criollas y para los españoles residentes aquí. Porque la pérdida de la soberanía en España estaba inmersa en la lucha global de tres grandes poderes: los franceses, los ingleses y los propios españoles, entre los más importantes. Los dilemas políticos se pusieron a la cabeza de las agendas. Algunos de ellos fueron: seguir atados a la monarquía española defendiendo al monarca y a toda “la patria” (realismo); mantener los nexos con España y el Rey, pero en un marco de igualdad política y de más autonomía relativa para definir el rumbo económico y social del Virreinato, o de una región más reducida (autonomismo); declarar la independencia absoluta con respecto a la monarquía española (independentismo).

Esta última opción guardaba también sus dilemas problemáticos. Como lo destacó Simón Bolívar en su Carta de Jamaica, o se creaba una gran nación fuerte y poderosa (al estilo de EUA) o se buscaba la protección de un Estado externo sólido (como Gran Bretaña) para garantizar el buen suceso de las repúblicas por fundar. Los coqueteos de los independentistas con los ingleses llegaron hasta los empréstitos, el apoyo logístico y el envío de “legiones extranjeras” por esa potencia.

Pero no faltaron las cartas de Napoleón o de sus emisarios, ofreciendo lo que España no concedía si el Virreinato o sus regiones se alineaban alrededor de sus querencias expansionistas. Esta influencia internacional fue minoritaria al nivel de las Juntas, muy a pesar del tremendo impacto de las ideas ilustradas de inspiración francesa (sobre todo las que elevaban el papel del “tercer estado”

ante los nobles y la monarquía y las que se concentraron en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, bajo la revolución de 1789).

Teniendo en cuenta el contexto internacional y las disputas de poder internas, se entenderá mejor el proceso de las independencias en Colombia. No está de más recordar que el Virreinato lo componían zonas pertenecientes hoy a países como Ecuador (Presidencia de Quito), Colombia, Panamá y Venezuela (a una parte de su territorio se le dio más autonomía bajo la denominación de Capitanía General de Venezuela).

La capital del Virreinato fue Santa Fe de Bogotá, cuyo Virrey tuvo jurisdicción sobre las antiguas Gobernaciones de Popayán, Cartagena, Santa Marta, entre otras regiones al interior y fuera del Nuevo Reino de Granada. Si se piensa que cada lugar contenía subregiones con villas y ciudades donde se concentraban élites con mucho poder, podrá comprenderse el furor que despertó la posibilidad de crear gobiernos propios donde se pusieran en primer plano los intereses económico-políticos de los individuos y los grupos mejor acomodados.

Algunas Juntas declararon la independencia absoluta muy temprano. Otras elaboraron Actas de Independencia después de los “gritos” de 1809 y 1810, como si estuvieran esperando el desarrollo de los acontecimientos internacionales. El 20 de Julio de 1810 en Santa Fe de Bogotá no hubo ninguna declaratoria de independencia; de hecho su Junta fue presidida por el Virrey de la época, Antonio Amar y Borbón, hasta cuando los sectores radicales de la capital lo expulsaron junto con los otros oficiales del Rey que gobernaban provisionalmente. Sólo en el año 1813 Santa Fe declaró su independencia con respecto a España.

Por esto es que resulta inadecuado establecer el 20 de Julio de 1810 como principal referente para celebrar el “Bicentenario de la Independencia en Colombia”. Allí no hubo propiamente una independencia nacional. Aparte de esto, el proceso fue mucho

más complejo de lo que muestra la simplificación histórica que habitualmente se ofrece, porque en definitiva no fue una sola independencia sino varias, y ellas ocurrieron en diversos tiempos y espacios.

Si partimos de Quito (Acta de Independencia del 10 de agosto de 1809), Mompox (6 de agosto de 1810) y Cartagena (11 de noviembre de 1811), deberemos luego llegar hasta Cundinamarca (Acta del 16 de julio de 1813; aquí está incluida Santa Fe), Antioquia (11 de agosto de 1813), Tunja (10 de diciembre de 1813), Neiva (8 de febrero de 1814), entre otras. Como puede apreciarse, fueron varias independencias que se presentaron en el período en que España combatía contra los invasores napoleónicos.

Pero no bastó con tales declaratorias para establecer un nuevo período de prosperidad en los territorios sueltos de madre. A las disputas entre los micro-poderes (peleas entre villas, ciudades, provincias, etcétera), se le sumaron las peloterías mayores de los partidarios del modelo federal de inspiración norteamericana, enfrentados a quienes querían una república centralizada con un régimen presidencialista duro. El conflicto político y militar entre los centralistas y los federalistas copó los difíciles años que van de 1809-1810 a 1815-1816, los cuales han sido descalificados por ciertos historiadores con el desdeñoso apelativo de Patria Boba.

Estos fueron los tiempos de las primeras independencias y repúblicas. Pero durante esa época no se consiguió por parte de ninguna de ellas la independencia definitiva y, por tanto, tampoco se sostuvo un régimen republicano propiamente dicho. Ni siquiera lograron constituir un Estado-nación sólido, pues sus disputas intestinas facilitaron el trabajo del “pacificador” Pablo Morillo y los suyos, que volvieron a nombre del Rey a darle bala a los sublevados desde el mismo año 1814, cuando Fernando VII fue restituido en su puesto.

En 1814 empezó la destrucción de las “republiquetas” creadas en Venezuela, Nueva Granada y otros sitios. En el año 1815, con el cruel sitio de Cartagena, arrancó en el territorio de lo que hoy

es Colombia la llamada “reconquista española”, que buscaba la restauración del Virreinato y de los intereses de la monarquía en todos los sitios donde mandaban los independentistas.

Los dilemas de muchos de los anteriores sublevados se simplificaron: o juraban fidelidad a la Corona otra vez o seguían luchando. Los más valientes y decididos siguieron la última ruta, aunque muchos de éstos huyeron o se escondieron para recomponer las fuerzas. A algunos de los que no lograron escapar se les perdonó la vida, en tanto que otros fueron ajusticiados como traidores a la patria.

En un contexto represivo tan fuerte cundieron las “traiciones” por parte de los miembros de la élite. En Ríohacha, Santa Marta, Maracaibo y otros núcleos de poder los miembros de los Cabildos y de las capas poderosas de la población se rindieron a los pies de los restauradores. La fuerza de los ejércitos realistas se impuso al desorden y la improvisación de los sectores armados “patriotas”.

Morillo y sus soldados contaron con un aliado adicional: los grupos de población que habían sido maltratados y explotados por los grandes hacendados, mineros, comerciantes y esclavistas criollos. Los esclavos, aborígenes y las “castas” (zambos, pardos, etcétera) que sufrían la discriminación y explotación de los “blancos” criollos apoyaron en varios sitios a los guerreros del Rey porque los veían como los representantes de un sistema que los protegería de los abusos de los “americanos”, a la sazón sus explotadores y dominadores directos.

Este apoyo, buscado por los restauradores, no era casual. De hecho, la condición de los núcleos o clases subordinadas y explotadas había empeorado bajo los regímenes independentistas. La situación de “minoría de edad” de los nativos que existió durante el período colonial, en cierto modo les servía de coraza protectora contra los abusos de los “mestizos” libres y de los criollos propietarios.

Porque bajo ese régimen tenían garantizada la tierra (aunque sin

propiedad alguna) y la seguridad legal, lo que implicaba no pagar impuestos (al menos en la coyuntura del vacío de poder) y mantener cierta unidad que garantizaba el mantenimiento de sus tradiciones culturales y su existencia como etnias. Convertirlos en “ciudadanos” (como pretendían los criollos) era lanzarlos al “mercado laboral” en condiciones ominosas, transformados en carne fresca para los hambrientos propietarios blancos.

“Liberar” las tierras de los resguardos para entregarlas a la ley de la oferta y la demanda, significaba en la práctica sacarlos de las mismas y entregarlas en bandeja a los grandes terratenientes que poseían los medios económicos y políticos para obtenerlas, como en efecto ocurrió en ese lapso de tiempo y posteriormente. Aunque esta medida se vendía con un rostro muy revolucionario y humanista, la verdad es que golpeaba muy duro los intereses aborígenes. En consecuencia, lo que más les inquietaba a ellos era que los despojaran de su condición de “menores de edad” (de la cual gozaron bajo el patronato de la Corona) y de los resguardos creados para protegerlos. Por eso fueron fácilmente seducidos por los realistas para luchar contra los “patriotas” en casi todo el territorio del antiguo Virreinato.

Los esclavos y las “castas” veían a los criollos poderosos como sus explotadores directos, es decir, como sus enemigos casi naturales. La Corona se había encargado de estipular normas para refrenar el maltrato y la súper-explotación de parte de los amos. Se explica entonces por qué razón los ejércitos realistas contaron con el apoyo de varios de estos núcleos humanos, por lo menos hasta que los “patriotas” supieron ganárselos para su causa ofreciéndoles hasta lo imposible.

En un suelo con mayoría mestiza (descendientes de blancos europeos e indígenas), aborígen, mulata, parda, zamba y de afros, entre otras combinaciones, ganar la guerra pasaba por lograr el apoyo popular. Eso es lo que se desprende de las tácticas de Bolívar y sus aliados. Y eso es lo que explica por qué empezaron los “americanos” a revertir la tendencia a la derrota en la Nueva Granada

y en Venezuela, luego de corregir su manera de conectarse con la mayoría de los pobladores. La mejor organización de los dirigentes, el apoyo extranjero (sobre todo inglés) y las ofertas de reformas para captar el favor popular están en la base de su retahíla de triunfos militares.

En el centro de Colombia la reconquista española terminó con la victoria criolla en la mítica Batalla de Boyacá, del 7 de agosto de 1819. Aquí sí comenzó la independencia definitiva en la parte medular del país, donde se hallaba el nervio político: la capital del antiguo Virreinato.

Pero con ese triunfo no había terminado todo, pues los realistas aún tenían fuerza en las costas y en los mares. Varias batallas en mar y tierra, efectuadas ya en los años veinte, lograron destruir definitivamente el poder colonial español en la parte norte de Suramérica. Poco a poco las huestes del Rey fueron abandonado sus últimos reductos, derrotadas en lucha abierta o por el pensamiento de que ya no podrían ganar.

Lo que vino luego fue una especie de efecto dominó, pues el “fervor patriótico” de los criollos y sus aliados facilitó que el derrotismo y la desesperanza alejaran definitivamente del poder a los realistas, que dejaron el espacio para que más y más villas y ciudades, provincias y otros territorios se integraran a la ola independentista que lideró Simón Bolívar.

La Batalla de Carabobo del 24 de junio de 1821 en Venezuela fue un golpe mortal a las pretensiones españolas, pues el “efecto demostración” y la desbandada del realismo provocaron la liberación de Caracas, Cartagena, Santa Marta, Panamá, Popayán y sus satélites, con lo cual se abría el camino para concretar el sueño de Francisco de Miranda y de Simón Bolívar de crear un país poderoso integrado por diversos lugares del antiguo Virreinato y otros que se pudieran anexar.

Ya en el Congreso de Angostura celebrado desde el 15 de febrero de 1819 en esa ciudad venezolana, se habían delineado los grandes

trazos de lo que sería la nueva República de Colombia (denominada Gran Colombia por los historiadores y políticos para diferenciarla de la actual nación colombiana). Entre las decisiones tomadas por los representantes de Quito, Nueva Granada y Venezuela reunidos en Angostura (rebautizada después como Ciudad Bolívar), se destacó la idea de darle curso a una república unitaria que tendría tres departamentos principales: Cundinamarca (la antigua Nueva Granada), Quito y Venezuela. Los tres tendrían por capitales a Bogotá, Quito y Caracas. Como capital de todo el conglomerado fue definida Bogotá.

Con los triunfos en las batallas del Pantano de Vargas (25 de julio de 1819) y de Boyacá los criollos lograron ocupar una porción vital del Nuevo Reino, por lo cual el camino se despejaba para hacer efectivas las ideas del Congreso de Angostura. Por eso el 17 de diciembre de 1819 declararon formalmente creada la República de Colombia, aunque todavía quedaban en el territorio bastiones realistas. El toque definitivo a la nueva entidad se dio con la Constitución de Cúcuta, expedida el 12 de julio de 1821.

En esta carta el país fue fraccionado en tres grandes departamentos, como se había planteado en Angostura. No se incluyó inicialmente a Panamá y Quito, que entrarían a la unión poco tiempo después. Cundinamarca contó con cuatro grandes subdivisiones: Bogotá, Cundinamarca, Cauca y Magdalena (este último estaba compuesto por los territorios del actual Caribe colombiano). Venezuela tuvo los “sub-departamentos” de Venezuela, Orinoco y Zulía.

La nueva división política de la Gran Colombia integró posteriormente a Quito y Panamá. La organización implicaba la existencia de provincias en cada departamento, las cuales se dividían en cantones y estos en cabildos, municipalidades y parroquias. Las dos provincias de Panamá se agregaron a Cundinamarca, que quedó compuesta por 13 en total. Venezuela quedaría con 10 y Quito con 7.

El deseo de Bolívar de construir una gran nación se vio frustrado, inicialmente, por sus fracasos políticos en Bolivia y Perú y luego por

la disolución de la Gran Colombia. La Constitución de Cúcuta había servido de marco legal para el funcionamiento de esta última. Pero las peloterías intestinas, causadas por los intereses separatistas de las élites de los tres grandes departamentos de la república y el interés del Libertador por desarrollar un Estado centralista fuerte, desbarataron el proyecto integracionista.

Otra vez resurgió el asunto del federalismo y del centralismo. Las presiones de los federalistas y liberales (encabezados por Francisco de Paula Santander) empujaron a Bolívar a convertirse en dictador a partir del año 1826. Su giro a la “derecha” facilitó la propaganda sucia de los adversarios y sembró el pasto del cual se alimentaron los secesionistas de Venezuela y Quito.

La Gran Colombia abandonó la historia por sustracción de materia a principios de los años treinta. Detrás de los quiteños y venezolanos estuvieron siempre gravitando los intereses extranjeros (sobre todo de los ingleses y de los EUA) y, desde luego, el hambre de poder de las élites regionales y locales. Quizás ni un Simón Bolívar con la plenitud de sus facultades hubiera podido mantener intacta la unidad ante el ataque feroz de los caudillos-dictadores regionales y de los liberales federalistas. Porque esta gente se nutría de las pulsiones más profundas que estimulaban el comportamiento político y socioeconómico de los nuevos amos del poder: los “criollos patriotas”. El voraz pragmatismo que nacía de los intereses creados acabó con los sueños de grandeza y el idealismo del Libertador.

A muy pocos les interesaba construir “una patria grande y poderosa”, como soñaban Miranda y Bolívar. Lo que más les preocupaba eran sus hatos, sus haciendas, sus minas o su comercio libre. Si el “Padre de la Patria” se oponía a sus designios debía ser barrido sin contemplación, como en efecto ocurrió. Porque la salida cuasi-clandestina de Simón Bolívar de la agonizante república con rumbo al exterior, era un reconocimiento explícito del triunfo de sus enemigos (que celebraron alborozados su derrota, especialmente en Venezuela y Cundinamarca).

El cuadro triste que pintó García Márquez en *El general en su laberinto* es una reproducción casi fotográfica de la lamentable condición de salud y política en que se consumía el revolucionario más importante de las independencias suramericanas. Cuando a alguien, saliendo de Bogotá, le gritan "...Longanizo..." quiere decir que no lo quieren y tampoco lo respetan. Así terminó la existencia del hombre que liberó a caballo limpio (apoyado por gran parte de las élites criollas y por vastos sectores populares) a más de cinco naciones, si incluimos su aporte a Chile y Argentina.

Varios mitos inservibles se pueden despejar mirando de frente las celebraciones de este Bicentenario de las Independencias. El más importante, quizás, es el de que los criollos no eran ningunas monjitas de la caridad, como los ofrecen al consumo público muchos manuales de enseñanza con el propósito de elaborar íconos fundacionales republicanos. Los criollos fueron gente de poder que lo querían todo para seguir mandando, más que nada en la política, pues en la economía y en lo social ya tenían una posición prominente, como lo demuestran las investigaciones mejor elaboradas de los últimos tiempos.

Su revolución política anti-colonial no buscaba crear un poder de los sectores populares, ni siquiera bajo el mando de Bolívar. Su deseo era emular a la burguesía europea y norteamericana en la construcción de repúblicas nacionales donde predominaran los poderosos mejor dotados y con más respaldo económico. Por eso los nuevos gobiernos representaban los intereses de los grandes hacendados, mineros, comerciantes y terratenientes urbanos y rurales que explotaban la fuerza laboral esclava y semi-servil, y que dominaban y explotaban también a los aborígenes, los mestizos y las "castas" (estos dos últimos grupos reconocidos hoy como sobrevivientes de un proceso de mestizaje étnico y cultural mucho más vasto).

Esta consideración clasista a menudo es soslayada por los ideólogos del Bicentenario, más empeñados en elaborar mitos rosados de consumo masivo (donde los "próceres" enviados por la Divina

Providencia ocupan el centro de la escena) que en escudriñar a fondo en la trastienda de los procesos históricos. Sin desconocer la trascendencia política de las independencias (y, sobre todo, su importancia en el surgimiento de las repúblicas suramericanas en reemplazo del Estado colonial español), es pertinente resaltar este fenómeno para llamar a las cosas por su nombre y dejar de ilusionarnos con mitos descabellados. Ellos no fueron demonios, pero tampoco santos; sólo hombres y mujeres de carne y hueso inscritos en su contexto histórico, que lucharon por transformar un estado de cosas para hacerlo más conveniente para sus apetitos e ideales.

Como quedó demostrado en el desarrollo de este trabajo, el Bicentenario de la Independencia de Colombia tomando como referente el 20 de julio de 1810 es otro mito insostenible. Por dos razones: ese día no se declaró ninguna independencia en Santa Fe de Bogotá; y, en segundo lugar, porque en la mal llamada Patria Boba hubo varias declaratorias de independencia que ocurrieron en tiempos diversos, relacionadas con las provincias o subdivisiones territoriales en que operaban las élites regionales y locales.

Por eso, si vamos a celebrar algo (y haciendo honor a la certeza histórica) deberíamos pensar mejor en el Bicentenario de las Independencias de Colombia, para recoger en los eventos que se programen los múltiples lugares en que sucedieron esos acontecimientos relevantes. Al cambiar el singular centralista y bogotano (erróneo historiográficamente hablando, por decir lo menos) por el plural regionalizado estaríamos ante un proceso que abarcó, más o menos, diez años desde 1809 hasta 1819, sin incluir el efecto dominó de los años veinte que operó en el espacio de lo que hoy llamamos Colombia.

De esta manera se podría eliminar la suspicacia de los historiadores y de las gentes distintas a las que habitan el macizo de la capital, muy propensas a ver en todas partes las perversiones del centralismo más ramplón y del manejo político-ideológico sesgado de las festividades patrias por parte de un sólo gobierno. Una auténtica fiesta de

recordación y reflexión republicana pasa por el reconocimiento del papel de las regiones y localidades en las gestas independentistas. En una conmemoración así todos podríamos sentir el país mucho más nuestro y el festejo sería auténticamente nacional.

EL 20 DE JULIO NO PUEDE SER EL DÍA DE LA INDEPENDENCIA

A partir del año 1910, se estableció en Colombia una efemérides bajo la suposición de que el 20 de julio de 1810 (es decir, un siglo antes) se había declarado la independencia de nuestro territorio, en la ciudad de Santa Fe de Bogotá. Sin embargo, los documentos históricos no sirven para avalar esa fecha y su significado contemporáneo, pues en aquel día no hubo ninguna declaratoria de independencia.

De hecho, el escrito preparado por la Junta de Gobierno que se creó ese día lleva por título Acta de la Revolución del 20 de julio de 1810 (Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango). Y en ese testimonio histórico no se menciona la palabra independencia, como sí ocurrió en los casos de Cartagena y Mompox un poco después.

De acuerdo con el contenido de ese documento, fue el mismísimo José Acevedo y Gómez quien planteó que el Supremo Gobierno del Reino debía contar con la autoridad del Virrey Antonio Amar y Borbón. De tal manera que el representante del rey en el Nuevo Reino de Granada fue ungido como presidente de la Junta de Gobierno, por petición de alguien convertido por la historiografía tradicional en una especie de tribuno del pueblo, y quien, supuestamente, lanzara el grito de independencia.

En el Acta del 20 de julio de 1810 no consta ningún grito de independencia absoluta, pero sí se expresa varias veces la fidelidad al rey Fernando VII o, en su defecto (y por ausencia momentánea del monarca), la sujeción del nuevo gobierno a la Junta de Regencia, que gobernaba a nombre del rey.

Es decir, la Junta de Santa Fe se definió por la línea de la mayor autonomía relativa, pero manteniendo inalterada la dependencia de la metrópoli. Lo ocurrido allí fue muy distinto a lo que sucedió en otros territorios que plantearon de inmediato la independencia absoluta, como lo hizo Mompox (6 de agosto de 1810) o Cartagena (Acta del 11 de noviembre de 1811).

Cabe aquí anotar que en el año 1808 España perdió su soberanía a manos de los franceses, lo cual creó una situación de mucha incertidumbre tanto en la península como en los territorios americanos. El rey fue puesto bajo custodia por Napoleón y su ausencia fue llenada por una Junta de Regencia, que lideró la resistencia a la invasión francesa e intentó gobernar desde la clandestinidad.

Los españoles desarrollaron una lucha de liberación nacional contra Francia, y en España aparecieron juntas que coordinaban la batalla contra el invasor. En América se produjo un vacío de poder ante la crisis de la monarquía, y en ese contexto surgieron juntas de gobierno que entremezclaron todos los intereses posibles, dadas las características de la coyuntura histórica y los apetitos de los criollos y de las potencias que se enfrentaban a España.

La historia de las juntas de gobierno en la Nueva Granada (y en otros territorios americanos) permite constatar que en ellas había simpatizantes de la corona española, gente que le coqueteaba a los ingleses, partidarios abiertos o soterrados de Napoleón, y autonomistas e independentistas.

Los independentistas dominaron en algunas juntas, y por eso estas declararon la independencia absoluta desde muy temprano, como sucedió con la Presidencia de Quito y con las ya mencionadas de Mompox y Cartagena.

Pero ese no fue el caso de la Junta de Santa Fe de Bogotá, que no adoptó la línea de la independencia absoluta sino la de la autonomía. La idea de la autonomía implicaba la ejecución de reformas y mayores beneficios para los americanos, pero sin romper con la corona o con la Junta de Regencia.

Esto fue lo que ocurrió el 20 de julio de 1810. La Junta de Santa Fe no declaró la independencia absoluta con respecto a España sino que mantuvo la fidelidad al rey y a la Junta de Regencia. Por esta razón, varios funcionarios coloniales hicieron parte de la Junta, empezando por el Virrey Antonio Amar y Borbón.

Para entender por qué las cosas ocurrieron así hay que ubicarse en la coyuntura histórica internacional de aquellos tiempos. La mayor simpatía de los criollos por el gobierno español estaba enraizada en los lazos que los unían a España, y al terror que les inspiraban los franceses, así como a la incertidumbre que acompañaba (en un principio) a la influencia inglesa. Pero tal simpatía fue decayendo con la radicalización del criollaje, como ocurrió posteriormente.

El tema en discusión aquí es si el 20 de julio de 1810 hubo independencia absoluta planteada por la Junta de Gobierno de Santa Fe de Bogotá. La documentación histórica disponible permite asegurar que en ese día, año y lugar triunfaron las ideas autonomistas, mediante las cuales se mantenían los lazos políticos con la monarquía, aunque bajo otras condiciones.

Como en esa fecha no hubo declaratoria de independencia es inadecuado utilizarla para construir una efeméride como la que nos concita cada año desde 1910. El 20 de julio de 1810 no puede ser el día de la independencia por las razones ya expuestas, y porque nuestra independencia fue un proceso complejo que ocurrió en diversos lugares y en el curso de varios años.

Cabe recordar que bajo la llamada primera república (que algunos historiadores califican inadecuadamente como Patria Boba) hubo varias declaratorias de independencia, siendo la primera la de Mompox, si dejamos de lado la de Quito (10 de agosto de 1809), cuyo territorio estuvo bajo la jurisdicción del Virreinato de la Nueva Granada.

Pero todas esas provincias o territorios independientes tuvieron una corta vida, pues a partir del año 1815 sobrevino la reconquista española, que barrió con todos esos micro-poderes. El triunfo definitivo de los patriotas criollos advino en la Nueva Granada con una serie de éxitos militares, entre los cuales hubo uno muy decisivo: el del 7 de agosto de 1819, que liberó la zona central del Virreinato.

Dadas esas circunstancias históricas, resulta muy difícil definir un día, un año y un lugar como el de la independencia, porque esta fue un complejo proceso que abarcó un período que va de 1809 hasta después de 1920. En ese lapso hubo un período anárquico que podría llamarse el de las primeras repúblicas, al cual le siguió la reconquista española, desde 1815. Después de 1819 sí se dan victorias definitivas que garantizan la independencia total con respecto a España.

¿Por qué se definió el 20 de julio de 1810 como el día de la independencia nacional? La hipótesis que salta a la vista es la de que faltó rigor histórico para definir la efemérides; eso podría estar vinculado al poco desarrollo de la disciplina histórica en aquellos tiempos.

Y la segunda hipótesis a tener en cuenta tiene algo que ver con el predominio político de las élites bogotanas. Se definió a Bogotá como el epicentro de la independencia nacional y se elaboró la celebración teniendo en cuenta su peso político y su historia como capital del Virreinato y de la república.

Si se parte de la tesis de los primeros gritos de independencia en nuestro país para definir la fecha, lo más lógico hubiera sido escoger a Mompox o a Cartagena. Al seleccionar a Bogotá, se dejan a un lado las evidencias históricas, y se construye un mito iluminado por la falsedad.

¿Será posible cambiar algún día esta efeméride que, con todos sus errores, ha penetrado hondamente en la memoria colectiva de los colombianos?

EL 7 DE AGOSTO DE 1819 Y LA INDEPENDENCIA NACIONAL

El 7 de agosto de 1819 se produjo una de las más importantes victorias de los ejércitos independentistas contra las fuerzas del imperio español. Se podría decir que ese fue el principio de la coyuntura que llevó al triunfo final de quienes enfrentaban la dominación de España en la Nueva Granada.

Con la victoria de la Batalla de Boyacá, aquel lejano 7 de agosto de 1819, Juan de Sámano, el virrey en ese tiempo debió abandonar precipitadamente Santa Fe de Bogotá, y las huestes triunfantes de Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander tomaron posesión de la capital, para darle un impulso de fondo a la construcción del proyecto de la Gran Colombia.

El 7 de agosto de 1819 provocó que los ejércitos revolucionarios controlaran el nervio político-administrativo del centro del país, asestando un duro golpe militar y simbólico a las fuerzas del rey. Pero la Batalla de Boyacá no representó la victoria definitiva de los independentistas sobre todo el territorio neogranadino.

Hubo que esperar a los triunfos por mar y tierra en varias poblaciones costeras que se habían convertido en bastiones realistas, como Riohacha, Santa Marta y Cartagena. Al menos en la Nueva Granada, en los albores de los años veinte del siglo XIX se completó el trabajo de derrota y expulsión del ejército reconquistador, que había enviado el rey español en 1814 al territorio americano.

La independencia de Colombia no se produjo en un solo día, ni fue el resultado de una sola batalla, sino que se desenvolvió en un largo proceso de más de diez años, el cual tuvo varias etapas bien definidas. La parte inicial es la llamada primera república por los historiadores.

Ese período arranca, más o menos, hacia el año 1809, con la declaratoria de independencia absoluta de Quito (10 de agosto de 1809; a la sazón, Quito era una presidencia bajo la jurisdicción

de la Nueva Granada), y sigue con la independencia absoluta de Mompox (6 de agosto de 1810) y de otras ciudades y provincias, que organizaron juntas de gobierno y que dejaron a la posteridad actas en las cuales consta su declaratoria de independencia con respecto a España.

En Santa Fe de Bogotá, el 20 de julio de 1810, no se declaró ninguna independencia absoluta, como puede verificarse revisando el acta de la junta de gobierno de esa fecha, que reposa en las bibliotecas y archivos nacionales. Este hecho histórico pone en tela de juicio la celebración del día de la independencia el 20 de julio (que no hubo independencia), fecha que fue convertida en Bogotá en la efeméride más importante para la celebración de la liberación con respecto a España.

A esa etapa, en la que hubo declaratorias de independencia absoluta y juntas de gobierno autonomistas (estas no se alinearon con la independencia en un principio, como ocurrió con la de Santa Fe), se le llamó, por parte de ciertos historiadores tradicionalistas, Patria Boba, y, también, primera república, por los historiadores más contemporáneos.

La primera república no obtuvo la independencia definitiva del territorio neogranadino porque fue aplastada, posteriormente, por los ejércitos del rey, mediante una contraofensiva que arrancó por Venezuela en el año 1814. En la Nueva Granada, la represión empezó con el sitio de Cartagena por los ejércitos de Pablo Morillo, a mediados de 1815.

A ese período, que duró aquí más o menos unos cuatro años, se le conoce en nuestra historia como la reconquista española. Es decir, a la primera república (en que no se consolidó la independencia en ningún lugar) le sucedió la contraofensiva de España, la cual empieza a ceder en el centro del país con los combates decisivos del Pantano de Vargas (25 de julio de 1819) y de la Batalla de Boyacá (7 de agosto de 1819), entre otros.

Este último triunfo fue fundamental porque liberó el centro del virreinato, desarticulando al ejército realista. Además, facilitó la tarea de proseguir el proceso de liberación, organizado por Bolívar y Santander desde los llanos colombo-venezolanos, el cual no se detuvo en la Nueva Granada, pues se extendió a Venezuela y a otros territorios del sur del continente, ya en los años veinte.

Con el triunfo del 7 de agosto de 1819 los revolucionarios empiezan a darle la estocada definitiva a las fuerzas realistas, e inauguran otra etapa en el proceso de la independencia de la Nueva Granada y de los territorios circunvecinos, eliminando la posibilidad de la reconquista de estas tierras por parte del rey español.

La campaña libertadora, liderada por Simón Bolívar desde el oriente llanero, produjo la derrota de los españoles en el virreinato de la Nueva Granada, en la Capitanía General de Venezuela, en la Presidencia de Quito y, combinándose con el esfuerzo de los ejércitos sublevados del sur de América, generó la debacle final para los reconquistadores en Perú y Bolivia.

Como puede observarse, la independencia de este territorio fue un proceso complejo y gradual, que produjo la liberación a medida que aparecían las victorias en las ciudades y provincias en que había combates entre los restauradores del poder colonial y los partidarios de la independencia.

Ese fue un fenómeno inexplicable en el marco exclusivo de la Nueva Granada, pues se inscribió en una campaña general que buscaba sacar a la corona española del territorio suramericano. Y, a la luz de la evidencia histórica, presentó en nuestro país por lo menos tres grandes períodos:

La primera república, en la cual se crearon juntas de gobierno ante el vacío de poder existente en España a raíz de la invasión francesa de ese país, ocurrida en 1808; esas juntas se alinearon con la independencia absoluta o con la simple autonomía, y todas fueron eliminadas por el advenimiento de la contraofensiva realista.

La segunda etapa es lo que se conoce como reconquista española, que empezó en nuestro territorio con el sitio de Cartagena, a mediados de 1815, y se prolongó hasta 1819 en el centro del país. La reconquista arrasó con la primera república y llevó a la muerte a muchos de los líderes de ese período.

La tercera etapa es la de la victoria final, que se inicia por el centro del virreinato, con la Batalla de Boyacá y con otros combates menores, y que se completa con los triunfos en las poblaciones y regiones de la Costa Caribe, en los años posteriores. El último gran fortín español tomado por los independentistas fue Cartagena, en 1821, donde se destacó el esfuerzo del ejército del mar, al mando de José Prudencio Padilla.

Según lo analizado, la independencia no fue un acto único, sino una larga y compleja coyuntura que implicó avances y retrocesos, victorias y derrotas, por más de diez años. Esto es lo que ha hecho más difícil definir una efeméride de un solo día para recordar la gesta emancipadora.

Porque la independencia no se selló en un solo día, y porque el triunfo de los revolucionarios no fue simultáneo sino escalonado. En ese contexto, construir una fecha simbólica de un día que logre recoger la variabilidad del proceso, o que represente la independencia de todo el territorio, es prácticamente imposible.

Ese es uno de los graves problemas del 20 de julio de 1810, instituido para celebrar el día de la independencia en Colombia. Se sabe que en la primera república ninguna independencia fue la final, debido a la reconquista española, y se sabe también que el 20 de julio no representa a la independencia nacional.

El 20 de julio de 1810 no hubo una declaratoria de independencia absoluta con respecto a España en Santa Fe de Bogotá, como consta en el acta de la junta de gobierno de esa fecha. Allí solo se planteó un conjunto de peticiones y más autonomía, pero siempre en el marco del respeto por los intereses de la corona española, y de la regencia que la representaba.

Lo más adecuado para el país es revisar esa efeméride, más allá de los intereses del centralismo y de las élites bogotanas. Es decir, lo pertinente sería redefinir el asunto simbólico de las fechas de la independencia, teniendo en cuenta la evidencia que reposa en las fuentes históricas.

El 20 de julio de 1810 no puede seguir siendo el día de la independencia nacional, pues en esa fecha no se declaró ninguna independencia en Santa Fe de Bogotá. En el contexto de la coyuntura independentista, más mérito podría tener el 7 de agosto de 1819, día en el cual se produjo el comienzo del fin del imperio español en la Nueva Granada.

Aunque el 7 de agosto ofrece la misma dificultad del 20 de julio (consistente en precisar en un solo día un fenómeno multidimensional de varios años), está mucho mejor conectado con la idea de la independencia definitiva, que el invento de los bogotanos.

El 7 de agosto de 1819 sí empezó la independencia final de la Nueva Granada con respecto a España. Reinstitutionalizar esta fecha simbólica como el día de la independencia está más de acuerdo con lo que ocurrió en el país por aquellos tiempos que lo que se expresa en la espuria efeméride del 20 de julio de 1810.

Se sabe que no es fácil remover una efeméride ya sembrada en el imaginario colectivo, y, además, sostenida por el centralismo y por la tradición. Pero la obligación de los investigadores históricos consiste en poner las cosas en perspectiva, y aclarar a la ciudadanía la problemática, con miras a promover su revisión.

Que no se produzca el cambio de la efeméride (por la tradición, por las fuerzas políticas que están detrás, o porque eso no se considera importante), no es motivo para que los historiadores dejemos de hacer lo que nos compete, dentro del proceso de reelaboración de la historia nacional.

Los historiadores, los docentes y los medios de comunicación, entre otros sectores sociales, tienen la tarea de mejorar la calidad y la divulgación de nuestra historia, incluido el simbolismo de las

principales efemérides. El desarrollo de una nacionalidad robusta también implica ejercer la crítica contra aquello que no nos representa bien, o que nos simboliza mal.

Es problemático mantener la efeméride errónea del 20 de julio de 1810, a sabiendas de que contiene un grueso error histórico. Sería bueno que se empezara a pensar en otra fecha más representativa y más a tono con lo que ocurrió en el pasado, como aquel 7 de agosto de 1819 que abrió la puerta para la independencia definitiva de nuestra nación.

En el marco de la independencia nacional, el 7 de agosto de 1819 es más significativo y tiene más validez histórica que el 20 de julio que organizaron las élites bogotanas. Indudablemente.

EL 7 DE ABRIL NO FUNDARON A BARRANQUILLA

A propósito del 7 de abril (convertido en la principal efeméride de la ciudad), en la prensa, la radio, la televisión y los demás medios se repite hasta el cansancio que es la fecha de la fundación de Barranquilla. Ese es un error grande que hasta los funcionarios oficiales han convertido en estribillo, por el desconocimiento de la historia citadina.

El 7 de abril de 1813 la urbe fue elevada a la categoría de Villa por las autoridades de Cartagena, a la sazón enfrascadas en la lucha por la Independencia y, por lo tanto, muy urgidas de aliados y de apoyo para proseguir la refriega. Partiendo de esta fecha, tanto en los medios nacionales como locales, se ha supuesto que Barranquilla tiene 200 y tantos años de existencia o de fundada.

Aquí hay un par de errores gruesos que provienen del hecho de que la mayoría de los periodistas desconocen el trabajo realizado por quienes se esfuerzan por escribir la historia de Barranquilla.

El primer error consiste en atribuirle la edad a la urbe tomando como punto de partida el 7 de abril de 1813. El segundo es la consecuencia de plantear que la ciudad fue fundada, de modo parecido a como lo fueron otras poblaciones del país.

Este 7 de abril Barranquilla no cumple 204 años, como de seguro se escuchará y podrá leerse, quizás a montones. Y la urbe no tiene esa edad porque no nació en el siglo XIX, sino a principios de los años 1600, es decir, varios siglos antes de lo supuesto por la mayoría de los periodistas que no se toman el trabajo de leer a los historiadores antes de propalar sus informaciones.

Barranquilla ni fue fundada ni nació el 7 de abril de 1813. El Día de Barranquilla no celebramos un parto de ninguna clase sino la exaltación de esta tierra a Villa, en el contexto de la lucha por la Independencia Nacional. Por lo tanto, es incorrecto sostener que ese 7 de aquel siglo la ciudad cumple un año más de vida, como dando a entender que esa es la fecha de su nacimiento.

Lo que hoy conocemos como Barranquilla tiene unos orígenes distintos a los de las ciudades fundadas deliberadamente en la época colonial. Esta población llegó al mundo llevada de la mano por varios procesos, que coincidieron para generar un Sitio de Libres en una zona propicia para eso.

La zona que gestó a la primera población fue la ribera occidental del río Magdalena o, más exactamente, la región inestable y acuosa donde se formaron los caños, en la cual había tráfico comercial desde antes de la venida de los europeos. Allí se formaron, a principios del siglo XVII, unas barrancas o promontorios y unos lugares que sirvieron de nicho a los primeros pobladores.

Esos pobladores iniciales provenían de una hacienda en descomposición de los alrededores (la Hacienda de San Nicolás), de migrantes que bajaban por el río Magdalena, de las encomiendas de Malambo o Galapa, y hasta de lugares más remotos.

No hay ninguna evidencia de archivo (o de otro tipo) que lleve a sostener que hubo un fundador del primer poblamiento, así como tampoco es posible asegurar, con pruebas documentales, que la aglomeración fue provocada por un solo grupo que viajó desde un solo sitio, como se ha sostenido en la tradición oral con respecto a los galaperos.

Lo que sí se puede asegurar es que, aparte de los primeros pobladores precolombinos (que se movieron hacia otros lugares por la inestabilidad de la zona), el poblamiento de la época colonial fue un proceso derivado de múltiples embriones, el cual empezó a principios del siglo XVII. La fecha exacta de inicio de ese evento sigue siendo incierta y, quizás, ya nunca la sabremos, pues no hay evidencias escritas o de otra clase que permitan establecerla.

La teoría de los embriones múltiples y de los inicios espontáneos de la población de Barranquilla ha sido muy bien documentada por el maestro José Agustín Blanco Barros, en su libro *El Norte de Tierradentro y los Orígenes de Barranquilla*, editado por el Banco de la República a finales de los años ochenta del siglo XX.

En esta obra, el autor desmonta todos los mitos contruidos acerca de los orígenes de Barranquilla, sobre todo el que se apoyaba en la tradición oral y nos atribuía una supuesta fundación por parte de los indígenas de Galapa.

El surgimiento de Barranquilla, a principios del siglo XVII, lleva a repetir las conclusiones que están al principio de esta columna: a) la urbe no fue fundada por un individuo o un grupo, porque no existe evidencia para corroborar eso; b) la ciudad no nació en el siglo XIX, como erróneamente expresan muchos periodistas que no revisan los aportes de los historiadores sobre esta problemática.

En consecuencia, lo que celebramos el 7 de abril, Día de Barranquilla, no es la fecha del nacimiento de la ciudad sino su elevación a Villa en el marco de la lucha por la Independencia, a principios del siglo XIX.

¿Será posible que la mayoría de los comunicadores se arriesguen a conocer la historia de la ciudad para no seguir repitiendo los errores aquí comentados?

¿QUÉ CELEBRAMOS EL 7 DE ABRIL EN BARRANQUILLA?

El 7 de abril se ha establecido en la ciudad como el Día de Barranquilla que es, hoy por hoy, la principal efeméride citadina. Todos los años, desde las oficinas oficiales, en los centros educativos y hasta en las calles de la urbe, se exalta una tradición que le hace bien a la gente.

Y hace mucho bien porque recuerda que este es nuestro terruño, la tierra cercana, la patria, como anotara certeramente alguna vez el maestro mexicano de la microhistoria Luis González y González.

En su ensayo *El arte de la microhistoria*, González destaca que la patria es diferente a la patria, porque esta última se refiere a una especie de padre, en tanto que la primera es como una madre, el lugar cercano, donde nacimos y crecimos y que, por lo tanto, queremos más directamente.

Barranquilla es la patria, tanto para los barranquilleros adoptivos como para los raizales, y se merece su día, es decir, una fecha especial en que recordemos que es nuestra ciudad, que la queremos y que sentimos orgullo de ser barranquilleros, de pertenecer a esta tierra.

Ya el Día de Barranquilla, el 7 de abril, se ha establecido como la principal efeméride de la urbe, muy por encima de las fiestas nacionales, por el fervor que despierta y por los sentimientos benéficos que exacerba en todos los estratos sociales.

El propósito de esta columna no es destruir ese sentimiento “matriótico”, ya tan arraigado en la población, sino hacer algunas precisiones, a partir de los estudios realizados por los historiadores. La idea no es destrozar una efeméride importante, sino establecer bien sus contornos simbólicos para saber, sin ambigüedades, qué cosa celebramos el 7 de abril.

Cuando uno lee la publicidad oficial o los medios informativos, encuentra que el 7 de abril se celebra el día del nacimiento de

Barranquilla. El nacimiento de alguien o el punto de arranque de algo es la fecha en que vino al mundo, en que nació y, por tradición, se lo celebramos, a veces con bombos y platillos, como ocurre ahora con la urbe.

¿Nació la ciudad algún 7 de abril de algún siglo o año? En ninguno de los textos producidos por los historiadores citadinos se plantea esa fecha tan precisa, asociada al nacimiento o fundación de la urbe.

Sí se sostiene que fue fundada en el año 1629, como lo plantea Juan José Nieto, en su obra *Geografía Histórica, Estadística y Local de la Provincia de Cartagena, República de la Nueva Granada*, descrita por Cantones, que apareció en el año 1839.

Esta fecha de fundación es repetida por Domingo Malabet, en su escrito *Resumen Histórico de los Terrenos del Distrito de Barranquilla*, publicado en el año 1878. En este documento, Malabet no solo menciona el año 1629 como el de la fundación de la ciudad sino que agrega la idea de que tal evento fue provocado por unos indígenas de Galapa, promoviendo la idea de que la urbe fue fundada en 1629 por los indígenas galaperos.

Dicha tradición fue recogida por José Ramón Vergara y Fernando Baena en una obra que publicó el Banco Dugand en 1922 (reeditada después, en 1946, por Alirio Bernal), cuyo título fue *Barranquilla: su Pasado y su Presente*. De aquí en adelante, la idea se repitió, sin ninguna clase de crítica histórica, hasta los años ochenta del siglo XX.

Pero a partir de esa década, el tema de la fundación de la ciudad en 1629 a manos de los indígenas galaperos, fue criticado de manera contundente en el libro *El Norte de Tierradentro y los Orígenes de Barranquilla*, de José Agustín Blanco Barros, editado por el Banco de la República en 1987.

En esta obra, Blanco Barros cuestiona, apoyándose en documentación de archivo, todas las ideas acerca del surgimiento o fundación de Barranquilla. Establece que no existe ningún documento de la época

colonial que permita probar que la ciudad fuera fundada en el año 1629, y menos por los indígenas galaperos que buscaban agua, como sostuvo Malabet.

Por el contrario, Blanco Barros arguye, apoyándose en sólidas fuentes primarias, que la urbe ni siquiera fue fundada, si por fundación se entiende el acto formal de un conquistador, del cual queda un documento oficial para la historia, tal como ocurrió con poblaciones como Santa Marta, Cartagena o Bogotá.

Este geohistoriador demuestra que los orígenes de Barranquilla, como Sitio de Libres (no como asentamiento indígena) quizás sí se remontan a los comienzos del siglo XVII, de acuerdo con lo sugerido por Nieto y Malabet, pero sin que sea posible precisar un año o un día específicos, pues se carece de pruebas para definir eso.

Blanco Barros plantea que Barranquilla se originó por la acción no planeada de diversos embriones, entre los cuales se destaca la descomposición de la Hacienda de San Nicolás, las características especiales del lugar y el movimiento de personas, que lo poblaron por razones económicas y de facilidades para vivir.

Hasta el momento, el estudio más sistemático y fundamentado que se ha producido acerca del origen de Barranquilla es el de José Agustín Blanco Barros. De este se puede inferir lo siguiente: a) Barranquilla no fue fundada por alguna persona o grupo; b) por lo tanto, no existe día, año o siglo precisos en los cuales uno se apoye para sostener la idea de la fundación o el nacimiento.

Barranquilla se formó por generación espontánea, como se formaron más del cincuenta por ciento de las poblaciones latinoamericanas que eran sitios de tránsito para los viajeros, puertos naturales no establecidos por España o Portugal oficialmente, lugares alrededor de las minas o haciendas importantes.

Teniendo en cuenta los últimos y más consistentes aportes históricos cabe destacar que el 7 de abril no estamos celebrando la fecha de nacimiento o fundación de Barranquilla, por la sencilla razón de que

la ciudad no nació ni fue fundada ningún 7 de abril de ningún año o siglo.

El 7 de abril de 1813 no es el año de nacimiento o fundación de la urbe, sino una fecha construida por la sociedad como la principal efeméride citadina, alrededor de la cual algunos funcionarios oficiales y los periodistas del patio han ido agregando, sin tener en cuenta los trabajos de los historiadores, un contenido simbólico inadecuado, por no escribir erróneo.

El 7 de abril, el Día de Barranquilla, no se puede celebrar la fecha del nacimiento de la ciudad, o el de su fundación, porque, como se ha visto, Barranquilla ni nació ni fue fundada un 7 de abril.

Lo que festejamos el 7 de abril es la conversión en Villa de la vieja Parroquia, proclamación producida por el Gobernador del Estado Libre de Cartagena, Manuel Rodríguez Torices, en el marco de la lucha por la Independencia Nacional, en la llamada Primera República.

Esa proclamación se conoció en la urbe el día 7 de abril, aunque había sido promulgada un poco antes, el 3 de abril, como consta en el documento de archivo. Por eso, el 7 es la fecha que nos ha quedado, montada por la tradición popular y por el gobierno, para celebrar el Día de Barranquilla.

De tal manera que el 7 de abril no se puede seguir celebrando la fecha del nacimiento o de la fundación de Barranquilla, como reza la publicidad oficial y como repiten los medios periodísticos, sino el día en que se conoció la exaltación a Villa de la urbe, aquel lejano 7 de abril de 1813, en el contexto de la lucha por la Independencia Nacional.

HISTORIA DEL MUELLE DE PUERTO COLOMBIA

La mejor forma de comprender la importancia simbólica actual del Muelle de Puerto Colombia es entendiendo su papel para Barranquilla, la Región y el país a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX. La historia, en este caso, emerge como una ayuda de la memoria y como reestructora de esta.

Es imposible visualizar cómo y por qué surge el Muelle prescindiendo de los problemas infraestructurales del comercio exterior colombiano de aquellos tiempos, y de la necesidad de desarrollar el puerto complejo de Barranquilla para dinamizar ese comercio.

Si no se hubieran presentado las dificultades de Santa Marta y Cartagena para conectarse con el río Magdalena, quizás jamás habrían surgido las ventajas comparativas de Barranquilla, que provocaron su conversión, de poblado cuasi anodino, en el principal puerto para el comercio exterior nacional.

Recuérdese que Santa Marta tenía terribles dificultades para comunicarse con el Magdalena, debido a la Ciénaga Grande y al montón de caños que había que transitar para penetrar en él. Esta situación encarecía los costos del transporte y afectaba el precio de las mercancías.

Una condición de lejanía relativa y de mala conexión con el río experimentaba también Cartagena, desde cuyo puerto marítimo se enviaban las mercancías y las personas a través de su bahía, hasta alcanzar el Canal del Dique, una especie de cordón umbilical entre el mar y el río, construido por los españoles en los tiempos de la colonia. La distancia y las dificultades de navegabilidad del canal siempre golpearon negativamente el comercio exterior y los costos de transporte.

Al contrario que Santa Marta y Cartagena, Barranquilla estaba localizada bastante cerca del río y del mar, en un nicho fluvial compuesto por un sistema de caños. Esa posición geográfica le entregó una importante ventaja comparativa con respecto a los otros

dos puertos, y determinó su desarrollo portuario, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX.

En la apertura al mercado mundial que experimentó el país a finales del siglo XIX, era fundamental contar con un puerto que redujera los tiempos y los costos del transporte. Este hecho económico determinó que el empresariado local, regional y nacional, en alianza con el Estado, pusiera sus ojos en Barranquilla.

Como lo explica muy bien Theodore Nichols (El surgimiento de Barranquilla, Tres Puertos de Colombia), el desarrollo portuario de la urbe va de la mano de su ventaja comparativa geográfica, en relación con Santa Marta y Cartagena, pero también de la necesidad que tenían la región y el país de contar con un puerto que facilitara el comercio exterior.

Este nuevo puerto fue Barranquilla, el cual se convirtió en el principal punto para el comercio exterior colombiano, como resultado de una alianza entre los privados y el Estado, que buscaba maximizar los beneficios económicos y los ingresos, por la vía de los aranceles y de las ganancias.

Los fundamentos portuarios de la urbe para el comercio exterior se habían ido prefigurando en la época colonial. En aquellos tiempos, la pequeña población y su puerto fluvial en gestación se conectaban con la bahía de Sabanilla para el contrabando, principalmente.

En realidad, la vocación portuaria de la urbe tendió hacia la configuración de un puerto complejo, muy parecido al que se formó en Sevilla dentro de la llamada Carrera de Indias, que fue un sistema de transportes que conectó a España con América en la época colonial. Cabe anotar que Sevilla no estaba situada directamente en el mar, sino a unos veinte kilómetros de este, en la ribera del río Guadalquivir.

Barranquilla, de igual modo, no estaba ubicada en la bahía de Sabanilla, sino en los caños del río, y por esa razón debió formarse como un puerto complejo que integraba un puerto marítimo, un puerto fluvial y las vías que los unían, que fueron, al principio, terrestres y fluviales, y después se usó un corto ferrocarril de un poco más de veinte kilómetros.

El poblado siempre requirió de un puerto marítimo, pues el ingreso de las grandes naves transoceánicas resultaba muy peligroso por las Bocas de Ceniza, cuando no imposible. El primer puerto marítimo del sistema fue Sabanilla, debido a su cercanía con el puerto fluvial, situado en Barranquilla.

Sabanilla se conectó con el puerto fluvial a través de vías terrestres y del Canal de la Piña, un pequeño brazo del Magdalena con tremendas dificultades de navegación. Sin embargo, esto era una especie de paraíso para los empresarios, si se compara con el infierno de las rutas de Santa Marta y Cartagena.

El gran problema de Sabanilla (y de toda la bahía de su nombre) siempre fue el escaso calado, la poca profundidad, para permitir el acercamiento de las grandes naves marítimas. De hecho, el tránsito de mercancías y personas se dificultaba por este ítem.

Los barcos de mar debían fondear lejos de la playa, y desde allí se trasladaba a las mercancías y a los viajeros, en embarcaciones menores, hasta Sabanilla. El procedimiento se invertía cuando se trataba de las exportaciones y de la salida de las personas.

El auge del comercio exterior, sobre todo con el advenimiento del café, requirió un movimiento más eficiente; por eso el gobierno nacional le abrió el camino a la construcción de un ferrocarril que uniera el puerto fluvial con el marítimo.

El primer tramo se construyó entre Barranquilla y Sabanilla en los años setenta del siglo XIX, y en él participaron empresarios alemanes, que contaban con los capitales y con los conocimientos técnicos para acometer esa obra.

Pero ya desde esos tiempos, Sabanilla se había convertido en un cuello de botella para la expansión del comercio exterior, debido a su problema de calado y sedimentación. Fue por esto que se abandonó, en la búsqueda de un punto en la bahía que ofreciera mejores condiciones para que fondearan las naves transoceánicas.

El nuevo sitio fue Salgar, que tampoco ayudó a solucionar el problema de fondo para los barcos marítimos, y donde había que repetir el viejo procedimiento del transbordo de mercancías y personas, como ocurría en Sabanilla.

El gobierno, los empresarios involucrados en el comercio exterior y los ingenieros e inversionistas extranjeros, decidieron ejecutar una solución novedosa para enfrentar las dificultades de calado de la bahía de Sabanilla.

Se buscó otro lugar, cerca al Cerro Cupino (en el extremo sur de la bahía de Sabanilla), y como la dificultad del calado continuaba, los ingenieros optaron por construir un muelle que penetrara en el mar, para resolver el asunto de la poca profundidad. A un muelle inicial de madera (que no soportó los embates del mar), le siguió otro de metal y concreto, que recibió ampliaciones y mejoras durante el siglo XX.

El muelle más consistente empezó a construirse en el año 1888, y fue inaugurado el 15 de junio de 1893. Las obras fueron dirigidas por el ingeniero cubano-americano Francisco Javier Cisneros, como representante de la firma inglesa que se hizo cargo de financiar y concluir los trabajos.

El Muelle de Puerto Colombia se convirtió de inmediato en la joya de la corona del puerto complejo moderno desarrollado alrededor de Barranquilla. Eliminó la dificultad que existía con el fondeado de los buques marítimos en Sabanilla y Salgar, y agilizó el comercio exterior, al recibir en su estructura varias naves simultáneamente.

Ese muelle se integró al puerto más importante para el comercio exterior nacional como una solución original, impulsada por los intereses económicos del Estado y de los empresarios de

Barranquilla, de la Región Caribe y del país, que requerían un puerto más eficiente que Cartagena y Santa Marta para agilizar el traslado de las mercancías y las personas, y para reducir los costos del transporte.

Es decir, el Muelle de Puerto Colombia fue una creación artificial derivada de la necesidad de adecuar y desarrollar el puerto complejo de Barranquilla para ponerlo a tono con la expansión acelerada del comercio exterior del país. Y su papel giró en torno a esa función económica.

Por ese muelle tan importante circularon, desde aquellos lejanos tiempos, la mayor parte de las importaciones y exportaciones colombianas, no solo de bienes de consumo, sino de medios de producción, incluida la maquinaria empleada para comenzar la industrialización en Barranquilla y en otras ciudades colombianas.

Ese moderno muelle de más de cuatro mil pies fue testigo de toda clase de inmigraciones provenientes de Europa, Asia y de otras partes de América; por él transitaban todo tipo de personas, que huían de sus países de origen o que buscaban otros senderos donde encontrar nuevas oportunidades para labrar su destino.

A pesar de que con un calado por encima de los veinte pies las naves transoceánicas podían atracar directamente en el muelle, este presentó problemas de sedimentación (uno de los males congénitos de la bahía de Sabanilla), lo cual motivó dificultades entre el gobierno nacional, las autoridades locales y los empresarios, debido al pago del dragado periódico que era pertinente hacerle al fondo marino.

Para completar (y a raíz de la expansión acelerada del comercio exterior), la capacidad de servicio del muelle se quedó corta, en relación con los buques que debían cargar o descargar mercancías y pasajeros. De hecho, muchas naves debían desviarse hacia los puertos de la competencia (Cartagena y Santa Marta), en razón de la incapacidad física de la infraestructura de Puerto Colombia para recibirlas.

A esto se unió un terrible problema económico, social y penal ocurrido en el Ferrocarril de Bolívar, que se había convertido en una guaca de ladrones que afectaban los intereses de los comerciantes y del Estado. A las pérdidas continuas de mercancía, se le unió el costo adicional que había que pagar por el uso del ferrocarril en los trayectos de ida y vuelta.

La obra pionera y moderna, que integraba el puerto marítimo (con su muelle), el puerto fluvial en Barranquilla y el ferrocarril que unía los dos polos del complejo, empezó a ser vista por los empresarios y las autoridades locales como un problema que afectaría, a mediano y largo plazo, la eficiencia de las funciones portuarias. Es decir, para ellos el sistema se había vuelto obsoleto y había llegado la hora de ensayar otro camino.

O sea, los costos de transporte (que se elevaban a raíz del embarque y reembarque en el sistema multimodal), el desfase entre la infraestructura instalada y la expansión acelerada del comercio exterior, los gastos para combatir la sedimentación en el muelle, y la papa caliente del ferrocarril, redujeron, según ellos, la capacidad de competencia del puerto complejo con los otros puertos costeros, todo lo cual determinó el cambio de visión del liderazgo local con respecto a mantener el muelle y a Puerto Colombia.

La documentación original de la época revela que los líderes locales no le veían futuro al puerto complejo, pensando sobre todo en la apertura del Canal de Panamá, que le abriría nuevas ventajas competitivas a Santa Marta y a Cartagena, y a los otros puertos sobre el Pacífico.

De esta manera, Tomás Suri Salcedo y otros líderes locales, se dieron a la tarea de revivir la vieja aspiración de abrir las Bocas de Ceniza y de construir el puerto para naves transoceánicas en el propio río Magdalena, y muy cerca de Barranquilla.

De allí en adelante, todas sus energías se concentrarían en conseguir el aval del gobierno nacional para rectificar o canalizar la desembocadura del río, con el propósito de abrir su entrada para

el ingreso regular de las embarcaciones marítimas. Ellos veían esta solución como la única posible, pensando en el futuro portuario de la urbe.

Los trabajos de ingeniería y los elevados recursos a invertir requirieron, de nuevo, de la participación de los expertos foráneos, y de los capitales monetarios provenientes, esta vez, de los Estados Unidos. A raíz de su función fluvial y marítima, el nuevo puerto se llamó Terminal Marítimo y Fluvial de Barranquilla.

El Terminal Marítimo y Fluvial acabó con el antiguo puerto complejo. El ferrocarril dejó de funcionar, Puerto Colombia perdió todo el dinamismo y la vida que le insuflaba el comercio exterior, y el puerto fluvial del Caño de las Compañías de Barranquilla (el gran nicho de las naves a vapor) languideció lentamente, hasta desaparecer por completo, ya bastante avanzado el siglo XX.

La muerte económica y física del Muelle de Puerto Colombia comenzó con la pérdida de sus funciones principales, que pasaron, desde finales de los años treinta del siglo XX, al Terminal Marítimo y Fluvial. La sangre que le daba vida al viejo muelle desapareció de su cuerpo.

Ya en los años cuarenta del siglo XX, todas las funciones portuarias de Puerto Colombia para el comercio exterior habían desaparecido. Era necesario entregarle otro uso al muelle, pero el gobierno central negó repetidas veces esa posibilidad, aduciendo problemas de presupuesto.

De tal manera que el Muelle de Puerto Colombia fue lanzado al olvido, y empezó a morir de la mano de la desidia oficial, y por la falta de instituciones que velaran por el patrimonio. A esto se unió la ausencia de una masa crítica, como la que existe hoy, que presionara para convertir el muelle en objeto de la memoria nacional.

Lo demás es historia reciente: el deterioro progresivo de la infraestructura y la falta de mantenimiento generó que se cayera a pedazos y que se convirtiera en una mole moribunda que no es

posible restaurar. Solo queda la vía de la reconstrucción como el único camino para recomponer la memoria.

Es claro que el Muelle de Puerto Colombia guarda un profundo simbolismo asociado a la época dorada de desarrollo del puerto complejo, que ya reseñamos. Resulta evidente que por ese muelle transitaban varias de las coordenadas del desarrollo económico y social del país.

Así mismo, este fue la puerta de entrada de los medios de producción que revolucionaron las fuerzas productivas de Barranquilla y de otras capitales de la nación. También fue la primera puerta para miles de inmigrantes, de todas las procedencias y de todos los estratos, que enriquecieron la demografía nacional y que ayudaron a forjar al país.

Todo ese pasado importante (que no es solo de Puerto Colombia, sino de Barranquilla, la Región y de Colombia), debe servir de fundamento para convertir al muelle, y a todo el municipio que nació por él, en un lugar de memoria que sirva para invocar y revalorizar el recuerdo.

En este caso, una memoria histórica que también debe ser reconstruida por las autoridades, por las instituciones nacionales, departamentales y locales, por los académicos y por la masa crítica que valora el patrimonio tangible e intangible como parte esencial de la historia nacional. La memoria no solo se conserva en la gente que vivió la experiencia del muelle, o en las tradiciones que se repiten de generación en generación, sino en los libros de historia que retienen o sistematizan esa memoria, o que la procesan, mediante el esfuerzo de los historiadores.

La memoria también se conserva y expresa a través de los objetos de cultura, que son también objetos materiales de memoria. Combinando la memoria histórica viviente, oral, con los recursos que aporta la historia razonada, y con los objetos materiales de memoria, se puede convertir el proyecto del muelle y su entorno en un lugar de memoria muy rico y sugestivo.

Como lugar de memoria, sería también un medio eficaz para ayudar a construir memoria histórica en las nuevas generaciones, al incitarlas y motivarlas a que valoren su pasado, que es el pasado de su pueblo y del país.

Lo que se está exponiendo sugiere que es posible concebir al muelle que se piensa construir (copiando las especificaciones del original) no solo como un sitio turístico, sino como un lugar de memoria abierto al diálogo sobre la historia, y como un medio de recreación y cultura que esté más allá de la simple proyección económica.

El Muelle de Puerto Colombia debe ser un lugar simbólico para el recuerdo, un instrumento de cultura histórica y un nicho para la memoria de un pasado importante para el propio municipio que lleva su nombre, para la ciudad de Barranquilla, para la Región Caribe y para todo el país.

EL MUELLE DE PUERTO COLOMBIA, ¿UN LUGAR DE MEMORIA?

A raíz de la reconstrucción del Muelle de Puerto Colombia se ha abierto un debate acerca de qué hacer con el nuevo monumento que reemplazará las ruinas del muelle histórico. Es pertinente anotar que, según la opinión de los expertos, lo que quedó del viejo muelle ya está prácticamente muerto, no se presta para ningún tipo de restauración.

Las razones por las cuales el Muelle de Puerto Colombia se convirtió en el pasado en un importante referente de la economía fueron explicadas en una columna anterior, titulada Historia del Muelle de Puerto Colombia.

Por su papel dentro del puerto complejo que se formó alrededor de Barranquilla, ese muelle tiene una carga simbólica e histórica que es necesario rescatar del olvido, para posicionarla en la memoria de los habitantes del ahora.

Se explicará a los lectores, en primer término, qué se entiende por lugar de memoria, para después plantear la propuesta (y sus razones) de convertir el muelle reconstruido en un lugar de memoria, prosiguiendo una tendencia mundial que combina la memoria, los objetos materiales de cultura y la historia, esta última como una disciplina que resguarda y procesa la memoria.

La memoria colectiva son los recuerdos compartidos que un grupo hace suyos por el peso de la tradición y de las necesidades vitales; estos integran la identidad, que es lo que define y diferencia a una región o nación con respecto a otras. La memoria, convertida en identidad, se proyecta y concreta en un entramado simbólico, en un territorio y en objetos materiales.

Un lugar de memoria (como lo entendió Pierre Nora, Lugares de memoria, varios tomos, publicados desde 1998) es un sitio resignificado en que se combina un territorio, la memoria nacional y la historia, para entregarle un nuevo sentido a la población en el

presente, el cual está enraizado (o puede estarlo) en la memoria histórica, y toca su identidad, las tradiciones y su comunidad imaginada.

El lugar de memoria no es neutro: aporta definiciones, perspectivas, interpretaciones, opciones políticas y trasfondos ideológicos. Por eso, casi siempre resulta de un consenso, o de un consenso dominante, que posibilita su cristalización (Fabri, 2010, p. 95).

La memoria patrimonial de un pueblo (expresada en un sitio o un monumento) puede ser importante materia prima, o punto de partida, para desarrollar ese espacio simbólico que los expertos denominan lugar de memoria (Fabri, 2010, p. 109)

La memoria es simbolismo, aunque también se concreta en objetos materiales, en objetos de cultura, haciendo parte de lo que los antropólogos definen como cultura material. Un lugar de memoria es un escenario simbólico que se explaya en un territorio, en un espacio que suele contener objetos culturales (Allier, 2008, p. 167).

El Muelle de Puerto Colombia dejó de ser (como entidad física) restaurable, pero conserva su carga simbólica en la memoria colectiva (y, más concretamente, histórica). El territorio en que está enclavado representa mucho como objeto patrimonial, cultural e histórico, no solo para las personas de su municipio, sino de Barranquilla, de la Región y del país.

La importancia económica y social del muelle, en el contexto de la historia que lo integró a Barranquilla y al comercio exterior, ha sido estudiada por los historiadores. Ese monumento simboliza el progreso, la modernización del que fuera el puerto complejo (puerto fluvial + ferrocarril + puerto marítimo) más importante de Colombia, a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX.

Ese muelle está sembrado en la memoria colectiva de los porteños como patrimonio y como epicentro de su identidad. Él es recuerdo (memoria), pasado, pero también presente, como valor simbólico, como objeto de culto patrimonial y como entidad de cultura.

Vale la pena, en consecuencia, ensayar en nuestro muelle lo que ya se ha organizado, en otros países y en Colombia, con los territorios o monumentos de importancia patrimonial e histórica. Es decir, se podría convertir el sitio en que se enclavó el viejo muelle en un lugar de memoria muy trascendente para los porteños, para la Región y para el país.

Lamentablemente, el monumento físico tradicional se perdió como resultado de la desidia oficial, aunque aún perviven marcas físicas a las cuales se les podría otorgar otro uso, si eso es técnicamente factible.

La idea de reemplazar los despojos del muelle por otra estructura nueva (pero más corta), parece que fue la única opción posible, después de escuchar el punto de vista de los técnicos. Era imposible reutilizar esos despojos sin correr demasiados riesgos, en cuanto a la inversión y a la seguridad de las personas.

Por eso construir un muelle nuevo no es inadecuado, si se tiene en cuenta la utilización del espacio simbólico. Lo inconveniente es reducir el nuevo muelle a una sola función, a la simple actividad turística, sin tener en cuenta el gran potencial de memoria y de historia que este aún contiene.

El Muelle de Puerto Colombia puede renacer como un lugar de memoria, en que se utilice la historia como instrumento de reconstrucción de la memoria histórica. La memoria es para la historia (como ciencia) una importante materia prima; pero la historia puede ser, también, un medio para construir memoria histórica, especialmente en los jóvenes y los niños que no conocen lo que ocurrió con el muelle.

La historia, utilizada por los historiadores del departamento, ayudaría a desarrollar el nuevo lugar de memoria no solo a través de la educación formalizada, sino entregando contenidos que se podrían emplear para organizar marcas de memoria dentro y alrededor del monumento principal, útiles para los lugareños y para los visitantes.

Así mismo, las autoridades deberían pensar en la masa crítica del departamento, aglutinada en las universidades, para erigir un gran museo del mar en Puerto Colombia, el cual recoja todas las expresiones de la cultura asociadas con el muelle, que, como es sabido, trascienden lo económico y se proyectan hasta la literatura y la música.

El Muelle de Puerto Colombia posee una gran carga simbólica e histórica; sería mezquino reducir el monumento alternativo a un simple papel turístico, cuando podría ser un lugar de memoria útil para reconstruir la memoria histórica del municipio.

El peso simbólico de ese espacio llama a las autoridades, y a la masa crítica del departamento, a pensar en la recreación de un nuevo territorio que se constituya en un hito cultural, por su contenido histórico, por su potencial de recuerdo, por su papel educativo y por su relevancia turística.

Lo mejor para el Muelle de Puerto Colombia es convertirlo en un lugar de memoria, combinando todas sus potencialidades para beneficio de la población porteña, de la Región y del país.

LA IMPORTANCIA DE LA MICROHISTORIA Y DE LA HISTORIA LOCAL

La historia es una disciplina de rancia tradición, como quiera que sus orígenes provienen de la antigüedad clásica. Sin embargo, sólo en los tres últimos siglos adquiere la mayoría de edad. Aparte de convertirse en una ciencia, con los positivistas son pulidas las herramientas de la crítica interna y externa de las fuentes y se incrementa la erudición en los trabajos investigativos.

La crítica al positivismo por parte de diversas corrientes de pensamiento historiográfico produjo un progreso temático y técnico, pues además de los “acontecimientos destacados” se estudió a fondo lo que Pierre Vilar llamó los “hechos masivos”, es decir, los de la historia económica, demográfica, cultural, etcétera.

Esa crítica (derivada especialmente del marxismo y de Annales) postuló una “historia estructural” construida a través de problemas, con lo cual advino una revolución en la forma de tramar la historia, así como en la cantidad y calidad de los objetos de estudio que podían abordarse y en los tipos de fuentes que nutrirían los ejercicios investigativos.

La historia es un diálogo entre el investigador y las fuentes. Estas últimas representan un testimonio parcial de lo que hicieron o dejaron de hacer los seres humanos del pasado, organizados en comunidades o sociedades en todos los territorios del planeta. De esto resulta que el historiador tiene como tarea primordial elaborar la memoria razonada de lo que ya no es para uso de los habitantes del presente.

La historia estudia profundamente la vida humana en el tiempo en sus múltiples expresiones; vale decir, la vida económica, política o cultural, en las circunstancias propias de un espacio determinado. Con la historia se intenta explicar o comprender lo que ocurrió. Y muchas veces dicha explicación resulta sumamente útil para conocer el presente y hasta para transformarlo.

I

Hay muchas clases de historia, si nos atenemos a los múltiples universos de análisis, al espacio cubierto y a las técnicas empleadas. Aparte de los asuntos que se mencionaron arriba como problemas históricos, hoy aún se habla de historia universal, nacional, regional y local. También se escriben biografías históricas. Todas estas son formas de investigar la sociedad, donde se integran o enfrentan las clases, las castas, los estamentos o los individuos.

La microhistoria es una rama de la historiografía con un gran potencial, ya que se nutre del sentimiento y la pasión de los estudiosos. No se ocupa de los grandes aspectos nacionales o internacionales sino de lo pequeño: el estudio del barrio, del pueblito y hasta del individuo. Por interesarse en lo cercano posee una fuerte carga de romanticismo, pues quienes se dedican a ella muchas veces lo hacen por amor al terruño. Amor a la tierra que nunca puede descartar el sentido crítico.

Un pionero de la microhistoria en Latinoamérica, el maestro mexicano Luis González y González, sostuvo que, aunque el espacio fuera pequeño, el tiempo microhistórico podía ser largo, a veces demasiado largo. Así, estudiar una población antigua podía llevar al investigador a transitar por varios siglos o a acudir a la ayuda de otras ciencias humanas, como la arqueología o la geografía, por ejemplo. La microhistoria no excluye la larga duración histórica, o la historia total o estructural, como lo prueba el mismo Luis González y González con su libro *Pueblo en vilo*.

La microhistoria es el estudio de caso, de una empresa, de una familia o individuo. Por su escala, permite observar detalles que en una perspectiva más global se hacen prácticamente invisibles, como lo anota Giovanni Levi (*Formas de hacer historia*). ¿Es posible describir las redes familiares del empresariado de Barranquilla a finales del siglo XIX en el marco de una historia nacional? La escala nacional obstruye el abordaje de un objeto de estudio como este y niega la posibilidad de avanzar en su conocimiento profundo.

La microhistoria facilita la profundización en los objetos de estudio, así como captar los matices que se ocultan cuando se trabaja con otros enfoques. No es cierto que se concentre en el acontecimiento y en la corta duración, según lo expresado alguna vez por Fernand Braudel. Por el contrario, tiene en cuenta los contextos y las demás duraciones, aunque se construya alrededor de un individuo o de otro tema más complejo. Hasta la biografía histórica es realizada ahora acudiendo a la contextualización o al análisis estructural, como lo demuestra Carlo Ginzburg en *El Queso y los Gusanos* o John Lynch en su *Bolívar*.

Es decir, es posible hacer estudios microhistóricos sin dejar de lado el contexto social en el que se inscribe el objeto interpretado, ya sea un individuo, un grupo, una empresa, un barrio, un pueblo o una pequeña ciudad. A pesar de que la historia micro es antiquísima, en la actualidad la forma de tramarla se adapta a los progresos de la historiografía, representando otra manera de producir historia que conserva y reproduce los modelos y las tradiciones de la disciplina.

II

La historia regional y local en la Costa Caribe, en Barranquilla y el Departamento del Atlántico ha avanzado mucho en las últimas décadas, como consecuencia de la formación de historiadores en las universidades del país y del exterior. Sin embargo, no puede sostenerse que sobren los trabajos históricos en ningún terreno. Más bien falta por cubrir innumerables temas, relacionados con la historia empresarial, cultural o política, por mencionar algunos.

Esto incluye a Barranquilla, sobre la cual han girado la mayoría de trabajos elaborados después de los años ochenta del siglo anterior. Por las investigaciones producidas sobre esta ciudad, es inadecuado seguir sosteniendo que carece de historia, como se argüía hace unas décadas. Las pesquisas de los historiadores permitieron construir una historia razonada que demuestra el papel destacado de la urbe en el contexto regional y nacional, por lo menos desde la segunda

mitad del siglo XIX. Tanto los importantes eventos ocurridos en el pasado (*res gestae*) como las interpretaciones de los mismos realizadas por los investigadores (*historicum rerum gestarum*), sirven para desmontar el mito de que Barranquilla no tiene historia.

En esta nueva situación historiográfica departamental y citadina han influido los trabajos de historia regional y local y los ejercicios microhistóricos llevados a cabo por historiadores reconocidos y por los egresados de las maestrías y de las carreras de historia de la región y del país.

Se ha repetido que una buena historia regional o local ayuda mucho en el proceso de construcción de la historiografía nacional, por cuanto ésta última no se apoyará en simples generalizaciones o especulaciones sino en estudios monográficos o microhistóricos que le aportarían más solidez a las síntesis nacionales.

Aún está pendiente el reto de abordar la investigación de los barrios, de los pueblos y pequeños municipios, de los corregimientos y de otros conglomerados humanos, como los indígenas, por ejemplo. Ese acercamiento podría hacerse desde el ángulo de la larga duración, de la historia total y contextualizada, utilizando, de paso, los aportes de las otras ciencias sociales, como la antropología, la arqueología o la sociología.

Aunque no lo parezca así por el camino andado desde los años ochenta del siglo veinte, todavía existen muchos temas abiertos a la investigación, al trabajo microhistórico, en Barranquilla y el Departamento: en el campo de la historia empresarial, tanto en el ámbito de la biografía de empresarios como en el de la historia de empresas; en la historia económica más general, en asuntos relacionados con Barranquilla o con otros municipios del Departamento o con la economía agraria de éste; en los campos de la historia cultural, para estudiar las fiestas, las tradiciones o los imaginarios de los pueblos y de los barrios, entre otros problemas.

Para atacar estos tópicos (y muchos otros de importancia) se puede acudir a la escala microhistórica, realizando estudios de casos, biografías contextualizadas o prosopografías para conocer los procesos pequeños que desaparecen cuando se adopta el punto de vista macro.

Un conocimiento profundo de las singularidades regionales y locales a través de la vía microhistórica es el mejor antídoto contra las “historias nacionales” que no se asientan sobre sólidas investigaciones monográficas sino en la capacidad especulativa del historiador.

La microhistoria es la ruta más conveniente para construir una auténtica historia nacional, pues favorece el descubrimiento y puesta en escena de situaciones que de otro modo permanecen invisibles; así mismo, permite rescatar del olvido a objetos de estudio inabordables desde una perspectiva más global.

La historia regional y local se fortalecerá muchísimo con el trabajo de los microhistoriadores. Y por este camino, la historiografía entregará un aporte sustancial a la construcción de la memoria colectiva regional y local y al sentido de pertenencia de los habitantes de la Región Caribe.

La investigación microhistórica tiene una importancia fundamental para la construcción de la identidad cultural. También resulta útil para estructurar la memoria del pasado, lo cual implica la interpretación y comprensión de las características de la vida humana que se estableció en el Departamento del Atlántico o en la ciudad de Barranquilla.

Por la vía de la recuperación de la memoria colectiva, del desarrollo de la identidad cultural y del sentido de pertenencia, la microhistoria puede contribuir en los procesos educativos, ayudando a elevar la condición de los individuos y a crear una ciudadanía más inteligente y comprensiva, que participe de manera consciente en la actividad política democrática, en la restauración y conservación del patrimonio histórico y en la elevación de la calidad de vida de su contexto.

En este punto concreto, la microhistoria ayuda a traer el pasado al presente para transformar y mejorar éste último, como ha ocurrido en muchos lugares del planeta y como está ocurriendo, para fortuna colectiva, en la ciudad de Barranquilla. La microhistoria y la historia local sirven aquí para no olvidar, para entender lo que ya pasó y hasta para transformar el presente.

ANNALES Y LA HISTORIOGRAFÍA INTERNACIONAL

El grupo de historiadores franceses conocido como “escuela de Annales” en realidad no fue ninguna escuela. Porque nunca exhibió unidad teórica, ni técnica ni metodológica. Ya que su sello o marca fue el eclecticismo inteligente que hasta hoy define su razón de ser.

“La escuela francesa de historia” arrancó aquel lejano 1929 bajo el ala de la revista *Annales de Historia Económica y Social*, fundada por los historiadores Lucien Febvre y Marc Bloch. Desde un principio esta publicación planteó como objetivo integrar las diversas disciplinas humanas alrededor de la historia.

Esa idea fundamental ha marcado la evolución de *Annales* desde su nacimiento. Por eso el grupo siempre ha sido más que una revista: representa una visión de la historia heterogénea, ecléctica y siempre abierta al cambio bajo el impacto de los aportes derivados de las ciencias sociales y de las transformaciones de la propia historia.

Sus etapas gruesas así lo indican. La primera generación, la de los fundadores, estableció algunas pautas fundamentales con trabajos de alto vuelo relacionados con la economía, con la política, con los “imaginarios colectivos”, donde se entremezclaron las ideas de los economistas, geógrafos, sociólogos, lingüistas, psicólogos, entre otros científicos del estudio de la sociedad y del hombre. De esa época son *La sociedad feudal* (de Bloch) y *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rabelais* (de Febvre), por mencionar solo dos grandes obras.

La segunda generación, bajo la tutela de Fernand Braudel, contó con los aportes de historiadores importantísimos, como Georges Duby, Jacques Le Goff, Ernest Labrousse y Pierre Chaunu, entre otros. Braudel produjo dos obras esenciales de la historiografía contemporánea: *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* y *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*.

Labrousse se destacó por sus estudios económicos, por los análisis estructurales y por el desmenuzamiento de las coyunturas económicas largas conectadas con importantes procesos políticos, como la revolución francesa. Ensayos sobre el movimiento de los precios y de los ingresos en la Francia del siglo XVIII fue la obra en que este historiador realizó un trabajo exhaustivo de conexión entre las variables económicas y sociales para explicar ciertas explosiones revolucionarias a partir de un contexto dramático dominado por la hambruna y la carencia de bienes.

En este escrito se entremezclan la demografía histórica, la historia económica y social y el método cuantitativo, entre otros aspectos, dándole juego también a la influencia de los clásicos de la economía política y de Carlos Marx. La consecuencia de su esfuerzo es un escrito denso y complejo convertido en un legado trascendental que la historiografía francesa entregó al mundo académico internacional.

En la línea de la cuantificación y de la aplicación de las matemáticas a la historia se movió también Pierre Chaunu. Este historiador llegó a decir que si la historia quería ser científica debía sustentarse en las matemáticas. No es gratuito que en sus trabajos combinara las fuentes seriadas (en serie, masivas, como los testamentos, las partidas de bautismo, etcétera) con la cuantificación (el conteo de datos repetidos en fuentes masivas, seriadas). Chaunu contribuyó a desarrollar consistentemente el método cuantitativo en Francia y Europa.

Fue un importante especialista de los temas americanos, sobre todo los relacionados con la época colonial. Hizo notables aportes sobre de la relación entre Sevilla y América en un período histórico en que ese puerto cumplió un papel de primer orden en el marco del monopolio comercial (la Carrera de Indias) impuesto por España en territorio americano. Como resultado de sus investigaciones legó la monumental obra Sevilla y el Atlántico (1504-1650) en 12 volúmenes, en que uno de ellos es de puro material estadístico, para hacer honor a sus ideas de la historia.

Jacques Le Goff ha sido un importante medievalista, a pesar de poner en entredicho el propio concepto de Medioevo europeo. Sostuvo que la época medieval era diferente a la antigüedad greco-latina y a la modernidad. Ha aportado mucho a la historia cultural que se escribe actualmente en el Viejo Mundo. Junto a Pierre Nora fue uno de los adalides de la “nueva historia” que se produjo a partir de los años setenta en casi todo el planeta. De su vasta producción es bueno mencionar el clásico *La Bolsa o la Vida: la economía y la religión en la Edad Media*.

Georges Duby es, quizás, el historiador francés más reconocido después de los pioneros y de Fernand Brudel. Fue también un connotado medievalista y se adentró, como casi todos los colegas del grupo, en los análisis acerca de la teoría y los métodos de la historia (de ahí su *Diálogo sobre la historia*). Impulsó la historia económica y social y la llamada “historia de las mentalidades”. De su amplia obra historiográfica cabe mencionar el libro *La era de las catedrales*.

En la tercera generación de “analistas” se destacan Emmanuel Le Roy Ladurie, Philippe Ariès, Pierre Nora y Marc Ferro. Aparte de continuar los énfasis de sus antecesores estos intelectuales abrieron camino o reforzaron la microhistoria, la historia regional y local y la historia social. Un libro importante en que se usan métodos de disciplinas conexas a la historia es *Montaillou, una aldea occitana*, de Le Roy Ladurie.

En la cuarta y última generación sobresalen Roger Chartier, Jacques Revel, Bernard Lepetit y André Burguière. Algo que distingue a estos historiadores es la persistencia en el estudio de lo que se llama las “prácticas culturales” en el marco de la “historia cultural”, que es también una historia social que enfatiza la necesidad de escudriñar el mundo simbólico, el de los “imaginarios colectivos”. En esta línea, Chartier ha hecho aportes reconocidos internacionalmente, sobre todo en el análisis de los textos y del papel de la lectura. Un ejemplo de su esfuerzo es el libro *Una historia de la lectura en occidente*.

El grupo de Annales ha marcado fuertemente la historiografía internacional. Sus principales postulados teóricos y metodológicos quedaron registrados en obras básicas para el proceso formativo de cualquier historiador contemporáneo, independientemente de que algunos de esos modelos ya hayan sido relevados por la crítica intersubjetiva. Entre esos libros fundamentales sobresalen *Combates por la historia* (Fevbre), *Introducción a la historia* (Bloch), *La historia y las ciencias sociales* (Braudel), *Diálogo sobre la historia* (Duby) y *Pensar la historia* (Le Goff).

El mundo de modelos teóricos y métodos utilizado por Annales se ha nutrido de la economía política, de la sociología, de la antropología, de la psicología, de la geografía, entre algunas de las disciplinas más influyentes; como lo han recomendado y practicado sus principales maestros.

Annales no ha sido nunca una secta cerrada sino un universo siempre dispuesto al cambio, a la variación teórica y temática. Esta es su principal fortaleza, aunque también es la raíz de su debilidad más destacable, según lo han hecho notar críticos simpatizantes como Peter Burke y el colombiano (ya fallecido) Germán Colmenares.

Para estos historiadores, los franceses no han cumplido con la tarea de fortalecer la historia por cuanto han propiciado su fragmentación, al estimular los estudios compartimentados relativos a la historia económica y social, a la “historia de las mentalidades”, a la microhistoria, a la historia cultural, etcétera. La crítica no deja de tener su lado fuerte. Pero uno se pregunta, ¿qué otra ruta se podía tomar para profundizar en ciertos objetos de estudio?

Es inevitable que la especialización temática traiga aparejada la desintegración relativa del discurso histórico. O la producción de relatos inconexos, poco dados a complementarse en una exposición integral. Sin embargo, aún no se ha inventado otro modo (en ninguna ciencia o disciplina, entre otras cosas) para ahondar en el conocimiento de cualquier objeto de estudio. Este es, indudablemente, un mal necesario.

Con todo, en los diversos libros de los “analistas” se nota siempre la presencia de modelos o esquemas de uso común, aparte de proliferar ese espíritu de apertura siempre dispuesto a utilizar lo que proviene de las disciplinas hermanas que se especializan en el estudio de la sociedad.

Los libros de estos historiadores ponen siempre en primer plano el análisis concienzudo antes que la simple narración o descripción superficial. A pesar de las quejas de Braudel, quien poco antes de morir abogaba por escribir una historia más sencilla que se pudiera acercar simpáticamente a casi cualquier lector. Esta propuesta fue recogida por algunos de sus discípulos, quienes han elaborado ciertos libros como si fueran novelas cortas (un ejemplo: Guillermo el Mariscal, de Georges Duby).

Annales contribuyó como ninguna otra corriente a derrumbar los mitos contruidos por el positivismo historiográfico. Se podría decir que estructuró buena parte de su utillaje teórico, metodológico y técnico sobre la base de la crítica al positivismo. Por lo menos en sus inicios, en aquel lejano comienzo del siglo XX.

Annales se fue contra la historia superficial de corta duración histórica. Es decir, criticó duramente la historia acontecimental (de simples acontecimientos) que se concentraba en el “hecho destacado” y singular, ya fuera la del gran héroe, la de la batalla militar notable, la del papel del Estado o la de las élites.

Propuso, por el contrario, un tipo de historia basado en las estructuras materiales e inmateriales, en las tendencias y patrones del desarrollo social, para captar las profundidades del movimiento social en el tiempo sin quedarse en la mera superficie, como era lo que sucedía cuando el foco del análisis se reducía solo a los acontecimientos.

Ante la visión cronológica y lineal del tiempo y ante la trama “natural” que proponía el positivismo siguiendo la flecha temporal judeo-cristiana (pasado, presente, futuro), los “analistas” diferenciaron

entre la manera como podía organizarse el discurso después de efectuada la investigación y el tiempo que cobijaba a la sociedad.

A partir de aquí dedujeron que el material historiográfico podía presentarse de múltiples maneras, porque una cosa era la exposición de este al público y otra el modo como la sociedad discurría en el tiempo. En consecuencia, la trama podía ser temática, regresiva o empleando cualquier otra estrategia expositiva sin respetar la cronología normal.

Bloch teorizó sobre el “método regresivo” y lo aplicó en varios de sus libros. La idea era organizar la exposición final arrancando desde el “presente” e ir hacia atrás en el tiempo implícito en la construcción histórica. Esto representó una clara rebelión contra la propuesta positivista de narrar respetando la flecha del tiempo, la cronología, con lo cual, supuestamente, era seguido el “orden natural como se presentaban los acontecimientos”.

La organización del material a exponer por temas o problemas también acabó con el mito cronológico positivista. Este modo de tramar la historia tampoco respetó la cronología tradicional pues la composición de los libros se hizo en función de los problemas o temas tratados, dejando en segundo lugar la cuestión temporal. Si la exposición lo pedía, el arranque expositivo era por lo más antiguo o por lo más cercano al “presente”. Este método hizo que el esquema de exposición fuera más flexible.

El debate sobre el asunto del tiempo, acerca de los objetos de estudio de la historia, sobre cómo narrar o exponer en historia y acerca de las fuentes prohió una distancia muy notable entre el positivismo historiográfico y Annales. Podría decirse que este grupo afinó su discurso dándole rejo al positivismo. Es decir, este le sirvió de sparring a los “analistas” en su proceso de construcción de teorías, métodos y técnicas.

Ante el tiempo corto del acontecimiento, Annales propuso la larga duración histórica asociada a las tendencias, a los patrones del proceso social que hundían sus raíces en las estructuras (verdaderos

fundamentos sobre los cuales se levantaba todo el andamiaje social). Si se miraba lo estructural, lo profundo, resultaba más fácil comprender lo acontecimental, porque ningún acontecimiento podía ocurrir al margen del entramado estructural que servía de almacén a toda sociedad humana.

Pensar la sociedad a partir de una “visión estructural” permitía comprender de manera más fina las continuidades y rupturas tan comunes en el desarrollo social. Ese modelo facilitaba entender la regularidad asociada al desenvolvimiento estructural y el cambio, la ruptura, producido por la recomposición o realineamiento de los elementos estructurales o por un gran evento, como una revolución social. El esquema también ayudaba a integrar el acontecimiento al proceso estructural, con lo cual se superaba el impasse teórico sugerido en el dilema acontecimiento versus estructura.

Para la “escuela francesa” la estructura no fue solo la de Marx y los marxistas, que la restringían a la base económica, al modo de producción. Su “visión estructural” se amplió por cuanto recogió los aportes del estructuralismo lingüístico (Saussure, entre otros), antropológico (Levi Strauss), de los sociólogos (Simiand, Durkheim), de los economistas (Marx, entre ellos) y hasta de los psicólogos.

De tal manera que el concepto estructura fue convertido en una especie de demiurgo que se paseó por todos los aposentos de la sociedad: por la economía, por la política, por las mentalidades colectivas (ahora se les llama imaginarios), por la forma como se organizan las clases o grupos sociales, etcétera. En consecuencia, se volvió común hablar de “estructuras materiales”, “estructuras espirituales” o simbólicas, estructura social, estructura política, estructuras económicas y así...

Al acontecimiento le fue colocado el disfraz del tiempo corto en tanto que a la estructura le pusieron la máscara de la larga duración histórica. Braudel fue tan lejos en la descomposición del tiempo y en el análisis de los diversos ritmos del desarrollo social que teorizó en un célebre ensayo (*La larga duración*, en *La historia y las ciencias*

sociales) sobre corta duración, mediana duración, larga duración y hasta larguísima duración histórica. Con esto entregaba la partida de defunción a las viudas del positivismo historiográfico.

Pero la guantería teórica no se detuvo ahí. Ante el estilo de narración lineal y centrado en acontecimientos que proponían algunos positivistas decimonónicos, Annales se inclinó por la “historia-problema”, es decir, un tipo de historiografía que tuviera por eje la solución de problemas planteados previamente por el investigador, jugando también con hipótesis, objetivos y objetos de estudio diversos, tal y como se estilaba en la construcción del discurso científico.

Esto replanteó radicalmente el modo de hacer historia. Ahora lo que preocupaba al historiador no era solo “narrar lo que realmente ocurrió” como una especie de espejo que reflejaba lo encontrado en las fuentes, sino crear un relato actuando muy activamente en su construcción, a partir de un problema cuya solución dependía de unas teorías explicativas, de unos métodos adecuados y de unas técnicas sugeridas por el objeto de estudio. Las fuentes seguían siendo la joya de la corona, pero el rol activo del historiador en todo el proceso lo convertía, también, en el monarca indiscutible, en el arquitecto del discurso.

Esta concepción de la historia (apoyada en lo más sólido del pensamiento social) amplió el horizonte de los temas abordables, de las fuentes y de las teorías, métodos y técnicas a emplear dentro de la historiografía. Se derrumbó, entonces, el mito de que solo podía usarse fuentes escritas. Cada objeto de estudio tiene su propio juego de fuentes. Y estas pueden ser escritas, orales, monumentales o de cualquier otra clase.

Al ampliarse el universo de lo que el historiador podía estudiar, cayó de su pedestal la historia heroica, la historia batalla, la historia elitista y toda clase de historia concentrada en los grandes acontecimientos. De aquí en adelante todo era historiable, siempre y cuando se contara con unos requisitos necesarios relacionados con la existencia de

fuentes y con la adecuada preparación del historiador. Aparte de los apoyos financieros o institucionales que a veces deben acompañar la tarea investigativa.

Todo podía ser historiable: lo de arriba, lo de abajo, lo político, lo económico, lo imaginario, en fin. Esta tesis preparó el terreno para que (otra vez) Braudel hablara de la “historia total”, dando a entender con este planteo que el historiador debía estar siempre preocupado por todos los momentos del desarrollo social (dado que la sociedad era un todo con elementos interrelacionados, integrados o en conflicto).

La “historia total” se convirtió así en otro horizonte teórico-metodológico. Simple horizonte muy difícil de concretar, por lo inabarcable del objeto de estudio. De todos modos ha servido, pues le recuerda al investigador que aunque se concentre en un grupo de problemas o temas nunca puede perder de vista su inscripción en el contexto, en la dialéctica social que involucra acontecimientos, coyunturas y estructuras.

Annales ha sido una importante corriente de pensamiento histórico que dividió en dos la historiografía francesa e internacional. Abriendo trochas para instituir nuevas formas de hacer historia. Aportando estudios memorables y sólidos modelos que han convertido a la historia en una disciplina respetada en el ámbito académico y fuera de este. Sin Annales es seguro que la historiografía mundial no hubiera alcanzado el nivel y el prestigio de que hoy goza.

LA ECONOMÍA Y LA HISTORIA EN LA HISTORIA ECONÓMICA

La historia económica es una disciplina diferente a la economía y a la historia. Hace parte de esta última, pero está fuertemente conectada a la ciencia económica. Utiliza el cuerpo teórico de la economía, pero también se vale de los recursos de la historia. Es economía y a la vez historia, aunque se diferencia de ambas por su objeto de estudio (Cipolla, 1991, p. 16 y *passim*).

La historia económica utiliza las categorías, modelos y paradigmas forjados dentro de la ciencia económica. Nadie que no posea formación teórica en economía puede lanzarse al difícil camino de esta variante de la historia. Muchos de los instrumentos para estudiar los procesos económicos han sido preparados por los economistas.

Resulta imposible interpretar la economía en el tiempo si no se tienen claros conceptos o modelos como mercancía, salario, producción, mercado, capitalismo industrial o economía feudal, por mencionar algunos. Las teorías explicativas formadas a lo largo del desarrollo de la ciencia económica también nutren el bagaje teórico de la historia económica; entre estas están las teorías del valor, del crecimiento económico, etcétera.

Por otro lado, tampoco es posible producir historia económica si se carece de formación histórica. La historia le entrega a esta disciplina la perspectiva del tiempo, el manejo riguroso de las fuentes y las categorías, modelos y técnicas relacionadas con el estudio de lo que ya ocurrió en la sociedad, en el universo económico.

No todo economista ni todo historiador están capacitados, por su formación profesional, para hacer investigación en historia económica. En el caso del primero, resulta imprescindible que se acerque a los fundamentos de la historiografía, los cuales no se le entregan a lo largo de su carrera.

Y en el de los segundos, el énfasis en la formación historiográfica deja a un lado la preparación estrictamente económica. Lo ideal sería que el economista se hiciera historiador y este último economista, pero esto ha ocurrido con muy pocos intelectuales en nuestro país (y en el exterior), quienes avanzaron por esa ruta acudiendo, sobre todo, a sus capacidades autodidácticas.

A pesar de que la historia y la economía se interconectan y retroalimentan en la historia económica, no se encuentran programas de pregrado donde se formen historiadores económicos en sentido estricto. O salen como economistas o como historiadores, pero nunca con el perfil de historiadores económicos.

En los dos casos, el economista está incapacitado para abordar asuntos históricos y el historiador, los económicos. Un historiador económico debe exhibir las habilidades, destrezas y conocimientos del economista y la experticia teórica, técnica y metodológica del historiador (sobre las dificultades del economista para analizar problemas históricos y del historiador para ver los económicos, véase Witold Kula, *Problemas y Métodos de la Historia Económica*, Ediciones Península, Barcelona, España, 1977, p. 71 y ss.).

El objeto de estudio de la historia económica son los procesos económicos de la sociedad en el tiempo. Es decir, los contornos y fundamentos de la producción, del consumo, del manejo y uso de los bienes económicos (los recursos escasos, según los neoclásicos), de la organización del reparto de estos y de las condiciones en que las sociedades los producen o los intercambian, entre otros aspectos.

Para abordar ese objeto (interpretado en la perspectiva del tiempo) es imprescindible, como ya se anotó, la integración del bagaje teórico, técnico y metodológico de la historia y la economía. ¿Será posible que en estas carreras se abriera un espacio para estimular la formación de historiadores económicos?

HISTORIA Y OPINIÓN

EL DOGMATISMO EN EL DEBATE PÚBLICO

A menudo, en las redes sociales y en otros escenarios se desarrollan debates que sacan a la luz lo que las personas piensan, sobre todo en materia política. La nota destacada en esas discusiones consiste en que ellos asumen sus ideas como si fuera un cuerpo cerrado de dogmas. Es indiferente si se trata de partidarios de Hayek, de von Mises o de Marx.

El dogmatismo en el debate público abarca a todos los sectores políticos, es decir, a quienes son partidarios de los extremismos de derecha y a quienes participan de la perspectiva de la izquierda radical. Uno supone que estas personas creen que las ideas de los personajes que siguen no deben nunca ser sometidas a la crítica, confiriéndoles la categoría de dogmas de fe antes que de teorías científicas.

Muchas veces me he preguntado acerca de cuál es la raíz de este comportamiento, y lo que resulta del análisis es una mezcla de asuntos psicológicos con aspectos sociológicos. Es indudable que el ser humano tiene una tendencia natural a proteger su yo o, como sostiene Nietzsche, a manifestar su voluntad de poder a través del control de las cosas, las personas o las ideas. Ese dominio a menudo asume la forma de la defensa de lo que se cree o se sabe, porque procediendo de ese modo se defiende también el uno mismo.

El dogmatismo tiene también profundas raíces culturales, y en su formación participan tradiciones de diversa procedencia. No cabe duda de que la forma de pensar religiosa, basada en la creencia y en la fe, ha influido decisivamente en el pensamiento de los dogmáticos, por más ecuménica o mundana que sea la religión influyente. Las religiones, por motivos obvios, descartan el instrumento de la duda y desechan la crítica, para preservar la estructura cerrada interna de su andamiaje simbólico y su ritualidad, lo cual se mantiene sin cambios de fondo por necesidad intrínseca.

Algunas tradiciones intelectuales laicas parecen haber asumido esta práctica dogmática de la religión, por concebir sus teorías como modelos fijos, que no pueden ser sometidos a la contrastación con la realidad o a la crítica científica. La consecuencia de esto es la formación (en sus partidarios) de una mentalidad hermética, de una visión dogmática que les lleva a creer en sus teorías como si fueran verdades reveladas. Este movimiento psicológico, esta perspectiva, la observo por igual en los partidarios de la economía de mercado más radicales, y en quienes piensan que todo puede ser resuelto estatizando, o por la simple acción del Estado.

Obvio que en la conformación de esa perspectiva dogmática también intervienen otras variables, como la militancia partidaria, el sentirse haciendo parte de una conciencia de clase diferente, el defender intereses económicos o políticos especiales, o la propia lucha entre bandos, que trae consigo el espíritu de cuerpo y la protección de lo que pertenece al grupo o al partido.

Todas estas condiciones generan que la discusión de ideas no se dé siguiendo los parámetros de la ciencia, sino la ruta del sectarismo o de la agresión al otro, el cual a menudo se percibe no solo como contradictor sino como enemigo. Si eres mi enemigo, tus argumentos no sirven, por más fuertes que estos sean. A los enemigos no se les acepta, sino que se les somete (o se les mata), parece ser la lógica subyacente en el comportamiento de los dogmáticos de la ultraderecha y de la ultraizquierda.

Esa actitud beligerante es reforzada por la poca experiencia que normalmente exhiben los dogmáticos. Esa falta de experiencia tiene que ver con las escasas lecturas que han realizado, con la idea equivocada de que lo único que hay que leer es lo relativo a su tradición intelectual, porque lo de otras corrientes no sirve o no interesa para nada (dado que eso es del enemigo, o de quien no piensa como yo). Esta situación origina una base cultural muy pobre, que no le permite al dogmático relativizar lo que ha aprendido, mediante el mecanismo de someterlo al fuego de la confrontación con otros cuerpos de ideas. A la inexperiencia teórica, intelectual,

se le suma el hecho de que normalmente no han vivido o conocido mucho.

Pero el problema de fondo en todos los casos consiste en el abandono de la metodología científica tanto para construir las teorías como para defenderlas. En general, los dogmáticos adquieren la simple condición de seguidores de un maestro o de una corriente, pero han perdido la cualidad de creadores de conocimiento. Al ser simples seguidores desarrollan una gran capacidad crítica contra todo lo que no se parezca a lo que ellos piensan, y un servilismo y una aceptación pasiva hacia sus propias doctrinas, por más descabelladas que estas sean.

Esta es la lógica de fondo del dogmatismo de ultraderecha y de ultraizquierda que inunda las redes sociales. El problema mayor es que los agentes que lo practican no son conscientes de los procesos psicológicos y sociales implicados en su comportamiento. Es decir, los dogmáticos son víctimas de eventos individuales y colectivos que jamás se han dado a la tarea de investigar. El primer paso para superar este flagelo es ponerlo en evidencia, mediante los recursos que aporta la ciencia. Este es el único camino posible... y el más seguro.

EL EDITORIAL DE THE WASHINGTON POST QUE RESULTÓ FALSO

El famoso editorial parece que llegó primero al periódico La Libertad, que lo publicó como si fuera auténtico. De aquí lo tomó la gente de Caracol, que también pensó que era original. Incluso, en este medio, pusieron a Mauricio Gómez a hacer un video resaltando la crítica que el Post le hacía al capitalismo salvaje.

Quien hizo el editorial falso lo envió por las redes sociales, y aquellos que odian al capitalismo y a la desigualdad lo consideraron verídico. Es de notar que a esas personas les importaba muy poco que ese material fuera una fake news, pues expresaba ideas que ellos compartían. Cuando se les dijo que este era una fake news, se molestaron mucho y algunos pidieron pruebas, como es lo normal en estos casos.

Aquí van las pruebas. El llamativo título del documento fue “O muere el capitalismo salvaje, o muere la civilización humana”. Buen título y, sobre todo, muy expresivo para quienes enfrentan al capitalismo salvaje. Por eso la fake news caló tanto, más que nada entre quienes simpatizan con la ideología de izquierda.

El supuesto traductor del texto (originalmente en inglés) fue Desmond Brown. La fake news apareció en The Washington Post, el 25 de marzo de 2020, y dio la impresión de haber sido una traducción exclusiva, desprendida del resto del diario, y escrita en primera persona.

Lo primero que cabe aclarar es que, en el periodismo moderno, el editorial de un periódico refleja la opinión de los dueños o de quienes manejan el medio. Normalmente sirve para fijar la posición oficial sobre cualquier tema. El editorial no es una columna de ningún periodista, donde se concede libertad para opinar a quien la escribe, así sea en contravía del parecer de los editores o directores.

Si ustedes revisan algunos periódicos internacionales (El País, The New York Times) o nacionales (El Tiempo, El Espectador, etcétera)

notarán que los columnistas opinan muy libremente, pero la línea oficial del medio se fija en el editorial. Esta es una regla del periodismo actual, fijada desde hace mucho tiempo.

La primera falla de quien elaboró la fake news reside aquí: quizás por ignorancia, esparció la idea de que su texto era un editorial de The Washington Post, con el propósito de hacer que la gente creyera más su mentira. Es imposible que un texto como este haya sido un editorial del periódico mencionado, y menos escrito en primera persona.

La fecha en que apareció el editorial, según el creador de la fake news, fue el 25 de marzo de 2020. Si ustedes revisan con calma el periódico de ese día, **NO ENCONTRARÁN NINGÚN EDITORIAL CON ESE TÍTULO, NI NINGÚN ARTÍCULO O COLUMNA DE OPINIÓN TITULADO ASÍ.** Esta es una prueba contundente de que ese “editorial” es completamente falso.

The Washington Post fue un periódico que adquirió prestigio porque allí trabajaron los periodistas que ayudaron a sacar del poder al corrupto Richard Nixon (los señores Bob Woodward y Carl Bernstein). Quizás por ese hecho, el creador de la falsedad que se analiza utilizó tal medio como gancho para pescar lectores incautos.

El Post ha atravesado por muchos problemas económicos. En 2013 fue comprado por Jeff Bezos, el dueño de Amazon. No se conoce que tenga edición en español (como The New York Times o BBC Mundo), aunque algunos portales en castellano utilizan su material (CNN, EL Tiempo, Semana, por ejemplo).

Y si tuviera edición en español, ¿un periódico de tanto prestigio hubiese permitido que circulara un texto suyo con tantos errores de redacción y hasta de concepción? Desde otro ángulo, un tipo como Bezos ¿no se escandalizaría con un editorial de ese tipo, que es casi un manifiesto (mal escrito) de cualquier partido de la izquierda radical?

El supuesto traductor de la fake news se llama Desmond Brown. Es de suponer que una persona que hace la traducción de un editorial de The Washington Post debe estar en la nómina, o ser muy cercano a los directores. No aparece ningún periodista con ese nombre en la plantilla del diario, ni en el personal de apoyo del mismo.

Y como es alguien que tradujo un editorial al español de un periódico con tanto prestigio, quizás tenga cierto reconocimiento. Si ustedes introducen el nombre del supuesto traductor en la web, les salen deportistas, abogados, artistas, pero nadie cercano al Post.

El único periodista con ese nombre y algún reconocimiento trabaja para la CBC News de Canadá, un sistema de comunicación creado en ese país siguiendo el modelo de la BBC, quien no escribe en español, y tampoco existen noticias de que sea marxista.

¿Qué conclusión general podemos extraer de lo que llevamos visto? La siguiente: el editorial es falso porque no apareció en el Post en la fecha indicada; es falso porque el traductor es falso; es una fake news mal construida, por alguien irrespetuoso que odia al capitalismo, pero que no tiene ética ni ninguna consideración por las personas que piensan como él, que fueron las engañadas en masa, aparte de algunos medios que no hicieron buena verificación de fuentes.

¿Qué es lo que está en juego aquí? Obviamente, la verdad. En este caso, poco interesa que la fake news exprese críticas correctas, en el sentido político y económico. Esto fue lo que más agradó a las personas que detestan el capitalismo, pero ese no es el problema cuestionado ahora.

Aquí se discute lo siguiente: a) ¿el editorial es auténtico?; b) ¿el traductor es auténtico? c) ¿es cierto que apareció en The Washington Post en la fecha indicada? Si la respuesta a estas preguntas es negativa, el documento analizado es falso, más allá de la simpatía que despertó.

Yo no puedo dejar de actuar y pensar como historiador, porque soy historiador y defendiendo siempre mi importante profesión. En el oficio de uno, es obligatorio hacer la crítica externa e interna de las fuentes. Una fuente o noticia falsa es un problema tremendo, pues lleva a errores garrafales (como los que cometió Mauricio Gómez), y pone en entredicho la seriedad y el rigor de quienes la publican.

Esta noticia, este editorial, esta fake news con la cual engañaron a La Libertad, a Caracol y a otros medios y personas en todo el país, es una noticia falsa, y mi obligación como intelectual e historiador era escribir lo que publico ahora.

Y agregó esto: me parece una tontería de su autor haber hecho lo que hizo, porque su contenido caló muy bien en la gente, sobre todo en las personas de izquierda, y no había necesidad de que mintiera para engañar y hacerse, quizás, más creíble. Con su falsificación tonta, echó su nota al basurero de las fake news.

EL MARXISMO QUE SE FUE Y EL QUE PERMANECE

Desde el siglo XIX las teorías de Marx se convirtieron en la máxima expresión de la utopía, en la esperanza irreductible para muchas personas. Esas ideas ayudaron a forjar varias generaciones de revolucionarios, dispuestos a cambiar la sociedad para construir lo que por mucho tiempo se pensó como el paraíso en la tierra, sin discusión.

Las buenas intenciones y el deseo de servir a las mayorías, transformando las estructuras para eliminar la explotación, la dominación y la discriminación eran importantes nortes prácticos que guiaban la acción, y le entregaban un sentido humanístico a la lucha. El eje de todo el movimiento estaba en los postulados de Marx.

Pero la utopía, la esperanza y el sentido de la lucha recibieron un golpe severo al pasar de las palabras a los hechos, de la teoría a la práctica, pues la aplicación de las conclusiones del análisis de Marx, para transformar la sociedad, no ha generado, en ninguna parte, los resultados que se esperaban.

Recuérdese que las teorías del cambio social en Marx tenían como fundamento la construcción de un poder alternativo al de la burguesía, centrado en el partido único y en la dictadura, y que el salto económico pasaba por destruir la propiedad privada y por centralizar y estatizar, mediante planes especiales, la producción y la distribución, sacando del juego el mercado capitalista.

Tales ideas fueron aplicadas desde la Revolución Rusa, la cual se convirtió en el modelo a seguir para muchos países. Todas las sociedades socialistas transitaron por el uso del partido único, de la ideología única y de la dictadura para imponer las transformaciones, lo cual desembocó en un régimen totalitario con muchísimos defectos.

Con graves problemas en el orden económico y político, especialmente. A pesar de sus logros en el aspecto militar y en

algunos campos de la ciencia, la Unión Soviética nunca pudo superar sus cuellos de botella productivos, que la hacían muy ineficiente en cuanto a la producción de bienes de consumo, y a la generación de servicios para mejorar la calidad de vida de las mayorías.

A esta dificultad de fondo se le unió una distribución centralizada y aparentemente racional, que nunca satisfizo a la población, pues la sometía a la esclavitud de las colas, de los racionamientos, del desabastecimiento, lo cual incrementaba la desesperación de la gente común.

Este incordio económico y social fue una de las principales causas que llevaron a la crisis de la Unión Soviética y a su posterior derrumbe, fenómeno que se extendió a casi todos los países de la llamada cortina de hierro. La paquidermia o ineficiencia productiva y distributiva (sobre todo en cuanto a los bienes de consumo) es una faceta común de todos los países socialistas, organizados según los modelos de Marx.

La otra característica esencial es la manera como se reestructura el sistema político. Aunque haya matices entre un país y otro, todas las naciones socialistas terminan convertidos en Estados totalitarios que controlan la economía, la política, la educación, la cultura, absolutamente todo.

Una sociedad rígidamente controlada por un partido único, por la burocracia estatal y por sus aparatos represivos tiene que convertirse en un régimen policial que solo acepta a quienes estén de acuerdo con esa dictadura, y que reprime o castiga a los opositores o a los simples críticos.

La máxima expresión del carácter represivo de un Estado socialista, montado con las ideas de Marx, estuvo en la dictadura estalinista y en el régimen excepcional de los camboyanos. Ambos sistemas tienen detrás de sí una larga historia de asesinatos, campos de concentración y persecución de críticos, acciones ejecutadas para defender los intereses del partido, del líder dominante, y de la burocracia.

Si se revisa con atención la historia de los países socialistas, en todos se ha dado un Estado policivo con control total, el cual mata o reprime sin escrúpulos para imponer sus designios, aunque existan matices entre unos y otros.

A veces esa represión se justifica por el ataque o sabotaje de los enemigos internos o externos, pero esta no solo ocurre en circunstancias especiales, sino que hace parte de los genes de la dictadura socialista, de su modo de ser controlador y totalitario.

En síntesis, la concreción de la utopía modelada por las teorías de Marx no ha traído consigo el paraíso, ni traerá nunca ningún paraíso. Lo que se vio en el Siglo XX fue la muerte de las ideas del cambio pensadas por este intelectual en el siglo XIX. Ante lo cual se impone buscar otras rutas para luchar contra el capitalismo salvaje, contra la desigualdad y la iniquidad.

El balance obtenido, luego de aplicar esos modelos a casi medio mundo, es bastante negativo. Más allá de las buenas intenciones y de las frases altisonantes a favor de la humanidad, lo que quedó de ese experimento fue un enjambre de países burocratizados, ineficientes, de regímenes dictatoriales que negaron las libertades más básicas a nombre de una revolución que, más que una solución, se convirtió en una pesada carga y en una tragedia para los pueblos.

Aunque resulte doloroso para quienes creen todavía en esas ideas reconocer este hecho, tal clase de marxismo, relacionado con el cambio social, no soportó la prueba de la historia, de la práctica, como diría el mismo Marx.

Y el problema no estuvo solo en los discípulos del maestro, por no saber interpretar sus teorizaciones, sino que la base del desastre proviene de la forma cómo el teórico alemán quiso superar la organización económica y social capitalista.

Montar una economía completamente estatizada, un partido único para dirigir, una ideología única y un Estado policial y muy represivo, siempre traerá los mismos efectos. Una sociedad así, tan rígida, mata la economía, la libertad, el pluralismo y el humanismo, como se comprobó en el siglo XX. Por lo tanto, esta parte del marxismo debe ser rechazada, porque la historia ya indicó que no es viable.

La otra parte del marxismo es menos problemática, aunque sea discutible. Me refiero al aporte de Marx (y del marxismo) a la ciencia social. Si se prescinde de utilizar las teorías del maestro como si fueran dogmas religiosos es muy probable que se puedan hacer aportes sustanciales en el conocimiento de la sociedad, empleando los modelos de Marx.

Eso es lo que ha ocurrido en los campos de la sociología y de la historia en el siglo XX. La sociología del conflicto, y otras variantes de la sociología, han sabido aprovechar las tradiciones intelectuales forjadas a partir del legado de Karl Marx.

Lo mismo cabe decir de la ciencia histórica, en la cual (sobre todo en Europa) se han producido importantes avances, que enriquecieron el bagaje historiográfico mundial. En las ciencias sociales, en general, la influencia de las teorías de Marx sigue siendo de importancia para comprender los entramados profundos de la sociedad humana.

Otra cuestión que queda, como legado de Marx, es su apuesta por los marginados, por los oprimidos y los débiles. Esa perspectiva hunde sus raíces en el análisis de la desigualdad, y sigue teniendo mucha importancia para combatir las injusticias sociales, y para tratar de alcanzar una sociedad menos desequilibrada.

En síntesis, de lo que aportó Marx ya se fue, por el peso de la experiencia histórica, el conjunto de salidas para cambiar el poder político y la economía; pero, teniendo en cuenta lo ocurrido en el siglo XX, su legado intelectual analítico ya quedó sembrado en el cuerpo de las ciencias sociales.

Saber apreciar esto con equilibrio racional y con espíritu crítico es el mejor antídoto contra el dogmatismo que no reconoce el fracaso de las teorías del cambio de Marx, y contra aquellos que niegan su trascendencia teórica en el análisis social y en la lucha contra la desigualdad.

Lo que se fue y lo que permanece del marxismo fue definido por la experiencia del siglo XX, para bien o para mal.

EL FANATISMO Y LA COMISIÓN DE LA VERDAD

En el año 2020 la Comisión de la Verdad de Colombia (que preside el padre Francisco de Roux) publicó un corto libro intitulado *Fanatismo*, con el apoyo de la Unión Europea.

Esa obra se compone solo de tres trabajos de fondo: *Fanatismo, guerras y paz*, de Rodrigo Uprimny; *El ideal feroz*, de Jorge Giraldo; y *La imaginación, sortilegio contra el fanatismo*, de Melba Escobar.

En uno de los tres capítulos se define al fanatismo de la siguiente manera:

“El fanatismo es una pasión intensa y desbordada a favor de cierta visión, o de cierta causa, o de cierta persona, que no solo ciega el juicio y la capacidad crítica, sino que es, además, excluyente: divide y segrega y, en casos extremos, pero no inusuales, legítima violencias, asesinatos y masacres. Un fanático se define entonces no solo por aquello que idolatra y está dispuesto a defender, sin importar el costo, sino también por lo que odia y desprecia y está dispuesto a combatir, igualmente sin importar el costo”. (Rodrigo Uprimny, 2020, p. 10)

Es evidente que a la Comisión de la Verdad no le interesó, con la publicación de esta obra, hacer un análisis general del problema del fanatismo. En realidad, la fanatización de los individuos, o de los grupos, es un fenómeno histórico de larga data, y más común de lo que cabe pensar en todos los sitios de este planeta.

Mirando de frente a la historia es posible plantear que el fanatismo es una tara social cuya existencia se remonta a los tiempos más lejanos, y cuya piel cambia (como les cambia la piel a ciertos animales), permaneciendo inalterados los aspectos esenciales del comportamiento fanático.

En Colombia, las actitudes fanáticas son muy comunes, y el evento más notable y más cercano a lo que vivimos en la actualidad fue el fanatismo de los sectores liberales y conservadores, que se enfrascaron en una guerra sin límites en los años cincuenta del siglo XX.

Más allá de la historia del fenómeno, lo que realmente le interesa a la Comisión de la Verdad es destacar el fanatismo del presente como otra traba para el desarrollo del proceso de paz. La paz no solo se deriva de silenciar los fusiles, sino que también depende de desarmar los espíritus.

En este caso concreto, el fanatismo se mezcla con el odio y la desesperación que provocan los problemas sociales, con la defensa de ciertos intereses creados, o con las heridas que generó la guerra, las cuales permanecen abiertas y doliendo.

Este es el asunto de fondo relacionado con el proceso de paz en la coyuntura que ahora vive la nación, y mientras no se exteriorice y se supere seguiremos arando en el mar, pues la guerra continuará en el pensamiento y en la acción de los fanatizados.

El fanatismo se deriva de causas sociales y aspectos individuales. Las religiones y las ideologías herméticas parecen ser, a la luz de la historia, las dos variables más generadoras de fanatismo. Esto significa que esa enfermedad social tiene, sobre todo, una raíz histórica, cultural.

Pero para comprender el problema hay que pensar también en las características del ser humano, biológica y psicológicamente determinado. Esto hay que plantearlo así, no para justificar el fanatismo, sino para entenderlo.

La psicología social ha descifrado ciertos comportamientos del grupo que afectan las actitudes individuales. Entre estos está la tendencia a imitar o repetir lo que el grupo hace, una especie de efecto imitación.

Cuando se trata de defender unas ideas, por más erróneas u obsoletas que sean, el grupo, por el efecto imitación, provoca que el individuo influenciado cierre filas en la agresión contra quienes consideran sus enemigos.

Desde luego que esa influencia, que suele universalizar el comportamiento violento, se conecta con una base ideológica, política o religiosa determinante de la actitud del fanático. Es decir, el modo de ser fanático no emerge solo por causa del efecto imitación, sino conectado con las propias entrañas conceptuales de quien padece la enfermedad.

El fanático es violento e irracional y por eso sigue al grupo, que también es violento e irracional. Esa irracionalidad y esa violencia están asociadas a la creencia de que posee la única verdad, y a la convicción de que sus opositores están equivocados.

Normalmente el fanático actúa muy convencido de lo que piensa. Este es uno de los principales motores de su fanatismo y de su violencia. Pero la base de esta convicción no es la sabiduría sino la ignorancia.

Albert Camus escribió que mucho del mal que existe en el mundo proviene de la ignorancia, y que hasta las buenas intenciones o los propósitos más altruistas pueden hacer mucho daño, si no parten del conocimiento.

El saber, la reflexión profunda, la ciencia, parecen estar entre las principales soluciones para disolver el fanatismo. Pero esto no es tan sencillo como aparenta ser. Si por el simple contacto con el conocimiento el fanático se convirtiera en otra persona, ya esa tara social se habría resuelto.

Pero no ha ocurrido así, pues el fanático y el fanatismo mutan, adaptándose a las nuevas condiciones históricas, sin dejar de ser lo que son. ¿Qué está detrás de este comportamiento que cambia su piel, pero no altera su esencia?

Desde luego, en primer lugar, la propia historia de las ideologías y religiones herméticas, que derivan su razón de ser y su permanencia de su hermetismo. La ortodoxia que teme y elimina el cambio permite explicar la inmutabilidad del pensamiento fanático.

Y esa ortodoxia que nutre la inmutabilidad de la creencia tiene dos sólidos soportes orgánicos, provenientes del ser individual: por una parte, la tendencia a defender la ideología como se defiende el propio yo, y la tendencia a no cambiar, a mantener un cuerpo de ideas inamovibles, que dan vueltas en la cabeza completamente divorciadas de la realidad externa.

Esta situación es la que provoca que el fanático viva alienado, separado, del mundo del pensamiento, y tan aislado de los cambios sociales e intelectuales que desarrolla un perfil autista. Un perfil autista que, atiborrado de odio, se convierte en una bomba de tiempo.

Los psicólogos y los neurocientíficos asocian la resistencia al cambio con lo que ellos llaman la disonancia cognitiva, es decir, con el dolor que provocan las nuevas ideas que poseen el poder de lastimar o inquietar al yo del fanático, al herir o cuestionar su sistema de creencias.

Pero mientras otras personas resuelven esa contradicción mediante el cambio de las ideas, el fanático “elimina” la disonancia cognitiva enconchándose en sus creencias, al cerrarse o aislarse de la influencia externa que le provoca dolor psicológico.

Como consecuencia de este efecto interno pierde flexibilidad cognitiva, o sea, manifiesta mucha dificultad para cambiar los conceptos erróneos que defiende como si fueran verdades. Obsérvese que este movimiento esencial descubierto por la ciencia está presente en cualquier clase de fanatizado, ideológico o religioso.

Lo que menos le interesa al fanático es cambiar su sistema de creencias, porque este le brinda seguridad y lo protege de la disonancia cognitiva; además, ese sistema de creencias expresa sus deseos más recónditos, sus esperanzas y aspiraciones, haciendo

parte de su carne y de su sangre y convirtiéndose, por esta vía poco evidente, casi en un instrumento de placer psicológico.

No es sencilla la tarea que tiene entre manos la Comisión de la Verdad con este problema complejo del fanatismo. Es claro que se trata de una de las dificultades a vencer, si aspiramos a alcanzar algún día una paz duradera.

La paz del país pasa también por la comprensión y superación de la tara del fanatismo. Un paso importante en ese camino consiste en describir y analizar las características de la problemática, como se hace en el libro comentado.

Entender el fenómeno quizás contribuya a exorcizarlo. Porque poseídos por el diablo del fanatismo nunca saldremos del infierno que nos consume.

¿POR QUÉ ES TAN RESISTENTE EL FANATISMO?

El fanatismo ha conocido varias expresiones a lo largo de la historia de la humanidad. Pero dos de ellas parecen tener mayor trascendencia: el fanatismo religioso y el ideológico o político. Ambos fenómenos se producen mediante una combinación específica de variables sociales, culturales, y de condiciones específicas del ser.

Hay sociedades y épocas más predispuestas al fanatismo. Eso quiere decir que una cultura dominada por religiones o ideologías sectarias facilita la existencia de las actitudes fanáticas, o la masificación de estas, como ocurrió en el medievo, o como ocurre hoy en las sociedades con influencia del radicalismo musulmán.

Pero el fanatismo también suele viajar por canales más estrechos, es decir, por la vía de las sectas religiosas, o de los grupos o partidos de corte fundamentalista, que construyen una tradición hermética con capacidad para sostenerse en culturas donde no domina el fanatismo, sino la ciencia, por ejemplo.

En cualquier caso, la manera cómo se desarrolla el fanatismo está relacionada con condiciones sociales donde predomina la ignorancia, la frustración o la desesperanza por las dificultades, que predisponen a las personas a abrazar una ideología o una religión para evadirse o aplacar el sufrimiento, mediante la aceptación o elaboración de falsas expectativas, percibidas como soluciones.

Este movimiento, en el cual dialoga el individuo con los postulados sectarios, es un camino directo hacia la evasión de la realidad, es decir, el fanático utiliza sus dogmas para enclaustrarse en su propio mundo y para escapar de los problemas y de la sociedad circundante.

Esa alienación ideológica o religiosa está acompañada de la pérdida de la flexibilidad cognitiva, o lo que es lo mismo, de la capacidad de cambiar sus conceptos por otros, si se demuestra que los suyos son sesgados o incorrectos. Esa inflexibilidad cognitiva está en la base del radicalismo del fanático.

Tal radicalismo, sustentado en una profunda inflexibilidad cognitiva, acrecienta el odio hacia los otros, hacia los diferentes, lo mundano, o hacia todo aquello que no se parece al pensamiento o a las ideas de quien padece de fanatismo. El fanático ideológico o religioso normalmente vive una vida de secta o de gueto, porque es allí donde se encuentra más cómodo, pues está con sus pares.

La personalidad fanática prolifera en sociedades donde el patrón dogmático domina la cultura. Pero también puede existir en el marco de sociedades laicas, abiertas o dominadas por el espíritu científico. Esto se debe a que en cualquier ambiente social también operan los aspectos individuales, que suelen transgredir el entramado dominante.

La estructuración de la personalidad fanática resulta de la interacción entre las variables sociales y las tendencias personales, individuales. No todas las personas son dominadas por el fanatismo, aun en sociedades con propensión a este; y, en un contexto laico, científico y no sectario, suelen surgir las sectas y los fanáticos.

En ambos casos es pertinente tener en cuenta las singularidades, las características individuales. Esto no quiere decir que las personas operen en el aire, por fuera de las condiciones sociales lamentables que provocan frustración o desesperanza, y que podrían nutrir el odio.

Eso lo que quiere decir es que la resistencia al cambio, la inflexibilidad cognitiva, suele variar en las diversas personas, más allá de las tradiciones ideológicas o religiosas en que naveguen. La convicción basada en la ignorancia y en los dogmas varía de un individuo a otro, como lo prueban los hechos.

Esa variación tiene una raíz individual y se relaciona, en primer lugar, con la estructuración de la personalidad. Normalmente cada quien considera sus ideas como propias, y las defiende defendiendo su yo. El problema con el fanático es que es más rudo protegiendo lo suyo, su dogmatismo hermético apoyado en ideas que dan vueltas sobre sí mismas sin tener en cuenta la realidad y sin posibilidad de cambio.

La explicación que han entregado los expertos sobre este asunto no solo tiene en cuenta la inflexibilidad cognitiva (la resistencia irracional al cambio de ideas) sino la disonancia cognitiva. Todos sentimos cierto dolor psicológico cuando se atacan nuestros conceptos más queridos y mejor guardados. Esa es la disonancia cognitiva.

La disonancia cognitiva actúa porque al estructurar la personalidad (consciente e inconscientemente) el individuo configura un yo pensado como él, y compuesto por conceptos, teorías, ideologías, dogmas, sentimientos, etcétera que le dan contenido a lo que él es. Cualquier cosa que rete esa cosmovisión puede ser vista como agente de un ataque y provocar disonancia.

En un contexto no dogmático y dentro de la educación formalizada la disonancia cognitiva se suaviza, y el individuo cambia sin oponer gran resistencia, o, quizás, sin tener mucha conciencia del fenómeno. Pero en la mentalidad fanática el efecto de esa disonancia es más fuerte, la persona no solo es más resistente al cambio, sino que resuelve el dolor psicológico de la disonancia por el camino del menor esfuerzo.

La ruta del menor esfuerzo consiste en permanecer en su zona de confort, protegido por sus creencias inamovibles. El individuo se acoraza en su cosmovisión, y de ese modo evade el dolor de la disonancia cognitiva. Este fenómeno explica la fortaleza del fanático ante el asedio externo, y la convicción de hierro que le acompaña.

Los psiquiatras y los neurocientíficos coinciden en señalar que existe otro evento individual que ayuda a tipificar el comportamiento del fanático. La ideología o la religión provocan en el cerebro de la persona un efecto parecido al de la droga en el drogadicto.

Los dogmas y las creencias despiertan sensaciones y percepciones asociadas al deseo, a la esperanza y al bienestar, estimulando el movimiento interno de los neurotransmisores (sobre todo de la dopamina) que acrecientan la sensación de seguridad, y que potencian la ilusión de ser superiores. O sea, operan como un estímulo para provocar una gratificación que genera placer psicológico.

Este es otro círculo vicioso en que cae preso el fanático, sin tener mucha conciencia del hecho. Se siente mejor en su secta (o en el espumoso veneno dogmático) y deriva placer de pertenecer a ella, por lo cual refuerza su fanatismo, escapando de la realidad mediante la inflexibilidad cognitiva y la disonancia ya mencionada.

No es fácil salir del fanatismo religioso o ideológico, pues las fuerzas que lo sostienen son demasiado resistentes. En ciertos casos, para huir de ese infierno (que el paciente ve como el paraíso), solo basta con un cambio de mentalidad inducido por la educación. En otras situaciones, cualquier esfuerzo está, de antemano, condenado al fracaso, como ocurre con los extremistas religiosos musulmanes.

Una opción que ha probado ser exitosa, sobre todo en el campo del fanatismo religioso y en las sociedades abiertas, consiste en ensayar una ruta médica que combine el acompañamiento psiquiátrico, la psicoterapia y la medicación.

Salvar a un ser humano de la plaga del fanatismo a través de esta alternativa radical es mucho mejor que cruzarse de brazos o dejarlo a la intemperie, a merced de la maledicencia de los demás. En una circunstancia como esta, el humanismo reclama la acción y la comprensión, sin duda alguna.

LA MENTALIDAD MILENARISTA

En Europa y el mundo occidental, la mentalidad milenarista se asocia a grupos radicales religiosos que se imaginaron mil años de amor y felicidad con la segunda venida de Cristo, después de un juicio final del cual solo se salvarían los creyentes en el milenio.

Esta visión, cosechada en el marco del cristianismo medieval, fue declarada herética por las autoridades religiosas, y sometida al aislamiento, aunque pervivió, dentro y fuera de esa iglesia, hasta los tiempos actuales.

La forma de funcionamiento psicológico del milenarista se forja en condiciones históricas en las cuales intervienen un gran malestar social y ciertas ideas simples, pero firmes, a menudo asociadas a la incapacidad de los humanos para resolver las injusticias, y a la fe (o creencia) de que estas solo pueden resolverse mediante la acción divina.

Esta práctica ideológica no solo es común entre los milenaristas occidentales, sino que ha sido rastreada por los historiadores en otros pueblos, siempre bajo la combinación del desespero social con ideas superficiales, que guardan muy poca relación con los enfoques científicos.

La mentalidad milenarista se apoya en la esperanza de que habrá un futuro mejor, bajo la supervisión de un poder que está por encima de la capacidad humana, el cual dirigirá al mundo por el camino del progreso. La convicción (la firmeza de principios) del militante del milenio lo impulsa a ser duro y cruel con quien no profesa su sistema de creencias.

Esa convicción define la parte gruesa de su comportamiento: no solo es muy feroz con sus enemigos, sino que su visión escatológica (relacionada con el más allá) lo dota de una seguridad a toda prueba, y de una moral capaz de mover montañas. El ejemplo de las cruzadas sirve para ilustrar la fuerza personal (y colectiva) que ha actuado en la historia motivada por el milenarismo, o por las convicciones inamovibles.

Ese sistema de creencias granítico es el origen del sectarismo y el fanatismo que siempre acompañan el modo de ser del milenarista, sobre todo en los tiempos idos. Tal manera de vivir, en su forma de fanatismo extremo, está aún presente hoy en las sectas religiosas musulmanas, y en ciertos grupos creyentes (y no creyentes) que funcionan como falanges fanáticas, hacia la derecha o la izquierda del espectro político.

El historiador Norman Cohn, en su libro *En pos del milenio*, hace una radiografía de las condiciones que dan origen al milenarismo, y establece una conexión entre este y algunos militantes de perfil totalitario actuales, como los del estalinismo y del nazismo. Para este autor, el sectarismo y el fanatismo no son solo un problema social sino situaciones relacionadas con la psicología humana.

En la actualidad, las ideas milenaristas tradicionales han quedado reducidas a la insignificancia (al menos en Occidente), pero la base psicológica y social del mesianismo dio pie a la permanencia de comportamientos fanáticos y sectarios de carácter secular, especialmente en sectores que añoran otra sociedad, como si fuera una especie de utopía repleta de miel y felicidad, parecida a la que soñaron los religiosos del pasado, de la mano de Dios.

Ahora se observa en las redes sociales y en otros lugares esa clase de radicales que lo odian todo, que lo muerden todo, y que mantienen la esperanza de una especie de milenio en el futuro, un milenio que no sería dirigido por la divinidad, sino por ellos mismos, apoyados en sus convicciones y principios.

Esas convicciones y principios, por lo general, son una remembranza de lo que pensaron intelectuales destacados del siglo XIX, que forjaron utopías para enfrentar y resolver la desigualdad y las injusticias, aún a costa de seguir derramando sangre. Esas utopías en el presente ya no son lo que eran para los primeros revolucionarios del siglo XX, esperanzados en solucionar los problemas humanos con las propuestas de sus antecesores decimonónicos.

Todas esas utopías pasaron de ser sueños de esperanza, en la mentalidad de quienes combatían los poderes establecidos, a ser realidades sangrientas, asociadas a la represión, a la muerte, a la eliminación de la libertad (a nombre de la libertad), y a la destrucción del dinamismo de la economía, como lo prueba la experiencia histórica del siglo XX.

Pero a pesar de lo que ha ocurrido con la aplicación de ese pensamiento utópico (que hoy se expresa como una especie de milenarismo secular y laico, de talante totalitario), el fracaso no existe en las mentes de sus partidarios, que siguen soñando con el infierno como si este fuera el paraíso.

En la base del milenarismo secular de nuevo tipo están (otra vez) las injusticias sociales, la desigualdad, y un sistema de creencias casi indestructible, que nunca se confronta con la realidad histórica. Esa ideología, apoyada en la fe de una sociedad mejor, tiene como epicentro las teorías elaboradas por los pensadores del siglo XIX, las cuales fracasaron estruendosamente en el experimento de la extinta Unión Soviética y de China.

¿Por qué los nuevos milenaristas se mantienen en la cárcel de sus convicciones erróneas? Por las mismas razones por las cuales los milenaristas clásicos se murieron con las botas puestas: por la existencia de problemas sociales, y por el argumento escatológico de que estos podían resolverse mediante la concreción una sociedad del más allá.

Para los milenaristas contemporáneos aún domina el diablo en el ahora, y la superación del mal no puede lograrse a través de las reformas, de los cambios graduales e inteligentes, sino destruyéndolo todo, matando enemigos o satanizando a quienes no comulguen con su credo hermético.

Como lo expresa Norman Cohn en su libro, el milenio se mantiene, ahora de la mano de los radicales convencidos, que no quieren mirar de frente al pasado, y que desvían sus ojos de este porque la utopía con que soñaban ya no es un sueño de libertad y miel, sino una horrenda pesadilla.

Una pesadilla que entró en la historia, igual que el capitalismo, chorreando sangre por todos sus poros...

EL CAPITAL EN EL SIGLO XXI, DE THOMAS PIKETTY

Este libro, del economista francés Thomas Piketty, fue publicado en español en el año 2014, por el Fondo de Cultura Económica. Es, hasta ahora, la obra que le ha entregado mayor reconocimiento internacional a un pensador económico relativamente desconocido, hasta antes de la aparición de este documento de impacto global.

Varios aspectos resaltan en el cuerpo de este trabajo. Lo primero es el enfoque de historia económica, que lo cruza de principio a fin. Las conclusiones provienen de la revisión sistemática de material histórico, derivado de los países de punta del capitalismo. Lo segundo importante es la utilización de datos fácticos, obtenidos de las estadísticas nacionales o de organizaciones dedicadas a esa tarea. A pesar de los vacíos que existen en los siglos tomados como punto de referencia, algo esencial en el libro es la cantidad de material primario, hecho que le entrega mucha solidez a los asertos.

Las fuentes se insertan en un anexo electrónico a disposición del público, acompañadas de muchos gráficos y otro material de explicación y soporte. Ese esfuerzo por utilizar muchas fuentes primarias eleva el libro muy por encima de la simple especulación y de la buena fe, las cuales, muchas veces, orientan los deseos de cambio.

Si uno compara las grandes obras de los economistas anteriores con *El capital...* de Piketty, tiene que concluir que ninguna se nivela con esta, en cuanto a la utilización de fuentes primarias, seriadas o individuales. El abundante manejo de indicios no es solo el resultado del esfuerzo individual de ese autor, sino del de los equipos que lo apoyaron, dentro y fuera de Francia.

Otro aspecto notable del libro tiene que ver con el hecho de que Piketty no se contenta con el análisis en bloque de las clases o grupos, en cuanto a ingreso y propiedad, sino que los fracciona en deciles o percentiles (entre otros recursos estadísticos), lo cual permite hacer un análisis y una descripción más realista de lo que ocurre en la economía y la sociedad.

En todos los países capitalistas avanzados es posible encontrar una élite variopinta con ingresos y propiedades exageradamente altos, así como sectores con riquezas menos estrambóticas, grupos medios con poca propiedad e ingresos regulares, y núcleos con ingresos bajos y muy poca propiedad, entre otras variantes.

Estas diferencias graduales son las que llena de contenido el libro, sobre la base de una metodología diferente a la tradicional, y con abundantísimo material fáctico. El método comúnmente utilizado hoy para medir la desigualdad se centra en el ingreso per cápita y en el índice Gini.

Recuérdese que el ingreso per cápita deduce el ingreso individual dividiendo el producto interno bruto de un país por el número de sus habitantes. Esta división le entrega al analista un dato que no recoge las variaciones existentes en la realidad, pues solo establece una medida general que excluye los niveles reales de desigualdad (ingresos muy altos, altos, medios, etcétera).

El mismo problema metodológico se presenta con el índice de Gini. Este es útil para medir la desigualdad en los países, pero tampoco permite detallar las gradaciones en la desigualdad. El índice o coeficiente de Gini supone una igualdad perfecta (todos tienen el mismo ingreso, lo cual equivale a 0) o una desigualdad perfecta (alguien concentra todo el ingreso y los demás ninguno, lo que equivale a 1 o 100).

Piketty plantea un modo de comprender la desigualdad que está más allá de los conceptos de ingreso per cápita y del índice o coeficiente de Gini. Por eso introduce el análisis estadístico de la desigualdad, basado en subdividir las clases o grupos en deciles o percentiles, de acuerdo con su riqueza y con su ingreso.

Estas son las líneas gruesas de una obra que intenta explicar los porqués de la desigualdad y sus probables soluciones. Su intención principal no es defender las exageraciones de la economía de mercado (expresadas en las terribles desigualdades e injusticias), sino proponer una crítica fundamentada contra la ideología neoliberal.

Se sabe que a partir de las décadas de 1980-1990 se impuso en todo el planeta la revisión del papel del Estado, en parte por la crisis de los modelos keynesianos, en parte por la caída del bloque soviético. A raíz de esas crisis, renacieron las viejas ideas liberales en economía, aquellas según las cuales el mercado, por sí solo, podía resolver todos los problemas, incluidos los sociales.

El paso del tiempo ha servido para demostrar que, después de la crisis del socialismo real y del Estado de Bienestar, se ha recrudecido la concentración de la riqueza en pocas manos de manera exagerada, y no han desaparecido los problemas sociales, sino que se han ahondado, debido al reparto inconveniente de la riqueza.

El neoliberalismo mostró su rostro de simple ideología, favorecedora de los intereses de las grandes corporaciones multinacionales, de los capitalistas más poderosos y de los altos ejecutivos y políticos, quienes utilizaron al Estado para acrecentar sus beneficios, a nombre de una supuesta libertad económica.

La bendecida libertad económica y la meritocracia que la adornaba no pasaron de ser una simple careta ideológica, pues en la cúspide del modelo neoliberal estaban los grupos poderosos que lo acomodaban todo para suprimir esa supuesta libertad, con miras a incrementar sus ganancias y su poder.

Los problemas sociales no desaparecieron, por el efecto de la aplicación del modelo, sino que se incrementaron: las privatizaciones en masa de empresas eficientes y de las devastadas por la corrupción, ayudaron a ampliar las brechas sociales, al desmontar muchos beneficios de los trabajadores con el propósito de mejorar la rentabilidad.

La falta de controles en las actividades que comprometen el medio ambiente y la salud de los habitantes, también contribuyó a deteriorar la calidad de vida de las mayorías, al poner por encima de los intereses generales de la sociedad, los intereses particulares de los grandes capitalistas inescrupulosos.

La desigualdad también ha crecido en todo el planeta de la mano de reformas neoliberales que buscan reducir el aporte tributario de los más ricos, acudiendo al sofisma de que esto mejorará la inversión y, por lo tanto, la inclusión social por la vía de más empleos.

El malestar que se observa hoy en la juventud, en los inmigrantes y en otros sectores sociales son una consecuencia de esa crisis del modelo neoliberal, plagado de desigualdad y de injusticias, las cuales se justifican acudiendo al sanbenito del supuesto mérito y a las bondades de la completa desregulación.

Piketty critica la manera como se han profundizado la desigualdad y las injusticias, y cómo la riqueza se concentró en los deciles y percentiles superiores de la sociedad, en tanto que en los estratos medios y bajos cunde el ahogamiento, o la pobreza y la miseria, a pesar del crecimiento económico.

Pero no critica dándose golpes de pecho, o emitiendo censuras derivadas del instinto o de la simple capacidad especulativa, sino documentando muy bien sus asertos, con pruebas que sirven para comprender por qué el mundo se desbarrancó hacia la ideología neoliberal, después de las tres décadas que sucedieron a la II Guerra Mundial.

A pesar de la crítica que hace al neoliberalismo, Piketty no propone soluciones extremas, como las que planteó Marx en el siglo XIX (con la violencia, la dictadura y el control estatal completo de la economía), sino reformas de fondo relacionadas, básicamente, con la distribución de la riqueza, el manejo de las herencias y del ingreso.

Esas reformas buscan combatir la desigualdad y las injusticias sin matar la economía de mercado y el dinamismo económico. Tales cambios de fondo tendrían que ser globales para ser efectivos, y deberían contar con las fuerzas progresistas de todo el planeta que desean un sistema que distribuya mejor los excedentes económicos, atacando a muerte la desigualdad y los problemas sociales.

Es decir, a diferencia del neoliberalismo, Piketty reconoce el papel del Estado como instrumento de cambio y como vehículo para mejorar las condiciones de vida de las mayorías, así como para regular la relación entre la actividad económica y el medio ambiente. En este punto concreto está más cerca de Marx y Keynes que de Hayek y de Friedman, quienes veían (estos últimos) en el mercado la panacea para todo.

Para distribuir mejor la riqueza, el autor propone un impuesto progresivo sobre las posesiones, el ingreso y las herencias. La imposición más alta recaería sobre las grandes herencias, que a veces pasan a las manos de descendientes parásitos que las dilapidan.

El esquema impositivo, en cuanto a los ingresos y los capitales, debería ser internacional, para evitar la fuga de los fondos monetarios hacia los paraísos fiscales. La forma más justa de establecerlo consiste en hacer que paguen más los deciles y percentiles más ricos de la estructura social, e ir bajando gradualmente hasta llegar a los estratos de menos ingreso y propiedad.

Algunos países que han logrado bajar la desigualdad y construir sociedades más equilibradas (como los del norte de Europa) ya están aplicando esta estrategia, aunque no de la forma tan radical como la sugiere Piketty. China ha avanzado bastante en la lucha contra la pobreza y la miseria extremas, aprovechando las ventajas de la economía de mercado, pero bajo un modelo de Estado autoritario con capitalismo y sin burguesía, que genera mucha desigualdad.

El libro comentado deriva su éxito, en parte, de la crisis tremenda en que se debate el enfoque neoliberal. La sociedad actual, dominada por los corruptos y con un Estado que sirve a los intereses de los grandes capitalistas, está poniendo en grave peligro a la civilización y a la naturaleza.

A pesar de este hecho, Piketty no cede ante la tentación totalitaria (procedente de Marx o del fascismo) de reventarlo todo para rehacer el conjunto. Y no cede a esa tentación porque sabe que la aplicación

de las teorías totalitarias de izquierda o derecha en el siglo XX condujo a lamentables fracasos, a raíz de que se cercenó la libertad a nombre de la libertad (y el humanismo), y se destruyó la dinámica de las fuerzas productivas por la acción de un Estado Leviatán, que golpeó seriamente la generación de riqueza.

El autor se inclina por la reforma, basado en la experiencia histórica del capitalismo y del socialismo real. Sin embargo, esta ruta es tan dura y complicada como la que planteó Marx para derrumbar el capitalismo decimonónico, pues implica casi una revolución social para desplazar del poder, en cada país, a los corruptos e inescrupulosos.

Con todo, las propuestas de Piketty abren otra ruta para pensar la contemporaneidad, pero sin olvidar la experiencia histórica, que enseña qué funciona y qué ha fracasado. Su libro hace parte de esa literatura económica crítica que quiere cambiar el estado de cosas neoliberal, pero sin hacerle concesiones al totalitarismo de izquierda o derecha.

CAPITAL E IDEOLOGÍA, DE THOMAS PIKETTY: UN LIBRO DE ALCANCE MUNDIAL

Thomas Piketty es uno de los más conocidos economistas franceses de todos los tiempos, y esa fama se debe, en gran medida, a una obra que le dio la vuelta al mundo, traducida a varios idiomas: *El capital* en el siglo XXI. En este extenso trabajo, el autor se dedicó a estudiar la desigualdad en los países avanzados.

Ahora publica otro libro de impacto global, *Capital e ideología*, en el cual amplifica su universo analítico, pues, al lado del estudio de las economías modernas centrales clásicas, menciona y analiza otros países o continentes, diferentes a Europa y a los Estados Unidos.

Este importante libro puede ser pensado como un aporte a la historia económica del planeta, pero mostrando, muy explícitamente, las interconexiones entre la ideología, la política y la educación, con los procesos económicos. A lo largo de más de dos mil doscientas páginas (entre texto y notas), Piketty escudriña la relación entre la economía y los intereses nacionales, de clase, políticos o ideológicos, que han dado cuerpo a la desigualdad.

Como en su anterior obra de impacto, *Capital e ideología* se sostiene sobre una vastísima base probatoria, lo cual le confiere a sus asertos y conclusiones una profunda fortaleza, la cual no se deriva de la capacidad especulativa del autor sino del acervo de fuentes que emplea.

El eje de esas fuentes son las estadísticas realizadas por los países, por las organizaciones independientes, por los equipos especializados de este y del otro lado del Atlántico. El manejo de fuentes seriadas, estadísticas y de otro tipo coloca el esfuerzo de Piketty por encima del de otros grandes economistas de la historia, como Smith, Ricardo o Marx.

Es obvio que un trabajo de esta magnitud solo podía realizarse acudiendo a la colaboración de diversos equipos, tanto de Francia como de otras partes del planeta. Lo que pretendía el autor era

entender y explicar los fundamentos de la desigualdad económica, en la línea de otros grandes economistas mundiales, como Joseph Stiglitz o Paul Krugman.

Pero la idea en este segundo libro de alto vuelo consiste en mostrar los aspectos ideológicos y políticos que nutren, impulsan y mantienen la aberrante desigualdad económica que cruza a todo el planeta. Es decir, en *Capital e ideología* se expande el universo temático, acompañado de la ampliación del espacio abarcado.

Por las páginas de esta obra circulan las ideas del liberalismo económico, que estimularon el desarrollo de las fuerzas productivas, pero también el incremento de la desigualdad, de la concentración aberrante de la riqueza y del ingreso, y del aumento de la exclusión y de la pobreza de las mayorías.

Ese liberalismo económico (que ahora denominados neoliberalismo o capitalismo salvaje) acompañó el capitalismo decimonónico, y lo que Piketty define como colonialismo, también llamado imperialismo por Hilferding y Lenin. Tal concepción dirigió los intereses económicos de las élites europeas y norteamericanas, y fue puesta en entredicho por la crisis de los años treinta y por la Segunda Guerra Mundial.

Tanto en sus etapas anteriores como después de los años ochenta, el neoliberalismo se expresó como una ideología elitista que partía del supuesto de que los automatismos del mercado, mediante la ley de la oferta y la demanda y la competencia, permitirían superar los problemas intrínsecos del sistema, incluidos los que tocaban a los núcleos medios y bajos de la población.

Piketty demuestra, con pruebas al canto, que esta visión es solo una ideología puesta al servicio de los intereses creados de los grupos reducidos que controlan la economía y el poder político; una concepción incapaz de evitar o eliminar las crisis periódicas, el arrasamiento de la naturaleza o los problemas sociales.

A pesar de esta documentada crítica a las “sociedades desiguales” y al capitalismo, el autor no se desliza hacia la tentación totalitaria,

en la versión de ultraderecha (el fascismo) o de ultraizquierda (el estalinismo). Por el contrario, sostiene que el soviétismo y el fascismo fueron auténticos desastres, desde el punto de vista económico y político.

Piketty se inclina por una vía que podríamos llamar reformista y democrática, bastante cercana a la tradición histórica del Estado de Bienestar y del keynesianismo. Pero, al analizar las limitaciones de este proyecto de Estado social y fiscal, construye sus propuestas yendo mucho más lejos de esa alternativa política.

La crítica de la desigualdad económica, de la concentración de la riqueza y de los ingresos está bastante cerca de la tradición social que ayudó a sistematizar Marx, sobre todo en lo referido a los fundamentos socioeconómicos de aquella, y en cuanto a los efectos sociales perversos que provoca.

El autor plantea una especie de “socialismo colaborativo”, sustentado en nuevos arreglos políticos y en dos reformas profundas: una que reoriente la riqueza de los privados hacia el esfuerzo social (por la vía estatal), mediante un impuesto progresivo, y otro que regule los ingresos de los agentes particulares, también mediante el mecanismo del impuesto progresivo, para destinar más fondos a cubrir las necesidades sociales de educación, salud, calidad del medio ambiente, etcétera.

Hay muchas más propuestas reformistas en este libro (como la de la entrega de poder directivo a los trabajadores en las empresas privadas, fenómeno que ya se presenta en Alemania y en los países escandinavos), pero la idea es que ustedes se acerquen a él, quizás buscando lo mismo que yo buscaba: respuestas a los problemas actuales de la sociedad.

Para mí ninguna opción totalitaria resulta viable, pues todas han sido un completo fracaso a lo largo de la historia del siglo XX. El fascismo alimentó la esperanza de los jóvenes, pero reveló su rostro monstruoso en la práctica política. El socialismo también ha tenido su lado monstruoso, y su faceta totalitaria, mediante las cuales masacró

la libertad y puso a la economía en jaque, como fue evidente por la experiencia de la Unión Soviética.

Elaborar nuevas alternativas, que enfrenten tanto al capitalismo salvaje como al totalitarismo es una de las más importantes tareas del momento. Una tarea que tenga como norte, no los intereses creados de las minorías históricamente privilegiadas, sino los de las mayorías irredentas.

En este espectro se inscriben los libros de Piketty y de otros grandes economistas y pensadores internacionales. Y esta es, a mi modo de ver, la línea política, teórica e ideológica más conveniente para enfrentar los retos a que nos ha lanzado el capitalismo salvaje y la crisis del totalitarismo socialista.

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

El Muro de Berlín empezó a construirse, por la República Democrática Alemana, el 13 de agosto de 1961. Este fue concebido como una especie de muralla que rodearía a la antigua capital, transformada en una isla cercada por completo en la parte de los aliados.

El muro fue una consecuencia de la II Guerra Mundial y de la Guerra Fría. Como consecuencia de la victoria de los aliados (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética), la gran perdedora, la nación de Hitler, fue dividida en dos partes: la occidental, que se repartieron los aliados, y la oriental, que quedó bajo control de la URSS.

Resulta que Berlín estaba en la zona oriental del país, pero no pudo ser tomada completamente por los soviéticos, ya que los aliados dominaban una porción de la ciudad, en tanto que la otra quedó en manos socialistas. Esa situación creó una especie de isla, donde confrontaban los grandes poderes triunfantes, pero dentro de un territorio más amplio dominado por los rusos y sus aliados alemanes.

La situación tirante entre los poderes implicados produjo, ya en el marco de la Guerra Fría, una puja que puso en entredicho la hegemonía socialista, al ser bombardeada Alemania Oriental con la propaganda de los países occidentales, lo cual se reforzaba con las diferencias en la calidad de vida existentes entre las dos mitades de Berlín. Un hecho importante que empujó a las autoridades a la construcción del muro fue la continua emigración de los alemanes orientales hacia Berlín occidental, buscando quedarse allí, o para trasladarse después hacia otros sitios de la Alemania Federal.

El motivo principal para huir del régimen socialista tenía que ver, sobre todo, con mejorar la calidad de vida y con la idea de encontrar nuevas oportunidades laborales. Otra razón era política: las personas que huían no soportaban el régimen policíaco que se había establecido en Alemania Oriental.

La terapia de choque de Walter Ulbricht (jefe del gobierno alemán oriental) y de Nikita Jruschov (líder de la Unión Soviética) consistió en separar la isla occidental, enclavada en pleno corazón de Alemania Oriental, con un muro que empezó a construirse aquel 13 de agosto, y que fue desarrollándose con el paso del tiempo.

La muralla se inició como una alambrada, y después tomó la forma de un pesado muro de concreto. La barrera de hormigón se extendió por unos 12 kilómetros, con una altura promedio de 4 metros. El esquema se completaba con 10.000 km de alambre de púas, 127 km de vallas de alarma, 302 torretas de vigilancia y 105 km de barreras para vehículos, sin mencionar la vigilancia humana y de los perros.

Ese fue un muro que era presentado como una cárcel por la propaganda occidental, y como una coraza contra el fascismo, por parte del gobierno oriental pro-soviético. Lo cierto es que antes de la construcción del sistema, más de dos millones y medio de personas habían saltado hacia Alemania Occidental a través de la isla no comunista de Berlín.

De hecho, el famoso muro no se construyó para defender el socialismo del supuesto fascismo occidental, sino para evitar el penoso desangre demográfico que padecía Alemania Oriental, como lo demuestran los hechos históricos y las conversaciones entre los líderes soviéticos y alemanes, puestas al servicio de los historiadores y del público después de la caída de la Unión Soviética.

El Muro de Berlín fue otro proyecto represivo cuya finalidad agravó la crisis del modelo socialista pensado en el siglo XIX y aplicado, en la práctica, a partir de 1917, con la Revolución Rusa. Ese modelo le vendió al mundo un rostro policiaco e inhumano, que luego se agravó con el descubrimiento de los gulags soviéticos y con los crímenes cometidos, a nombre del socialismo, por dictaduras feroces, como la de Camboya. Aquel 9 de noviembre de 1989 (fecha en la cual se inició el derrumbe del muro) empezó la debacle de un sistema que reprimía y mataba a nombre del humanismo, y que mentía y ocultaba la realidad por conveniencias ideológicas y políticas.

Un sistema represivo y cínico, que le temía tanto a la verdad como a la libertad, fue el que comenzó a hacer agua después de aquel 9 de noviembre, en Alemania Oriental y en otras partes del planeta, sobre todo en la Unión Soviética. Después de los acontecimientos que se desencadenaron ese 9 de noviembre, ya quedó de para arriba justificar el todo vale socialista, según el cual no importa hacer lo que sea con tal de garantizar el triunfo del comunismo.

La caída del Muro de Berlín, que inició el desastre del llamado socialismo real, fue más el resultado de las contradicciones internas del sistema que de la propaganda o de la presión capitalista. Ese desastre puso en entredicho las ideas de Marx para reorganizar la sociedad, y desnudó los medios turbios empleados por sus discípulos para “construir el socialismo”.

Esa crisis fue el principio de un proceso que puso de relieve la tragedia y el rostro violento y macabro de un modelo incapacitado para enfrentar sus conflictos económicos y políticos sin acudir al uso de la fuerza bruta y del cinismo más descarado. Por esta razón, el paradigma de la construcción de una sociedad distinta a la capitalista, siguiendo esa ruta, también se desplomó con la caída del Muro de Berlín.

No es que el capitalismo sea un paraíso, sino que lo construido por el estalinismo resultó ser menos viable y mucho más traumático que las economías de mercado avanzadas, al menos desde el punto de vista económico y político. Es muy difícil transformar la sociedad matando las motivaciones económicas y suprimiendo la libertad; esa es la principal lección histórica a extraer de esos hechos.

No es que la economía de mercado carezca de problemas y sea el fin de la historia, sino que los fundamentos teóricos del socialismo se revelaron allí como un contrasentido práctico, al limitar el desarrollo de las fuerzas productivas y la generación de riqueza, y al suprimir el pluralismo y las libertades individuales.

La caída del Muro de Berlín desnudó las falencias de una utopía que fue vendida por sus epígonos como la terminación de la injusticia, de la desigualdad y de la mentira. Ella misma se convirtió en el nicho de nuevas desigualdades, injusticias y de otras mentiras.

No es posible creer que con la muerte del socialismo dictatorial haya muerto también la necesidad de luchar por otra cultura y por otra sociedad. Las recientes crisis de la democracia y de la economía de mercado sirven para demostrar que la lucha por algo distinto no se detiene y sigue siendo necesaria.

Pero ese algo distinto no puede ser una fotocopia de la utopía sangrienta que ya se esfumó con la caída del Muro de Berlín y del socialismo real. Otra sociedad es posible si aprendemos de la experiencia histórica y si no repetimos, por ignorancia o fanatismo, los viejos errores de las generaciones que nos antecedieron.

Y solo es posible trabajar por una vida mejor en la tierra, enfrentando sistemáticamente los problemas sociales, si permitimos que siga desarrollándose la democracia, y si creamos mejores condiciones para la evolución menos traumática de la producción de riqueza, y para el desarrollo de las fuerzas productivas.

Matar la economía y la libertad, con una dictadura policiva y sangrienta, ya no es la mejor opción. Esa utopía salvaje e inviable fue la que empezó a morir con la caída del Muro de Berlín. Paz en su tumba.

¿POR QUÉ FRACASÓ EL MARXISMO REVOLUCIONARIO?

“Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo como esas leyes se realizan, el progreso según el cual llegamos a descubrirlas; pero, ¡por Dios!, después de haber demolido todos los dogmatismos a priori, no soñemos, a nuestra vez, con adoctrinar al pueblo: no caigamos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, quien, después de haber derribado la teología católica, se puso enseguida, con el esfuerzo de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante (...). Aplaudo con todo mi corazón de someter un día a examen todas las opiniones; sostengamos una buena y leal polémica; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora; pero, porque estamos a la cabeza del movimiento, no nos convirtamos en los jefes de una nueva intolerancia, no nos situemos como apóstoles de una nueva religión, aunque esta sea la religión de la lógica, la religión de la razón”.

Carta de P. J. Proudhon a Karl Marx, 17 de mayo de 1846.

He iniciado esta columna con una cita del anarquista francés Pierre J. Proudhon porque me parece que su premonición sobre lo que podría ocurrir con las teorías de Marx se cumplió casi al pie de la letra: Carlos Marx no solo fue el creador de la teoría más sistemática para hacer la revolución social, sino, también, el apóstol de una nueva religión laica, sobre todo durante el siglo XX: la religión del marxismo.

Así la viven todavía millones de militantes, a pesar del fracaso de esas ideas en casi todo el planeta. Porque lo que ocurrió en la Unión Soviética, en la llamada cortina de hierro, y en otros lugares, no puede considerarse sino como un rotundo desastre.

Lo mismo cabe decir de China, que abandonó el estatismo socialista y la planificación rígida para desarrollar una economía de mercado muy dinámica, apoyada en el capital foráneo, la cual ha colocado a ese país en el segundo lugar de las potencias económicas mundiales,

después de los Estados Unidos. El abandono del socialismo de Marx en China y Vietnam puede ser considerado como otro estruendoso fracaso histórico.

Sin embargo, a los ojos de muchos partidarios del marxismo, esto no significa nada y por eso aún mantienen la tesis de que las teorizaciones de Marx no han perdido vigencia. Obviamente, se trata de los postulados sobre la revolución, vale decir: la vanguardia comunista (el partido), la violencia como partera de la historia, la dictadura socialista, la economía estatizada y planificada, etcétera.

¿Por qué estas personas en Colombia y otros países proceden así, a pesar de la evidencia mundial existente sobre el desastre que representó la aplicación de los planteamientos revolucionarios de Marx para cambiar la sociedad? Porque se cumplió la premonición de Proudhon: la fuerza del pensamiento del pionero y las dificultades de la sociedad clasista estimularon la formación de un ejército de creyentes, que perdió la capacidad crítica ante los argumentos del maestro.

Esta es la principal causa por la cual la mayoría de los marxistas no se han detenido a analizar a fondo las implicaciones teóricas de la tragedia soviética y del cambio de rumbo chino, entre otros golpes de la realidad.

Esos militantes siguen planteando la necesidad de la revolución socialista, sin darse cuenta de que esa revolución fracasó en toda la línea en este planeta y que, por lo tanto, ya no representa ninguna salida viable para superar los problemas de la humanidad.

Antes de responder la pregunta del título es necesario precisar lo siguiente: aquí llamo marxismo revolucionario a la parte de la teoría de Marx destinada a cambiar el mundo, es decir, a hacer la revolución socialista, la cual fue aplicada en el siglo anterior por sus discípulos. Esta afirmación no tiene nada que ver con los debates de principios del siglo XX entre los revolucionarios (reformismo o revolución), ni con la visión de Trotsky de la revolución permanente.

A decir verdad, el ideario de Marx se compone de los esquemas destinados a transformar la sociedad, y del conjunto de modelos, conceptos e interpretaciones que se integran, como legado intelectual, a las ciencias sociales, sobre todo a la historia, la sociología y la economía.

El título ¿Por qué fracasó el marxismo revolucionario? se refiere, básicamente, al desastre de las teorías políticas y económicas de Marx en el laboratorio de la historia. No se refiere a su aporte indudable a las ciencias humanas, que yo sigo considerando, en términos generales, importante.

¿Qué es lo que no funcionó, en la experiencia mundial, con el marxismo revolucionario? Esencialmente, la forma de organizar la vida política y la economía, dos pilares de las sociedades contemporáneas. Cabe recordar lo planteado por Marx en estos dos ámbitos.

En el Manifiesto del Partido Comunista, y en otros trabajos, Marx plantea la necesidad de despojar, por la fuerza, del poder a la burguesía; para adelantar esa tarea sostiene la necesidad de crear un partido de vanguardia, capaz de liderar a la clase obrera, la única clase que solo tiene que perder sus cadenas y, por lo tanto, destinada a apoyar y a llevar adelante la revolución.

Una vez tomado el poder estatal, los pasos siguientes irían encaminados a destruir la propiedad privada capitalista y de otro tipo, a instaurar una dictadura del proletariado, a estatizar y planificar la producción y la distribución de bienes y servicios, y a controlarlo todo: la ideología, la cultura, la educación, todo.

El modelo de control total de la sociedad ha sido caracterizado como totalitarismo socialista, para diferenciarlo del totalitarismo fascista (los dos sistemas tienen muchas similitudes, aunque también varias diferencias). Hasta ahora, el trabajo más comprensivo, donde se comparan estos dos totalitarismos (y se rastrean sus orígenes filosóficos, políticos y sociológicos), sigue siendo el de Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*.

Pues bien, en la Revolución Rusa se aplicaron las alternativas revolucionarias de Marx para transformar la sociedad. El sistema político giró en torno a un partido único, a una ideología única y, con el paso del tiempo, adquirió unos contornos policivos, que lo volvieron extremadamente represivo.

Bajo el gobierno de Stalin, este sistema no solo fue una dictadura totalitaria socialista, sino también una dictadura personal muy sanguinaria, que contribuyó a desacreditar aún más la idea del socialismo, con los gulags, los asesinatos en masa, y la represión y muerte de los grandes líderes de la revolución que habían acompañado a Lenin.

El régimen político que se instauró fue muy cerrado, y contribuyó a matar la libertad a nombre de la libertad de clase o de partido, y a asesinar el humanismo al perder el sentido humanitario, y al desbarrancarse en el odio, el cinismo y la justificación de las peores atrocidades, por motivos ideológicos. En aras de la revolución está permitido lo que sea, parecía ser la premisa de este *modus operandi*.

Un sistema político cerrado, dictatorial, de ideología y partido únicos, policivo y brutal no podía tener mucho futuro, pero lo tuvo. Recuerden que la Unión Soviética empezó en 1917 y cayó a principios de los años noventa, aunque el inicio de la tragedia había arrancado con la caída del Muro de Berlín, en 1989.

Un régimen que mata la política y la libertad a nombre de la política y la libertad, y que masacra el humanismo a nombre del humanismo, no podía ser nada bueno, y por eso se derrumbó como un castillo de naipes. El cinismo más desembozado fue su sello de fábrica, pues vendía lo contrario de lo que realmente estaba haciendo.

Pero la razón principal de su catástrofe no estuvo aquí, sino en la organización de la economía. El modelo estatista de Marx conllevó a la estatización de los medios de producción, y al control central, mediante la planificación socialista, de la producción y distribución de los bienes y servicios.

Este modelo contribuyó a extirpar de raíz la propiedad privada capitalista y de otro tipo, y a eliminar los pulmones de la economía burguesa, los mercados. Las empresas, y las demás actividades económicas, fueron controladas por el Estado, vale decir, por el partido y la burocracia.

En el marco de la economía capitalista uno sabe que el cambio tecnológico, el desarrollo de las fuerzas productivas, el mejoramiento de la calidad y cantidad de los bienes y servicios dependen del deseo de ganancia, de la ambición.

Como lo analizó Adam Smith, detrás del gran dinamismo del sistema burgués está el hecho de que los capitalistas, en la búsqueda de su propio beneficio, pueden transformar la calidad de lo que venden y, por esta ruta, contribuir al mejoramiento del confort y de la calidad de vida de los demás.

Esa idea de la economía clásica inglesa fue duramente criticada por Marx. ¿Con qué, a cambio, reemplazó este pensador las motivaciones externas, derivadas de la ganancia, el salario o de otros incentivos económicos, para mover la economía? De lo teorizado por él, y de lo aplicado por los soviéticos, se infiere que las motivaciones de la economía capitalista fueron reemplazadas por la dirección partidista y estatal, es decir, por la política y la ideología.

O sea, para poner a marchar la economía planificada, los revolucionarios introdujeron, bajo la influencia de Marx, variables y motivaciones no económicas. Este enfoque voluntarista, ideológico, también estaría condenado al fracaso, tanto como el sistema político, pero con consecuencias más devastadoras.

Lo que explica el gran dinamismo del sistema capitalista es la articulación entre los intereses particulares, los mercados y la ambición de ganar. Más allá de los inventos y descubrimientos, esas grandes motivaciones internas y externas de tipo económico son las que ayudan a sostener y transformar todo el andamiaje.

Al barrer con la propiedad privada, con los mercados, con las ganancias, etcétera, se tumbó el dinamismo económico capitalista en ciernes, el cual operaba sin la pistola puesta en la nuca, y se reemplazó por un régimen de partido (y burocrático) voluntarista, que empezó a mover la economía a punta de pistola.

Ese modelo puede funcionar para ciertos casos o situaciones, pero no para la totalidad de la economía, es decir, para la producción y la distribución en general. Con el tiempo, esa organización dominante empujó todo el conjunto hacia la ineficiencia, la modorra y el desencanto. Sin motivaciones económicas no hubo estímulos decisivos para innovar o para emprender, en el plano de las fuerzas productivas y de la generación de bienes y servicios.

La calidad de vida, a pesar de los viajes a la luna y de la gran industria militar, se fue haciendo cada vez más intolerable. Esa consecuencia estaba ligada a la escasa calidad de los bienes producidos, y a la paquidermia burocrática que conspiraba contra la generación de nuevos servicios, al ponerle trabas ideológicas y políticas al emprendimiento individual, que titilaba por debajo o por fuera del sistema.

Si hay algo que influye decisivamente en el mejoramiento de la calidad de vida de las mayorías es la producción adecuada de bienes y servicios. Y eso falló en todos los países socialistas, por las razones expuestas. Además, a la ineficiencia en la generación de esos bienes y servicios (lo que trae consigo escasez) se le une el elefante lento del reparto, de la distribución.

Los países socialistas, en general, han sufrido mucho con la producción de bienes de consumo y servicios, y a ese defecto se le agrega la distribución estatal centralizada. La distribución estatal, con racionamiento, cartillas, escasez, mala calidad y larguísimas colas para la gente común, se convirtió en un terrible dolor de cabeza para las autoridades, y en causa de protestas de la población, como está ocurriendo hoy en Cuba.

Ese hecho de fondo, o sea, la existencia de un modelo económico estatizado, paquidérmico e ineficiente (en cuanto a la producción de bienes de consumo y servicios, y coronado por un esquema de distribución que miserabiliza a la gente) es la principal causa para explicar el fracaso del socialismo en la Unión Soviética.

Antes de la caída de ese país y sus satélites, los chinos se habían adelantado a hacer unas reformas económicas fundamentales que, a la postre, evitarían el colapso de toda la organización social. En los años setenta del siglo XX, una fracción del Partido Comunista había dado ese gran paso, contrariando los deseos del líder histórico, Mao Zedong.

Deng Xiaoping justificó el cambio de rumbo económico con una metáfora lapidaria: “No interesa que el ratón sea blanco o negro, lo que importa es que cace ratones”. Esta frase graficaba la situación gravísima de China: más de mil millones de almas sumidas en la miseria y la pobreza, y un sistema socialista que no servía para enfrentar ese gran problema.

Como en la Unión Soviética, el cuello de botella económico estaba en la ineficiencia para producir suficiente cantidad de bienes de consumo y servicios, los cuales son los que más impactan en la calidad de vida de las mayorías. Para completar, el esquema de distribución central “planificado” era un completo caos, por la escasez, las colas inmensas y el desabastecimiento.

Deng Xiaoping vio muy claro que, en esas circunstancias, mantener el modelo por respeto a Marx y a Mao, o por puro dogmatismo, no era lo más conveniente para el sufrido pueblo chino. Lo que sucedió después fue una profunda reforma, que arrasó con el obsoleto formato económico copiado de Marx.

Con sus pros y sus contras, la economía de mercado de China, que reemplazó al socialismo económico de Marx, colocó a este país en el segundo lugar de las economías más potentes del planeta, y sacó de la miseria y la pobreza a más de 400 millones de personas (hasta ahora), algo impensable bajo la paquidermia y la ineficiencia socialistas.

Quizás Gorbachov y los reformistas soviéticos se equivocaron al abrir muy rápido los espacios políticos, lo cual desató una marea provocada por las contradicciones económicas, políticas y sociales de los países de la unión. La consecuencia de ese descontento contra una organización social opresiva e ineficiente fue el que todos conocimos. Pero la causa principal del derrumbe no fue el reformismo de Gorbachov, como arguyen algunos dogmáticos, sino las contradicciones irresueltas del sistema soviético.

Tal vez, planteando una hipótesis contrafactual, si la dirigencia soviética hubiera maniobrado como la china, el proceso de cambio no habría sido tan brutal y catastrófico y, quizás, se hubieran podido respetar y proteger muchos de los derechos sociales perdidos bajo esa hecatombe.

Lo que surgió de la disolución de la Unión Soviética fue el triunfo de sectores oportunistas y hasta mafiosos, sin ningún interés por los problemas de los sectores populares. En cierto modo, allí triunfó, como reemplazo, una especie de capitalismo salvaje, de la mano de miembros de la antigua burocracia enriquecidos, y de nuevos ricos que supieron aprovechar la debacle reinante.

Por el contrario, los chinos, con mucha calma, introdujeron un sistema nuevo, que nunca había existido en la historia: una economía de mercado muy dinámica bajo la dirección de un partido legado por la revolución de 1949, el cual todavía se autoproclama comunista, a pesar de todo lo que ocurre a su alrededor, derivado del reformismo. Lo singular de este hecho es que se trata de un capitalismo sin burguesía en el poder.

Las ideas socialistas, elaboradas en el siglo XIX, condensaban una verdad indiscutible: la dureza e inhumanidad de la explotación y dominación del hombre por el hombre requería de una respuesta, con miras a su superación. Esa ha sido una gran aspiración de muchos reformadores sociales, desde la antigüedad clásica.

La crítica que se ha hecho de las teorías de Marx no busca justificar nada diferente de los ideales democráticos, humanísticos y sociales.

No es una crítica para alabar la explotación, la dominación o los intereses creados de los grandes capitalistas, como ocurre hoy con algunos enfoques económicos liberales.

Esta ha sido una crítica contra unas ideas que fracasaron en la historia, y contra el dogmatismo que no quiere aceptar ese fracaso, el cual esconde la cabeza en la tierra, como el avestruz, para no ver el problema. La mejor manera de asimilar la experiencia histórica del desastre del “socialismo real” consiste en reflexionar a fondo sobre él.

Es claro que, si se quiere cambiar la sociedad para mejorar las condiciones de las mayorías, no es posible repetir los errores que se derivaron de la aplicación de los planteamientos de Marx. El totalitarismo, la dictadura y la economía completamente estatizada no son salidas reales para los problemas humanos, sino que podrían ser terribles retrocesos.

La reforma inteligente, basada en la experiencia histórica para aprender de lo bueno y desechar lo inconveniente; la vía del desarrollo de los sistemas legales, de derechos y deberes, y las constituciones, aparte del pluralismo y la democracia son rutas menos traumáticas para hacer cambios destinados a mejorar la condición social de las mayorías, como lo prueba la existencia de varios países que transitan por ese modelo en el norte de Europa.

Aparte de su importante legado intelectual, y de las ideas revolucionarias que han fracasado en todo el planeta, el paso por la historia de Marx nos ha dejado una especie de religión laica que habita en las mentes de muchas personas de todo el mundo, tal y como lo vaticinó Proudhon en la primera mitad del siglo XIX.

Esos ejércitos de intelectuales tienen una cosa en común: su preocupación por los desvalidos, por los discriminados y oprimidos. Yo pienso que esas son motivaciones humanistas válidas que, bien canalizadas, pueden ayudar a enfrentar los problemas sociales.

A esos sectores solo queda invitarlos a reflexionar, con valor, sobre lo ocurrido con el socialismo de Marx. Y recordarles que la lucha social no se agota en sus teorías, que es necesario criticar desde la óptica de la ciencia social y de la experiencia histórica.

La lucha social continúa siendo importante, mientras pervivan las desigualdades abismales entre los seres humanos, la opresión y la discriminación. Otra sociedad y otra vida son posibles, pero sin las utopías ansiosas que no son soluciones reales, sino retrocesos catastróficos.

TOTALITARISMO DE DERECHA Y TOTALITARISMO DE IZQUIERDA

Los dos tipos de totalitarismo, reconocidos por casi todos los especialistas en el tema, son el fascismo y el estalinismo, los cuales ocurrieron en el siglo XX. Serán definidos aquí como el totalitarismo de derecha y el de izquierda, partiendo de sus similitudes y diferencias.

Los dos se parecen porque representan una negación completa de los procesos democráticos, del Estado Social de Derecho, y de las libertades más elementales para el funcionamiento individual y colectivo. Con esa base, instituyeron dictaduras cerreras mediante las cuales buscaron modelar la sociedad, a partir de sus creencias e intereses.

Ambos persiguieron y asesinaron a gran parte de la población por imponer sus designios, creando campos de confinamiento para sus víctimas, en los cuales se cometieron los peores crímenes contra la humanidad. Los campos nazis son más conocidos que los gulags estalinistas, que ahora se volvieron más visibles a raíz de la desclasificación de documentos secretos de la antigua Unión Soviética.

El totalitarismo de derecha y el de izquierda también se parecen por el uso sistemático de la mentira, por convertir el cinismo en estrategia fundamental de lucha. Los medios propagandísticos de estos dos modelos fueron maestros en el empleo de las noticias falsas, no solo para descalificar a sus supuestos o reales enemigos, sino para engañar y mantener en la ignorancia a sus propias poblaciones.

No está de más escribir que la propaganda nazi o estalinista siempre estuvo plagada de sectarismo, de fanatismo, y de un maniqueísmo extremo que descalificaba a los opositores con todos los epítetos imaginables, y colocaba a los victimarios en la actitud del santo que procedía de buena fe y en posesión de dogmas para ayudar a la humanidad.

Otro extraordinario parecido entre estas dos clases de totalitarismo tiene que ver con la forma como organizaron el poder. El partido único, la ideología dominante y un liderazgo centralizado (que incluye la presencia de un líder carismático) son los bastiones para ejercer un dominio total sobre la política, la cultura, la educación y todas las demás facetas de la sociedad.

Con esta estructura política, se ejerció un control excesivo que cercenó las libertades más elementales, sometiendo a las personas a un régimen carcelario, exageradamente represivo, que controlaba la vida de todos... empujados por el sistema a una especie de servidumbre con respecto al Estado, a los líderes y al partido gobernante.

Cabe anotar que los dos regímenes masacraron el pluralismo, la libertad de expresión y organización, y colocaron el derecho y las instituciones al servicio de los intereses ideológicos y políticos del partido dominante, y de los jefes que lo representaban en todas las esferas. Con estas acciones se completó la coraza totalitaria que oprimía a los ciudadanos.

El totalitarismo de izquierda se diferenció del de derecha porque se alineó a favor del discurso de clase de origen marxista, reclamando que actuaba a favor de los intereses de los trabajadores, por la construcción de una sociedad diferente y por el surgimiento de hombres y mujeres nuevos.

Ese totalitarismo convirtió en sus enemigos a la burguesía, a los terratenientes, a la propiedad privada y a los mercados, y por eso se granjeó la simpatía de la izquierda internacional. Tal ha sido el principal factor por el cual dicha izquierda critica tan ácidamente los crímenes de los fascistas, pero cierra los ojos (o mira para otro lado) ante las masacres de los estalinistas o del dictador camboyano Pol Pot.

El totalitarismo de derecha, por el contrario, surgió en Italia y Alemania, en parte, como una respuesta a la oleada revolucionaria que sacudió a Europa como consecuencia de la Revolución Rusa,

es decir, como una estrategia anticomunista, antes que como una salida socialista de tipo soviético.

A pesar de que utilizó la palabra socialismo para granjearse el apoyo de los trabajadores, su intención nunca fue seguir los pasos sugeridos por Marx, pues siempre buscó coaligarse con lo más granado del capitalismo para organizar un sistema socioeconómico corporativista que no enfrentaba la propiedad privada ni la economía de mercado. Por esta causa, resulta inadecuado definir a los nazis o a los seguidores de Mussolini como políticos de izquierda.

Los totalitarismos le han hecho mucho daño a la humanidad, y representan un serio peligro para la libertad política y para la construcción de una sociedad con menos dificultades que la actual. Hoy se observan ideas totalitarias en los movimientos políticos europeos y americanos, y muchos de estos acuden a la mentira y al cinismo (fake news) de modo parecido a como lo hicieron sus antepasados fascistas y estalinistas.

Es pertinente que los sectores políticos y, sobre todo, los jóvenes conozcan la historia de los totalitarismos, con la idea de no repetir nunca más los crímenes cometidos por esos grupos bárbaros, y para modelar el desarrollo presente y futuro de la sociedad sin repetir las viejas y malas mañas de los políticos totalitarios.

El interés por la lucha contra la desigualdad, la injusticia y la corrupción de los poderosos no puede servir de coartada para justificar ningún modelo totalitario. Si algo enseña la historia es que el totalitarismo ahoga la economía y mutila de cuajo la libertad, instituyendo la servidumbre contra las mayorías, y el poder omnímodo de las élites o de un líder carismático.

El peor peligro para las sociedades contemporáneas está representado en el totalitarismo de derecha y en el totalitarismo de izquierda, es decir, en el renacimiento de las ideas y métodos de Hitler, Mussolini o Stalin. Nada justifica regresar a la barbarie fascista o estalinista. Absolutamente nada.

REFORMISMO Y HUMANISMO

En la historia de la transformación de la sociedad se ha notado una tensión muy fuerte, proveniente de dos conceptos aparentemente irreconciliables: reforma o revolución. En ciertos tiempos, los alineados con la revolución eran vistos como los duros, los ortodoxos, y a los reformistas se los veía como los blandos, la encarnación del revisionismo.

En la historia de los movimientos revolucionarios del siglo XX queda mucha evidencia de ese debate, que dividió en partes irreconciliables a quienes pretendían el cambio social. Pero esa fue una confrontación producida antes de la aplicación de las teorías consideradas como las más revolucionarias en la primera revolución socialista del planeta, la Revolución Rusa.

Después del triunfo de esta revolución, la fuerza de los acontecimientos puso en segundo plano la discusión, o catapultó hacia la cima a los partidarios de la revolución violenta como la había concebido Marx, en tanto que colocó a la defensiva a los reformistas.

Tiempo después de aplicarse, en muchos lugares del planeta, las alternativas de Marx para superar la economía de mercado (violencia de clase, partido único, ideología única, estatismo, totalitarismo, etcétera) queda abierto el camino de la reflexión histórica y política para comprender, sin temor y con mucho equilibrio, cuáles fueron sus efectos a todos los niveles.

Es indudable que no se podía saber si esas estrategias funcionaban o no antes de su aplicación en la práctica. Las grandes revoluciones y los países donde se implementaron tales medidas, han servido de laboratorio para explorar si las teorías radicales del pensador alemán son viables o no.

El laboratorio de la historia ha sido muy duro con las ideas del fundador del marxismo. El estatismo a ultranza no ayudó a resolver los problemas de la producción de riqueza, ni a facilitar el reparto de esta. Por el contrario, ese estatismo productivo y distributivo

contribuyó a lentificar la economía.

A lentificar el proceso económico y a volverlo demasiado ineficiente, sobre todo en cuanto a producción de bienes y servicios. El reparto inadecuado de los bienes de consumo (muy centralizado y administrado burocráticamente) y la paquidermia productiva están entre las raíces del fracaso del socialismo en la Unión Soviética, en China y en todos los lugares en que se ha aplicado.

Otro problema de fondo que provino de la aplicación de los modelos de Marx fue el de la implantación de una dictadura cerrera y sectaria que, por su comportamiento ideológico, se parecía bastante a las dictaduras religiosas del medioevo, y a las peores autocracias musulmanas contemporáneas.

El totalitarismo marxista controló completamente la sociedad, y dejó muy poco espacio a la libertad. Mató la libertad política a nombre de la libertad y el humanismo, y terminó orquestando un régimen que convertía en enemigos o infieles a quienes no estuvieran de acuerdo con los líderes del momento.

Ese totalitarismo ayudó a implantar regímenes crueles y asesinos, todos justificados bajo el paraguas de la revolución. Los gulags soviéticos, las grandes matanzas camboyanas y la represión sistemática contra los librepensadores en todos los países socialistas son hechos que se derivan de ese laboratorio de la historia.

El totalitarismo marxista demostró, en la práctica, que con las ideas de Marx es imposible hacer triunfar en el planeta el humanismo que se ha ido cosechando con el paso de los siglos. En cuanto a modelo represivo, ese socialismo le envidia poco al fascismo, a pesar de las diferencias que, en otros campos, muestran los dos sistemas.

Los problemas anotados no los ven la mayoría de las personas que aún creen en las supuestas soluciones de Marx. Y no los ven porque, para ellos, lo teórico no se comprueba en la práctica social, y porque, aunque piensen lo contrario, esa práctica no es su principal criterio para definir qué es la verdad.

La mayoría de los marxistas de hoy han dejado de ser científicos, se mueven en un círculo conservador, idealista y cuasi místico, en el cual las ideas del fundador no se comprenden como guías para la acción, sino como verdades reveladas que hay que mantener a raja tabla, contra toda evidencia.

En este punto, su comportamiento no se parece al de Marx en el siglo XIX, pues los seguidores repiten, casi místicamente, las ideas del fundador sin tener en cuenta su fracaso en el siglo XX. Su fracaso económico, político y humano, como lo prueba la caída de la Unión Soviética, la transformación capitalista en China y la inoperancia de las sociedades socialistas actuales en otros sitios.

Repetir esas ideas inviables sin detenerse a analizar la historia del siglo XX, y continuar aspirando a una “nueva” sociedad al estilo de la que soñó Marx, equivale a convertir su ideario en una especie de milenarismo utópico que pide lo que pide más por invocación religiosa que por interés científico. Si el capitalismo salvaje también está en crisis, si el milenarismo socialista o el fascismo resultan inadecuados para enfrentar el presente y el futuro de la sociedad, ¿la única alternativa que queda es cruzarse de brazos? Esta parece ser la lógica del extremismo de izquierda y de derecha, o sea, del milenarismo socialista y de los partidarios del fascismo.

La experiencia histórica del siglo XX demuestra que estas no son las únicas opciones posibles, que hay otras vías, aunque también muy difíciles. Como lo están demostrando algunos países europeos, es posible avanzar hacia sociedades más humanistas, pluralistas y libertarias, sin matar la libertad y el humanismo, como lo hicieron los estalinistas y los fascistas.

La única ruta que queda para continuar desarrollando sociedades con una economía activa, que genere riqueza y no estancamiento, no es la de la revolución que aún propone el milenarismo de izquierda, sino la ruta de la reforma inteligente, la del cambio gradual y razonado, que sepa asimilar la experiencia histórica para evitar los errores.

No tiene gracia matar la economía estatizándolo todo para después someter a la población a una miseria consensuada, a una dependencia extrema del Estado y de la burocracia, y a un maltrato continuo por la escasez de bienes o servicios, o por la mala calidad de los mismos, enmarcados siempre en una forma de distribución que no ha funcionado bien nunca en ningún país socialista.

Tampoco tiene gracia ofrecer una sociedad mejor en el más allá, al estilo de los ofrecimientos de varias religiones, como si el ahora no importara, o como si fuera bueno hacer una revolución para vivir peor que en las condiciones de la economía de mercado. Vivir peor no solo en el ámbito económico, sino en el de la libertad para pensar y para ser, bajo el mando de una élite partidaria cuasi religiosa.

La reforma inteligente, ganada a pulso por los sectores humanistas de la sociedad, es la única ruta posible, después del fracaso del estalinismo, del fascismo y del capitalismo salvaje. Una reforma que sepa tocar el reparto de la riqueza social, pero que no afecte la economía que no daña el medio ambiente y a los seres humanos.

Una reforma que refuerce el desarrollo del Estado de derecho, del pluralismo, la democracia y la libertad, que son las condiciones indispensables para la expansión de un humanismo real, de un humanismo basado en la tolerancia y el respeto de todo cuanto contribuya a construir una sociedad menos desequilibrada y una economía con rostro más humano.

Después de haber recibido la experiencia del siglo XX, resulta indiscutible que repetir la experiencia totalitaria del fascismo o de los marxistas representa un salto al vacío que no haría avanzar sino retroceder las ruedas de la historia.

Lo que se requiere ahora es una reflexión profunda que tenga por epicentro la práctica y la ciencia para liberarnos del idealismo, del misticismo y del milenarismo. Después de todo lo ocurrido, el reformismo inteligente y el humanismo es el único camino. No hay otro.

¿SEGUIMOS TUMBANDO MONUMENTOS HISTÓRICOS?

La sociedad es una especie de argamasa provocada por fenómenos que hoy valoramos como negativos o positivos, dependiendo de la perspectiva asumida. El presente recibe el resultado de la guerra, del conflicto, la dominación y la muerte que actuaron en el pasado.

Mucho de lo que hoy consideramos nuestro, como parte de la identidad que nos diferencia, suele tener más de un proceso detestable a sus espaldas. El idioma que hablamos, la religión profesada, los alimentos y la forma de prepararlos, entre otros elementos de la cultura, son frutos de la colonización europea, para bien o para mal.

El mestizaje en todas sus expresiones está ligado a la violencia y al horror de los tiempos idos, y ha dejado toda su carga material y simbólica en el presente, también para bien o para mal. Las cosas buenas que hoy aceptamos, suelen tener un lado detestable, monstruoso, como consecuencia de su historia.

En el nivel de la cultura simbólica y material hay concreciones resistentes de ese pasado tortuoso, como contenidos de la memoria, que no podemos borrar sin borrarlos nosotros mismos. ¿Cómo hacer desaparecer las estructuras simbólicas occidentales de la cultura contemporánea sin acabar con la mayoría de las sociedades de casi todos los continentes?

El mundo ha sido el resultado de la conquista, la guerra, el colonialismo y la dominación de unos pueblos sobre otros, y ese torbellino ha generado materializaciones de la memoria en la iconografía, en la monumentaria, y patrones simbólicos que hacen parte de la carne y de la sangre de los pueblos.

A pesar de que hoy ya no somos una sociedad esclavista ni colonial, perviven aspectos de un pasado que sí fue esclavista y colonial, haciendo parte de las culturas nacionales contemporáneas, los cuales son percibidos, en su gran mayoría, como positivos, como nuestros, a pesar de su origen tortuoso.

Para defender sus territorios de los ataques enemigos, los españoles construyeron un sistema de defensas en todo el Gran Caribe, el cual es percibido hoy como de gran valor histórico por los gobiernos y los pueblos, incluidos los más radicales, como es el caso de Cuba.

Sería horroroso que, bajo el argumento anticolonialista, se orquestara una campaña de demolición de fuertes, murallas, y de cualquier otra clase de iconografía, sin detenerse a pensar en las consecuencias económicas y sociales de semejante acto de barbarie.

Cartagena, San Juan, San Agustín, Santo Domingo o La Habana no serían lo que son sin esa monumentaria que proviene de otros tiempos, y que las define como epicentro turístico y como lugares de memoria. Sitios donde la memoria histórica asume la forma de objetos materiales de la cultura.

¿Qué ocurriría en este planeta si todas las ciudades de todos los países decidieran demoler todos los edificios altos porque estos son el resultado de la influencia del imperialismo norteamericano y de otros imperialismos? No podemos seguir haciendo tabla rasa del pasado, sino utilizar este para analizar con cuidado el sentido y las consecuencias de nuestros pasos.

Es claro que del pasado provienen aspectos perversos, si los vemos desde el ángulo de la necesidad de un entramado social más humanista, con tolerancia cero para el racismo, por ejemplo. Pero no todo se puede tumbar, sin tumbarnos nosotros mismos.

Lo que ocurrió hace poco en los Estados Unidos es una secuela de la sociedad esclavista que existió en ese país hace siglos. El racismo contra los afrodescendientes (y contra otros grupos) proviene de ese pasado en que dominaba en el sur el modo de producción esclavista.

La reacción en cadena que provocó el asesinato de George Floyd es una respuesta fruto de la indignación que genera el maltrato y la discriminación dentro de una cultura enferma, todavía incapaz de desligarse de su pasado perverso, en cuanto al racismo.

La indignación ciudadana se tomó las calles y derribó estatuas, en un fenómeno similar al que ocurrió en la Unión Soviética con la estatuaría de Lenin, cuando se derrumbó la URSS, o en los tiempos en que cayó en desgracia el tirano Sadam Hussein. Son eventos parecidos, pero no iguales, pues en cada caso concurren variables ideológicas y políticas diferenciadas.

Las estatuas de los líderes del sur, derribadas en las ciudades norteamericanas, representan en el ahora algo más que la simple simbolización de la historia. En el contexto actual, esa estatuaría se liga a una cultura racista, viva, que subsiste como una tara ideológica que toca a todos los estratos.

El ataque al racismo, que copó las calles, ahora se traslada a los monumentos históricos que, de algún modo, lo representan. Con el marco de justificaciones ideológicas que existen, es iluso pedir lo que han pedido algunos historiadores (sobre todo teniendo de trasfondo una justísima protesta social contra el racismo): que se respete esa estatuaría, por respetar la historia del país.

Eso es como pedir, a las turbas enardecidas, que no tumbaran las estatuas de Lenin o de Hussein. O como decir a los soldados aliados que dejaran intacta la estatuaría de Hitler y los símbolos del nazismo. Después de lo ocurrido, esa reacción era casi inevitable. La coyuntura de lucha contra el racismo en los Estados Unidos (necesaria y justa) está tomando contornos explosivos y destructivos a nivel internacional.

¿Hasta dónde se puede llegar en el marco de esa protesta, provocada por la indignación social? Esa es una pregunta de fondo, que se asocia con la valoración que hacemos de nuestros objetos de cultura y con la historia. ¿Es correcto eliminar de plano los vestigios del pasado, eliminando todos los monumentos y todas las estatuas?

Responder afirmativamente esta última pregunta equivale a destruir el patrimonio histórico, sin tener en cuenta consideraciones sociales de fondo acerca de cómo se estructuró la sociedad, y qué tipos de usos tiene ese patrimonio en el ahora. Es claro que esta

posición extrema no solo desconoce la historia, sino que bordea el irracionalismo sin causa.

Pienso que debemos atender a la experiencia internacional para pensar esta problemática. Los eventos históricos no son necesariamente un cuento de hadas; la historia chorrea sangre por todos sus poros, como nos lo recuerdan los grandes pensadores, entre ellos Marx. La memoria suele tener facetas catastróficas y facetas agradables.

Las agradables quizás no tengan ninguna discusión, cuyo motivo principal es la ideología o la política. Un Museo del Carnaval o un Museo del Oro se conectan hoy con sensaciones que no provocan gran malestar. Pero convertir un campo de concentración o un cuartel militar en un lugar de memoria, sí.

La memoria histórica desagradable, concentrada en un lugar de memoria, lo es para un sector de la sociedad, el victimizado, aunque el victimario no lo vea de ese modo. Así es este problema de la historicidad y de su representación material o simbólica en el presente: su carga ideológica y política no se puede evitar.

En consecuencia, una alternativa para enfrentar la destrucción de la estatuaría problemática en los Estados Unidos podría ser la de agruparla en un museo, tal como se ha hecho en otros casos, en los cuales el objeto de cultura no se destruye, sino que se exhibe con las aclaraciones históricas y críticas del caso, para garantizar la educación de los vivos, y la probable no repetición de las acciones y contenidos que simbolizan.

Este es el sentido práctico de los museos erigidos contra el holocausto orquestado contra los judíos, de los centros de memoria en España, Argentina y Colombia, que recuerdan catástrofes humanitarias como una forma de intentar prevenir su repetición.

La estatuaría de los jefes esclavistas norteamericanos podría tener ese destino. No como una forma de ensalzar el esclavismo y el racismo, sino como una manera de comprenderlo y ayudar a

superarlo. Permitir esas estatuas en la vía pública es una forma de aceptar la provocación de las élites racistas, y es, además, una manera abierta de incitación al delito.

Lo que sí no se puede es seguir en esa vorágine de destruirlo todo sin ton ni son, sin reparar con calma en la historia de los países, sin entender que la sociedad humana es una especie de doctor Jekyll y Hyde, que detrás de las acciones perversas trae consigo sedimentos de cultura que hacen parte de nuestros genes sociales, para bien o para mal.

El patrimonio histórico de los pueblos es una parte principalísima de ese sedimento genético, que no podemos destruir sin destruirnos nosotros mismos. La pintura, el arte, la religión, las edificaciones de época, el idioma, la comida, el vestido, etcétera, son aspectos esenciales de ese patrimonio que no podemos destruir sin socavar completamente la existencia actual.

La protesta social válida, la lucha necesaria contra el racismo, la desigualdad y la discriminación, se pueden hacer sin desconocer nuestra compleja historia, con sus espacios oscuros, con su sangre y con su vida. Tumbiar monumentos históricos sin tener en cuenta la historia es un atentado, también, contra el río que carga la urna de cristal sangrante de la vida humana en el tiempo y el espacio.

EL MITO DEL ESTADO DE LOS ULTRAESTATISTAS

En el siglo XIX, especialmente, el Estado se convirtió en el principal pararrayos de la crítica social que se fundamentó en el sufrimiento de los trabajadores, y de las mayorías en general. Dos expresiones destacadas de esa crítica fueron el anarquismo y las teorías de Marx.

Los anarquistas convirtieron al Estado en el demonio de la sociedad, un demonio a través del cual se expresaba el poder de los pulpos de la economía y de la política y, por lo tanto, la dominación de una clase sobre las demás. La solución teórica consistió en eliminar ese poder, barriendo al Estado, para superar la más importante raíz del mal. Marx también vio al Estado como un grave problema en la superación de los asuntos sociales, y como el instrumento de la dominación de una clase sobre las otras. Pero no estuvo de acuerdo, del todo, con el enfoque anarquista, que consistía en eliminarlo sin contemplaciones. Este pensador adaptó el Estado a su proyecto político.

Para Karl Marx, los vehículos por excelencia para transformar revolucionariamente la sociedad fueron la clase obrera, la vanguardia partidista y el Estado. En su enfoque, este no desaparecía con la revolución sino que mutaba: de instrumento de las clases poderosas pasaba a ser el arma preferida de quienes estimulaban el cambio. Pero las raíces del mal no estaban solo en el tipo de Estado burgués, sino en la propiedad privada capitalista, en el mercado, en la competencia, es decir, en todo el andamiaje que componía la sociedad de clases existente. Por lo tanto, no se trató solo de tomarse el Estado por la vía revolucionaria, pues también era necesario cambiar la estructura productiva y la forma de distribuir los bienes y servicios.

Marx planteó que era necesario planificar los procesos económicos, desde la producción hasta la distribución a todos los niveles. Para lograr este propósito había que barrer con la propiedad privada e instituir otra forma de propiedad, la social o socialista, la cual estaría en manos del Estado.

Con este modelo, la visión estatista de Marx superó a la de sus antecesores mercantilistas (que plantearon un concepto intervencionista y proteccionista del Estado, pero desde la lógica de una economía pro capitalista), y a la de Keynes, quien se opuso a la ortodoxia liberal, proponiendo una acción más dinámica e injerencista del Estado con respecto a la economía.

O sea, la concepción revolucionaria de Marx con respecto al papel del Estado en la primera etapa (socialista) de su modelo de sociedad, fue más intervencionista y proteccionista que la de los antecesores no liberales (en economía) del mercantilismo, y que la del sucesor heterodoxo Keynes, quien nunca cuestionó las bases del capitalismo, a pesar de concederle un papel mucho más activo al Estado en cuanto a su intervención en la economía.

¿Qué consecuencias trajo consigo la aplicación de la teoría del Estado de Marx? Como se recordará, sus ideas no fueron aplicadas en el siglo XIX sino después, ya en el siglo XX. El proceso de aplicación empezó con la Revolución Rusa, de 1917, y prosiguió con otras revoluciones, como la de China y la de Cuba, entre las más emblemáticas.

En todos los casos, el modelo fue parecido a lo que propuso Marx: estatización o nacionalización de las fuerzas productivas, destrucción de la propiedad privada y del mercado, control total de la economía por parte del Estado, el cual fue manejado por un partido en representación de los trabajadores.

El efecto inmediato del estatismo de Marx no fue solo la eliminación de los privilegios de las clases pudientes, sino la supresión de golpe de toda la estructura que soportaba la economía anterior, incluidas las motivaciones y los mecanismos que estimulaban el deseo de ganancia y la transformación continua de las fuerzas productivas.

La propiedad privada capitalista, el mercado y la ganancia (que habían sido convertidas por anarquistas y marxistas en el mismísimo diablo, causantes de todos los males), fueron (y son), además, el principal motor del cambio de las fuerzas productivas, y del mejoramiento

continuo de la cantidad y calidad de los bienes económicos y de los servicios.

El modelo teórico del Estado de Marx conducía a suprimir las principales fuentes del dinamismo económico capitalista. ¿Con qué habría que construir el nuevo escenario de desarrollo de la economía? Marx supuso que con el dominio de la producción y la distribución por parte del Estado, de la vanguardia y de los trabajadores, se eliminaría la competencia, la anarquía de la producción y el desorden “irracional” que prohibaba la economía burguesa.

Su deducción fue muy sencilla: si el problema está en quiénes dominan el aparato estatal y en los intereses creados que giran alrededor de la economía capitalista, lo que se infiere de eso es que una economía puesta al servicio de los que nada tienen que perder no debe contar ni con los capitalistas, ni con la propiedad privada, ni con un mercado que estimule la competencia.

El proceso “racional” de producir y distribuir debía estar en manos de los partidarios de la revolución anticapitalista, quienes se encargarían de pensar los planes globales para obtener y poner en circulación los bienes y servicios requeridos por la población. La planificación administrativa de la economía fue la nueva panacea que planteó el marxismo para superar todos los males de la sociedad.

Pero una cosa es pensar esa panacea y otra, muy distinta, aplicarla en la realidad. La estrategia estatista de Marx destruyó el dinamismo económico capitalista, con todos sus pros y sus contras. Es decir, acabó con las motivaciones y los escenarios que empujan al empresariado a innovar, a mejorar la estructura económica y a estimular el desarrollo de las fuerzas productivas.

¿Qué ofreció a cambio el estatismo de Marx? Manejo administrativo de las empresas por parte del Estado, de la burocracia de nuevo tipo y del partido. Es decir, el sistema de motivaciones externas (sobre todo el deseo de ganancia), la competencia que estimula la innovación (entre otros tópicos económicos), desaparecieron para darle paso a un esquema voluntarista e ideológico que entregaba

toda la responsabilidad del proceso económico a una burocracia que se fue convirtiendo en una traba, antes que en buena dirección.

Muy sencillo: Marx soñó que la economía en manos de los trabajadores superaría las contradicciones típicas del capitalismo, volviéndose más racional, menos conflictiva y más dinámica. El manejo de esta por el Estado, por la vanguardia y por los trabajadores era lo único que se requería para construir el reino de la abundancia y del buen vivir en la tierra.

Pero la aplicación de esas ideas por los revolucionarios no trajo consigo solamente la solución de los problemas planteados por Marx, sino la creación de nuevos cuellos de botella en toda la economía. La base de esos cuellos de botella estuvo en las deficiencias para producir bienes económicos y servicios de calidad adecuada y en cantidad suficiente para satisfacer las necesidades de la población.

Cualquier modelo socialista que se plantee la idea de trabajar para las mayorías debe procurar resolver, como prioridad uno A, la producción o generación de bienes de consumo y servicios, pues ellos son los que más impactan la calidad de vida o el bienestar de la gente.

El modelo estatista que lo controla todo cojeó siempre en este punto tan esencial para mejorar la existencia de las personas. ¿Por qué? La respuesta a esta pregunta está en la crítica al esquema de Marx, partiendo de la propia economía que engendró, mediante la aplicación de sus ideas al desarrollo económico.

Si la ganancia, la propiedad privada y el mercado son el demonio que ha provocado todos los males y, por lo tanto, deben eliminarse ¿qué debes hacer para reorganizar las estructuras económicas?

La respuesta de Marx y de los socialistas fue: control de la economía por el Estado, lo cual se expresó, en general, en el manejo administrativo, burocrático, partidario, de la producción y la distribución. Este “totalitarismo” económico (derivado del deseo de revolucionar la sociedad) se acompañó de un totalitarismo más

extenso que permeó la política, la cultura y los demás resquicios de la convivencia.

Es decir, el dinamismo económico que se derivaba del deseo de ganancia, la propiedad privada y el mercado (y que movía la competencia, la innovación y la transformación rápida de las fuerzas productivas), fue reemplazado por un esquema basado en la ideología del partido, en la voluntad de servir y en el deseo de ayudar a los demás.

Rápidamente, el nuevo status quo (que alimentó el cinismo social por la vía de conseguir bienestar lisonjeando o participando en las redes clientelares del poder) develó sus falencias, al mostrarse ineficaz para mejorar la cantidad de los bienes de consumo y de servicios que requería la población.

El cuello de botella siempre estuvo en la incapacidad para mejorar las experiencias empresariales, la calidad del trabajo de los directivos y de los trabajadores de base, con miras a elevar la calidad de las técnicas que empujaran hacia arriba la producción. Se probó, con todos los casos conocidos hasta ahora, que el ideologismo y el voluntarismo eran insuficientes para afrontar ese problema.

La ideología y la simple voluntad de servir nunca bastaron, como lo demuestra la experiencia histórica. Y no fueron suficientes porque se requería para eso que dominaran la producción una multitud de líderes, repletos de valores y principios, y no la gran cantidad de seres humanos de carne y hueso, con sus limitaciones e inexperiencia, que compone siempre el grueso de la población.

Además, el modelo fracasa porque hay experiencias y conocimientos prácticos que no se pueden inventar o construir mediante ninguna teoría, o acudiendo a la política, o a la simple ideología. La experiencia empresarial es un campo especializado, como diría Pierre Bourdieu, que permite acumular habilidades y destrezas especiales, en el cual el voluntarismo y el ideologismo partidario tienen muy poco que ofrecer.

Innovar en un bien o un servicio es algo muy especial que tiene en cuenta ciertas tradiciones o ciertos contactos, aparte de motivaciones muy concretas, que es imposible improvisar o introducir desde arriba, “racionalmente”, entre otras cosas porque nadie tiene tanto poder como para reemplazar, de un taconazo y por la vía especulativa, lo que resulta del trabajo o de la práctica productiva de empresarios y trabajadores.

De tal manera que meterle Estado a todo tampoco parece ser la solución a los males de la sociedad humana. Marx creyó que sí, pero la aplicación de su modelo demuestra que no. Un repaso rápido por la experiencia de la Unión Soviética, de China y de Cuba sirve para ilustrar esta conclusión.

Es claro que los fanáticos del mercado están equivocados al suponer que todos los problemas de la sociedad se pueden solucionar con solo dejar que la economía de mercado actúe libre de cualquier impedimento, promovido por el Estado o por los monopolios. Este asunto fue analizado en la columna anterior.

Pero es claro también que el Estado tampoco es la panacea que sirve para todas las enfermedades, y que su aplicación extrema conduce a volver poco dinámica la economía, a estimular la ineficiencia y hasta la corrupción, como ocurrió con la aplicación de la estrategia revolucionaria ideada por Marx.

Quizás ya haya llegado el momento de pensar con cabeza fría la experiencia histórica relacionada con el papel del Estado y del mercado en la economía, dejando atrás percibirlos como los demonios que han causado todos los males, o como los demiurgos que lo resuelven todo.

Más allá del fanatismo de las creencias ideológicas y políticas, quizás encontremos la ruta para comprender que el Estado opera para ciertos procesos donde su acción resulta indispensable, y que el mercado es un instrumento idóneo en los escenarios en los que se busca avivar el desarrollo de las fuerzas productivas.

Sin Estado es imposible ayudar a construir una economía con rostro humano y un sistema de derechos y deberes que ayuden a mejorar el tono de la libertad, y a combatir la desigualdad flagrante.

Pero sin economía de mercado es tremendamente difícil elevar la calidad de vida, produciendo la cantidad y la calidad de bienes y servicios que garanticen un confort adecuado para las mayorías.

Quizás el dilema planteado por las ideologías políticas, de Estado versus mercado, sea un falso dilema, pues lo que requiere la humanidad, para seguir avanzando, es aprender a utilizar lo mejor de la experiencia estatal y lo mejor de la experiencia del mercado, en el marco de un sistema de derechos que garantice la libertad y que proteja a los más vulnerables.

Algo de esto se viene haciendo en algunos países, lo cual reaviva la esperanza de poder vivir sin el totalitarismo estatista y sin el dogmatismo de quienes ven al mercado como la única panacea para todos los males de la humanidad.

EL MITO DEL MERCADO DE LOS ULTRALIBERALES

Es necesario precisar qué se entiende por ultraliberales en términos económicos. De hecho, el liberalismo extremo, en cuanto a la economía, no necesariamente coincide con el liberalismo político. Pueden coincidir las ideas liberales en economía con las ideas liberales en política, en individuos y grupos, pero no siempre ha ocurrido así.

El liberalismo político se asocia con la democracia liberal y constitucional, con una visión pluralista y antitotalitaria, con el funcionamiento de la sociedad de acuerdo con leyes, y con la existencia de poderes que, por lo menos en la teoría, se equilibran o controlan, entre otros aspectos.

El talante liberal en política rescata la importancia de la ciencia, del carácter laico del Estado, y critica todas las formas de dogmatismo o fanatismo, promoviendo la tolerancia y el respeto con respecto a las personas y sus ideas. Tales conceptos se han ido desarrollando a lo largo de la historia, pero adquirieron mayor trascendencia del siglo XIX en adelante.

El liberalismo económico, que es diferente al político, también tiene una larga trayectoria histórica. Los fisiócratas, aliados de la monarquía francesa, están entre los primeros que plantearon un esquema de economía liberal, para oponerse a los mercantilistas. Los fisiócratas sirven de ejemplo para probar que el liberalismo económico no siempre se combina con el liberalismo político, pues ellos eran “conservadores”.

Los fisiócratas se opusieron al proteccionismo y al papel intervencionista del Estado en la economía (en contra de lo que planteaban los mercantilistas), sosteniendo que debía concederse la mayor libertad para abrir empresas y para realizar los intercambios. La idea de dejar pasar y de dejar hacer, sin la interferencia del Estado, se le atribuye inicialmente a estos pensadores, que esbozaron un librecambismo extremo, inaplicable para su tiempo (siglo XVIII).

Se ha encontrado una línea de continuidad entre el liberalismo económico de los fisiócratas y el de Adam Smith. La riqueza de las naciones, la obra más famosa de este autor, es también un alegato contra las ideas mercantilistas, aún en boga en el siglo XVIII.

Smith también le apostó a la apertura de las naciones para hacer comercio, y a la más completa libertad económica para hacer intercambios y para desarrollar la industria y toda la economía. El Estado no debería intervenir en esta, pues lo ideal sería que se autorregulara mediante el mercado, la competencia o la ley de la oferta y la demanda.

Los pensadores del siglo XIX, que continuaron la tradición de la defensa o desarrollo del liberalismo económico, también le apostaron a la reducción de las funciones del Estado y a la mayor libertad en cuanto al funcionamiento del mercado.

David Ricardo se esmeró por demostrar el papel de la competencia en la transformación de las fuerzas productivas, en la productividad del trabajo y en el desarrollo general del sistema, sin intervención del Estado y combatiendo siempre el proteccionismo.

Los economistas de la llamada escuela austriaca pusieron los fundamentos teóricos del mito del mercado como único garante del desarrollo económico, y como agente que provocaba, por sí mismo y sin la interferencia del Estado y de los monopolios, hasta la solución de los problemas sociales.

Los ultraliberales en economía, llevando demasiado lejos la idea de Smith de que el “hombre económico” en la búsqueda de su propio interés ayudaba a resolver los problemas de los demás, concluyeron, sin tener muy en cuenta la evidencia empírica, que eso siempre ocurría así.

Es cierto que la economía de mercado es el mejor modelo (hasta ahora) para producir riqueza, para generar servicios y bienes de modo muy eficiente, así como es, también, el sistema que ha revolucionado de manera más continua e inigualable las fuerzas

productivas y los recursos científico-técnicos que acompañan esa revolución.

Pero esa economía, por sí misma, ha demostrado una profunda incapacidad para lograr los equilibrios macroeconómicos que se suponen como dados en condiciones de libre funcionamiento.

Ni las crisis periódicas, ni el desbalance entre la oferta y la demanda, ni la desigualdad extrema entre quienes poseen y quienes están en la pobreza o la miseria, han sido resueltas, en ninguna parte, por los simples automatismos técnicos del mercado que, supuestamente, funcionan siempre para bien cuando se los deja operar libremente.

La libertad sin control de las ambiciones expresadas en las empresas, o de los funcionarios que sirven en los grandes conglomerados tras la búsqueda de ganancias, de minimizar los riesgos y de maximizar los beneficios, no siempre trae consigo lo sugerido por Smith, sino muchas otras secuelas perversas.

A las crisis periódicas que golpean la producción y la distribución de bienes y servicios, a la concentración en muchos casos histórica de la riqueza (que se acompaña de una desigualdad económica insostenible), se le une otra secuela problemática, cual es la de que los capitalistas y sus funcionarios, sueltos de madre, son capaces hasta de acabar con la naturaleza, tras la búsqueda de las ganancias.

La evidencia histórica indica que en ningún lugar el “homo economicus” completamente libre, sin ningún tipo de regulación o de normas, ha posibilitado la marcha armónica del mercado, o ha provocado, per se, una eliminación completa de la desigualdad extrema, y de los efectos perversos del capitalismo.

Lo que sugiere la práctica económica es todo lo contrario: en condiciones de dejar pasar y dejar hacer, reaparecen las crisis periódicas del sistema motivadas por los intereses creados que mueven a las empresas, resurge el deseo desenfrenado de ganar como sea, lo cual abre las compuertas de la corrupción, y estimula el desequilibrio extremo y socialmente insostenible en los ingresos,

aparte de la utilización desmedida de los recursos naturales y sociales.

La incapacidad de la teoría económica liberal para resolver de manera eficiente los problemas sociales, y para superar los efectos más negativos del funcionamiento de la economía, ha servido de justificación para construir modelos que buscan la eliminación de la economía de mercado mediante la revolución.

Pero eso también ha servido para el desarrollo de propuestas alternativas, en el marco de la propia economía capitalista, las cuales buscan enfrentar los problemas que el solo funcionamiento libre del mercado no ha podido resolver. Entre esas propuestas se destaca la que esbozó, a principios del siglo XX, John Maynard Keynes.

Lo que demostró Keynes, en contra de la ortodoxia liberal, es que el mercado por sí solo es incapaz de superar la crisis económica. La prueba de esto fue la debacle ocurrida en los años treinta, y las crisis posteriores que han sobrevenido bajo la inspiración de los economistas liberales, especialmente la del 2008.

La libertad económica no puede ser vista como la panacea que lo resuelve todo, porque la experiencia histórica sirve para demostrar que eso es falso. Ni la mano invisible, ni el hombre económico, ni la simple ley de la oferta y la demanda han generado, por sí solos, equilibrios macroeconómicos duraderos, y la superación definitiva de los problemas sociales flagrantes.

Es un error creer que la economía capitalista, empujada por sus automatismos técnicos, trasladará a la humanidad a algún paraíso. La historia mundial indica lo contrario, a pesar de los logros indiscutibles de la economía de mercado.

Se comete un grave error al pensar la libertad económica capitalista como un dogma cuasi religioso con capacidad para solventar todas las dificultades, si se la deja actuar según su propio dinamismo. Nada de lo ocurrido hasta ahora en este planeta sirve para corroborar este mito hermético de los liberales económicos.

El déficit de justicia social; las desigualdades flagrantes motivadas por el sistema; las crisis periódicas originadas por los desequilibrios macroeconómicos (que la libertad económica en vez de paliar, incrementa); los efectos negativos contra la naturaleza, originados por el deseo de ganancia del hombre económico suelto de madre, todas estas y otras secuelas del capitalismo solo pueden ser enfrentadas por el Estado.

La experiencia histórica enseña que el Estado, no el mercado (como han creído los ultraliberales económicos, incluido Hayek), es un instrumento fundamental para redistribuir mejor el ingreso, para ayudar a paliar la desigualdad extrema aplicando normas sociales, y para frenar los impulsos destructivos y autodestructivos del modelo de economía liberal.

Si no fuera por el importante papel del Estado, jamás se habrían construido los canales que hoy conocemos para desarrollar la legislación laboral (derivada en gran medida de la lucha de los trabajadores), ni las políticas nacionales o internacionales de protección del medio ambiente, ni las estrategias legales que buscan contener la ambición galopante de los capitalistas, cebados por la ganancia a cualquier precio.

El mercado ha cumplido su papel histórico como importante escenario para el desarrollo de las fuerzas productivas, y para el incremento admirable de la producción de bienes económicos y de los servicios. La economía de mercado nos ha traído hasta donde estamos hoy en materia de confort, con sus pros y sus contras.

La competencia y la libertad económica son importantes como medios para incrementar la cantidad y la calidad de los bienes y servicios, pero sueltas de madre traen consigo secuelas catastróficas que es necesario evitar. Es falso que el sistema, automáticamente (como lo pregonan los ultraliberales económicos), logra superar sus contradicciones más gruesas, como si fuera una especie de demiurgo o un dios que nadie ve y que tiende siempre hacia el bien.

La economía de mercado es una forma de organizar la vida, que resultó de una larga experiencia histórica de la humanidad. El mejor recurso con que contamos para comprenderla es la ciencia económica, y la historia económica como una variante que integra la teoría económica con la perspectiva histórica.

Cualquier intento por convertir la libertad económica en una panacea que lo resuelve todo debe ser visto con desconfianza, pues esta encarna una incomprensión histórica del desarrollo económico, o expresa la ideología más fructífera de quienes controlan el mercado.

Los límites de la libertad económica dependen de los efectos catastróficos del modelo sobre la sociedad y la naturaleza. Y esos límites nunca podrán ser manejados por el sistema mismo, sino por el Estado y el control social. Porque siempre, detrás del mercado, están los intereses de quienes se benefician largamente de él.

LA CULTURA DEMOCRÁTICA

La cultura democrática es la consecuencia de un proceso histórico relacionado con el desarrollo de las ideas sobre el funcionamiento o evolución del Estado, con la libertad y la participación de las personas (reguladas por las normas legales) en la vida social, y con las prácticas relacionadas con el respeto de los derechos y los deberes de los ciudadanos.

Para entender y resaltar la importancia de la cultura democrática, la sociedad ha debido transitar por largos y tortuosos callejones oscuros, como las autocracias religiosas (pasadas y actuales), el totalitarismo (fascismo, estalinismo), y toda clase de dictaduras personalistas o muy salvajes, como las africanas o las latinoamericanas de hace unas décadas.

La cultura democrática no se refiere tanto a la posibilidad de elegir o ser elegido a un cargo de poder (aunque incluya ese momento), sino a un proceso mucho más complejo que implica a las instituciones públicas y privadas, a la vida común y al funcionamiento social general.

En cierto modo, esa cultura suele manifestarse también como cultura política, ciudadana, y en todos los asuntos aparentemente separados de ella, como la organización económica, la distribución de la riqueza y del ingreso, o el funcionamiento individual o colectivo.

Los principales enemigos de la existencia de una sólida cultura democrática son las mentalidades totalitarias (o autoritarias), de carácter laico o religioso, y las variables internas del funcionamiento republicano (que distorsionan la economía y el manejo estatal), como la corrupción, el clientelismo, la politiquería o el neoliberalismo ramplón.

Es decir, contra el desarrollo de una sólida cultura democrática conspiran siempre los amantes de la dictadura (fascistas, estalinistas, religiosos extremos o de otra índole) y aquellos que suelen beneficiarse del mal funcionamiento estatal, o para quienes

la democracia es un simple instrumento auxiliar de sus intereses económicos, o de sus apetitos más oscuros.

La gente de mentalidad democrática, en todos los escenarios de la vida colectiva, comprende que es mejor marchar con el apoyo de las normas del derecho que bajo el predominio de la ley del más fuerte, la cual es una especie de ley de la selva. Bajo el mandato de esta última caen siempre los más débiles, en todos los sentidos.

También entiende que matar la libertad es la mejor manera de castrar el desarrollo, utilizando el ropaje del dogmatismo ideológico, político o religioso, y asumiendo verdades de dudoso prestigio, supuestas verdades que suelen ser mentiras acomodadas en el cuerpo de una dogmática cuyo principal fin es eliminar la crítica y las tendencias libertarias de la creación, la imaginación y la ciencia.

La cultura democrática y las mentalidades democráticas se han desarrollado a lo largo de la historia, y representan uno de los mejores resultados de la evolución humana, al lado de la ciencia, el arte o el humanismo sincero. Su implantación aún es bastante parcial en todo el planeta, pues representa un gran riesgo para los intereses creados de los poderosos que la detestan.

El camino de la ley, del pluralismo y la libertad ha demostrado ser uno de los mejores para construir una sociedad más viable, más civilizada, y más a tono con el pensamiento que coloca en el centro de sus ideas-fuerza la construcción de un contexto social donde predominen el respeto y la tolerancia por el otro.

La intolerancia, el dogmatismo, el fanatismo y la violencia son lastres del pasado que, quizás, lograremos superar si a través de la educación formal, de los medios de comunicación y de otros instrumentos podemos insuflar el espíritu de la cultura democrática.

La explotación y la desigualdad económicas; la opresión política, la intolerancia y el irrespeto a quien es distinto, han tenido un fuerte aliado en la cultura totalitaria y en los fanatismos o dogmatismos de diversa estirpe. La historia ha sido invadida por esos procesos,

a caballo de las buenas intenciones y de creencias aparentemente bondadosas.

La gran encrucijada contemporánea nos coloca en frente la necesidad de superar el capitalismo salvaje mediante la reforma, pero, así mismo, nos empuja a confrontar la discriminación, el racismo, el clasismo, el machismo, la intolerancia y el irrespeto hacia las minorías con las armas de la libertad, el derecho y el pluralismo.

Desafortunadamente, no hay otro camino, pues todos los demás nos devuelven hacia el pasado que queremos superar. La dogmática milenarista del socialismo y la dogmática milenarista del capitalismo salvaje, nos empujarán siempre hacia el círculo vicioso de la intolerancia y el irrespeto, y hacia sociedades inviables e inhumanas, más allá de los buenos deseos.

Hoy por hoy se impone la reforma en todos los campos, para acabar con la discriminación y el maltrato. Una reforma que revalorice la importancia de la ley, de la vida humana, del pluralismo y de la cultura democrática como ejes de la transformación social. Lo más revolucionario del momento es la reforma inteligente y democrática para cambiar la vida.

EL GRAN MALECÓN DE BARRANQUILLA

Empezó a hacerse realidad un proyecto que parecía imposible: el de la construcción de un Gran Malecón que le devolviera el Río Magdalena a la ciudadanía barranquillera, un río que había sido secuestrado por los intereses económicos privados desde hace mucho tiempo.

Esa trascendental obra está llamada a convertirse en un hito de la renovación urbana de la urbe. Pero, además, integra nuestra historia ribereña con las necesidades recreativas, culturales, educativas, comerciales y habitacionales de una población que no utilizaba su río sino para la industria, el comercio y la actividad portuaria.

Con este paso, la ciudad se equipará a aquellas grandes urbes del planeta que poseen ríos y que han convertido su riqueza ecológica e hídrica en un tesoro disfrutable por la mayoría de la población, como son los casos de Hamburgo, en el Elba, y de Guayaquil, en el Guayas.

Los dos ejemplos sirven de muestra acerca de cómo hacer para recuperar e integrar espacios degradados o abandonados del entorno urbano a la vida económica, cultural, recreativa y lúdica de la mayor cantidad de pobladores y visitantes.

Hamburgo, para citar un hito en esa línea de pensamiento, acaba de terminar un gran escenario multifuncional (que incluye una majestuosa sala de conciertos) en la ribera de su río, reutilizando el espacio de una vieja bodega industrial abandonada. El gobierno y los líderes locales estaban en mora de acometer la reintegración del Río Magdalena a la urbe, a la población, como lo había sugerido la Misión Japonesa décadas atrás.

Pero no solo a partir de soltar cemento a diestra y siniestra (perdiendo de vista construir ciudad como eje del desarrollo humano), sino concibiendo el proyecto como una estrategia multiforme de renovación y progreso, cuyo epicentro sea el bienestar de la mayor parte de los habitantes.

Esto es lo que se ha empezado a concretar con la terminación del primer nodo del malecón en la zona del Centro de Convenciones Puerta de Oro. La asistencia masiva y el entusiasmo de los visitantes demuestran que ese primer puntillazo cayó muy bien y que era necesario.

Lo deseable es que esta monumental obra se complete sin ningún contratiempo. Es decir, que los más de cinco kilómetros de vía paralela al Magdalena se terminen según lo planeado. Y que toda la infraestructura proyectada se haga realidad, para que la gente se apropie de su río de manera definitiva.

Este es el mejor modo de evitar que el Gran Malecón y la Avenida del Río adquieran el rostro de los elefantes blancos que inundan el país, convertidos en sinónimo de despilfarro y mal uso de los dineros públicos.

Ya llegará la hora de disfrutar esa nueva zona recreativa, turística, comercial, administrativa y lúdica de la ciudad de manera más activa, cuando florezcan los emprendimientos asociados al transporte turístico en el río y sus alrededores, o cuando se multipliquen los usos deportivos o relacionados con el Carnaval, por mencionar solo algunos.

El Gran Malecón de Barranquilla se convertirá en la realización más emblemática de la ciudad, en la tarjeta de presentación más reluciente que podamos entregar a los visitantes nacionales y extranjeros, y en el orgullo de los barranquilleros raizales y adoptivos.

Junto con la superación del karma de los arroyos, ese proyecto multiforme le cambiará el rostro a la urbe, al mostrarla como modelo de desarrollo planeado que usa la historia, y al tener en cuenta no solo las variables económicas sino las necesidades de espacio público, de parques, y de mejoramiento de la calidad de vida de la gente.

¿POR QUÉ FUE DERROCADO EVO MORALES?

Evo Morales fue el primer presidente indígena de un país donde la población ancestral equivale a un poco más del 40% del total de la nación, según el censo de 2012. Llegó al poder en el año 2006, y tres años después promulgó una constitución que reconocía la multiplicidad étnica de la república, y que transformaba en oficiales 36 lenguas nativas, además del español.

Bolivia fue convertida en el Estado moderno con más lenguas oficiales de todo el planeta, en el cual el perfil indígena se volvió gobierno. Morales empoderó a la mayoría de sus hermanos de etnia, y en casi catorce años de mandato ayudó a construir una sociedad donde fueron protagonistas los indígenas y los sectores populares.

La bonanza derivada de la producción y exportación de materias primas, gas y otros recursos de la naturaleza se utilizó para nutrir diversos programas sociales y para mejorar las condiciones de vida de las mayorías, sin que se perjudicara el manejo macroeconómico. La economía creció, en los últimos tiempos, a un 4,9 anual, en promedio, y la pobreza cayó de un 63% a un 35%, según datos del Banco Mundial.

El gobierno de Evo era reconocido (por las instituciones internacionales que atienden al funcionamiento económico de los países) como serio y respetuoso en el manejo de los asuntos fiscales y de los temas gruesos del andamiaje de la economía, a diferencia de otros gobernantes de la izquierda que habían ayudado a devastar a sus naciones en América Latina.

Si esto era así, es decir, si la Bolivia de Evo aparecía como un país caminando hacia la prosperidad, de la mano de un presidente indígena y de izquierda, ¿por qué se derrumbó tan rápidamente ese gobierno? ¿Qué circunstancias motivaron su caída?

Lo que muestra la crisis es que el país estaba fracturado por razones étnicas, religiosas y políticas. Quizás sin proponérselo, Evo y su gente ayudaron a exacerbar, con su modelo, el racismo contra

los indígenas, y les entregaron otro motivo a los fundamentalistas religiosos para enfrentar a su gobierno.

Todos los que estaban en su contra por razones políticas y económicas vieron favorecida su causa al instrumentalizar los sentimientos religiosos que fueron tocados por el gobierno, al igualar (o poner en desventaja) a la religión cristiana frente a la religiosidad indígena.

La reacción contra Evo fue, también, una protesta contra el predominio o la exaltación de la fe de los indígenas (vista como opuesta por los fundamentalistas cristianos), y otra forma de expresar el racismo contra los pueblos ancestrales, ahora bajo el disfraz de la confrontación política y religiosa.

El estallido social también expresó otra división de fondo, entre quienes querían enrumbar al país hacia un socialismo de talante indigenista, y aquellos que se oponen a esa ruta en los ámbitos cívicos, gremiales, económicos y políticos. Esta es la principal contradicción de la coyuntura, la cual asumió un rostro regional debido al peso económico y político de algunas partes de la nación que enfrentaban el modelo de Morales.

La combinación de los anteriores procesos explotó por varias decisiones de Evo y su gobierno, que ayudaron a deslegitimar su proyecto, y que les entregaron armas a sus enemigos para derrocarlo. Todas tuvieron que ver con las normas de funcionamiento del Estado.

Morales actuó, por la razón que sea, como todos los gobernantes de izquierda o derecha que aspiran a perpetuarse en el poder reformando la constitución. En Colombia, por ejemplo, Álvaro Uribe Vélez (de la ultraderecha más extrema) introdujo un artículo en las normas constitucionales para hacerse reelegir una vez, e intentó seguir derecho con más reelecciones y con más revisiones a la carta fundamental, pero fue parado en seco por la Corte Suprema de Justicia, que no le permitió concretar de nuevo sus intenciones.

Evo realizó un referendo en el año 2016, con el cual se buscaba reformar la constitución para permitir la reelección indefinida. Pero tuvo menos suerte que Uribe, pues más del 50% de los votantes negó la posibilidad de esa reforma.

En vez de ensayar con la candidatura de otros aspirantes del MAS (su principal apoyo político) o con personalidades cercanas a su proyecto, Evo se lanzó al abismo al buscar la aprobación del Tribunal Constitucional (controlado por sus amigos), el cual le entregó el aval para hacerse reelegir, tutelando su derecho a repetir con el argumento dudoso de que su aspiración era un derecho humano de alcance internacional, reconocido por el Estado boliviano.

Esta mascarada le costó demasiado al presidente Morales, pues no solo puso otras armas en las manos de sus opositores internos y externos, sino que contribuyó a deslegitimarlo ante algunas instituciones decisivas, como la policía y el ejército. El puntillazo final, en el abanico de sus errores políticos y legales, provino de las elecciones a presidencia de octubre del año 2019.

Los encargados del conteo de votos maniobraron de manera inadecuada para evitar que hubiera una segunda vuelta, en la cual Morales seguramente perdería el poder ante las fuerzas aglutinadas por el segundo en lista, el opositor Carlos Mesa.

La convocatoria a la OEA (dirigida por alguien que antes lo había apoyado, Luis Almagro) para que supervisara el conteo y todo el proceso, fue el último mazazo que fulminó a Evo, pues esta sostuvo que existieron muchas irregularidades que daban pie a la existencia de un fraude electoral, por lo cual había que repetir las elecciones.

La exigencia de renuncia de la oposición en las calles (y la turbamulta social que iba in crescendo) preparó el terreno para la revuelta al interior de la policía, y para la declaración del comandante de las Fuerzas Armadas, general Williams Kaliman, en la que le solicitó dejar el cargo.

Sin el apoyo de las instituciones armadas de la república, no le quedó otra salida a Evo sino la de irse. De nada le sirvió aceptar la idea de la OEA de repetir las elecciones (una declaración que llegó muy tarde), pues todo había engranado ya para su derrocamiento.

El hecho es que Bolivia sigue hoy polarizada y descompuesta institucionalmente, con una presidenta fruto del vacío de poder, de la improvisación y de la imposición, que reemplaza a Evo sin cumplir los requisitos constitucionales mínimos, y con unos antecedentes de racismo y de fanatismo religioso que preocupan a tirios y troyanos.

No está claro lo que ocurrirá de aquí en adelante con los partidarios del expresidente Morales, ni cómo procederán contra ellos la presidenta ilegal de la transición, la policía y las Fuerzas Armadas. Tampoco es clara aún la manera como actuará Evo Morales, después de recibir el asilo en México, aunque ya se conoció su disposición de volver a Bolivia.

Es improbable una guerra civil, pues no se ve por donde se pueda armar a las personas que apoyaban a Morales. Pero no se puede descartar un baño de sangre, como única salida para mantener en el poder a los enemigos del expresidente.

Lo que no tiene discusión es que a Bolivia la gobiernan desde ahora los opositores y enemigos de Evo, dispuestos a arrasar con su legado, para bien o para mal. Qué ocurrirá con sus partidarios y con el nuevo e ilegítimo poder es la gran incógnita que despejará el futuro. Ojalá sin que siga corriendo la sangre.

CONCLUSIÓN

La experiencia de escribir columnas de opinión e investigación me ha dejado varias cuestiones agradables que paso a resaltar en este cierre. Lo primero es el aumento del reconocimiento de los estudiantes de historia y de todos los intelectuales que han sabido valorar el esfuerzo como necesario y oportuno.

Llevar a la prensa virtual (especialmente a través de zonacero.com) y a las redes sociales los temas conectados con la historia, me ha hecho más visible a mí como historiador y profesor, pero, además, ha puesto en primer plano la importancia de la historia y el tratamiento de los diversos asuntos de opinión bajo la perspectiva histórica.

Afortunadamente, la formación de los historiadores los capacita para comprender profundamente los problemas sociales, para comparar procesos y fenómenos en tiempos y espacios distintos, y para diferenciar, desde esta base, lo esencial de lo secundario. Este hecho provoca que los análisis del historiador alcancen un nivel de profundidad y complejidad que beneficia al lector de columnas.

Partiendo de estos fundamentos, adquiridos en la profesión de historiar, se ha hecho menos difícil transmitir a un público más extenso los contenidos propiamente históricos o los análisis de coyuntura preparados bajo la estela de esa experiencia. Los recursos de la historia hacen que el analista esté mejor preparado para observar y explicar situaciones y problemas que de otro modo permanecerían ocultos o inexplorados.

La práctica semanal de escribir columnas me permitió forjar, además, una disciplina indiscutible para redactar escritos. Preparar columnas a menudo produjo el milagro que destacó cierta vez García Márquez, consistente en mantener siempre el brazo caliente para escribir. Acostumbrarse a componer columnas de opinión ayuda a crear un hábito que aproxima al columnista a los escritores con más cancha, a los literatos, lo cual facilita superar los hábitos normales dentro de los historiadores en cuanto a la creación de textos escritos.

Son pocos los historiadores que se arriesgan a escribir columnas de opinión. De hecho, esta práctica implica romper con los hábitos comunes dentro de su profesión, la cual se concentra en elaborar libros o artículos para ser publicados periódicamente. Esta forma de proceder provoca que el acto de escribir no sea tan continuo, como sí lo es en el campo de las columnas de opinión, del periodismo propiamente dicho.

Mantener el brazo caliente para escribir genera más ductilidad para seguir escribiendo. Con el paso de las columnas, lo que antes costaba mayor esfuerzo ahora se realiza con menos drama y dolor: definir un tema, un tono, las palabras más adecuadas y el enfoque más conveniente, todo va apareciendo y va engranando mejor como consecuencia de la práctica.

Esto, a la larga, repercute en la formación de un estilo que no se queda reprimido en las columnas, sino que se expande a los demás trabajos que uno realiza. En consecuencia, estoy en condiciones de asegurar que escribir columnas de opinión me ha servido de laboratorio para mejorar la forma como escribo otras cosas que tienen otro propósito.

Por último, quisiera invitar a mis colegas a que se atrevan a escribir columnas. Esto no descalifica ni pordebajea a la historia, sino que la aprestigia, al sacarla de su urna de cristal y al hacerla viajar hasta las entrañas del gran público. La perspectiva de los historiadores en el campo del análisis social ha probado ser muy importante en otros países y en Colombia, y no existe ninguna razón de peso para que los colegas se nieguen a participar en la tarea de divulgación y profundización que implica escribir columnas periodísticas para una mayor cantidad de personas. Comunicar lo que sabemos a través de los medios de comunicación y de las redes sociales siempre ha sido un trabajo placentero y necesario.

No puedo cerrar esta conclusión sin agradecer la gestión del decano de la Facultad de Ciencias Humanas, profesor Luis Alarcón Meneses, por la publicación de este libro. A él se debe completamente

esta iniciativa, pues fue quien me motivó para hacer la selección de columnas que integrarían la obra. Le agradezco ese gesto, y también le agradezco a la Universidad del Atlántico haber asumido la publicación de la obra, que espero sea útil para muchas personas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Fuentes

- Acta de la Revolución del 20 de julio de 1810 (Véase esa fuente en Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango).
- Carta de P. J. Proudhon a Karl Marx, 17 de mayo de 1846. Disponible en la red mundial. Constatar en <https://mirror.anarhija.net/es.theanarchistlibrary.org/mirror/p/pj/pierre-joseph-proudhon-carta-de-p-j-proudhon-a-karl-marx-17-de-mayo-de-1846.pdf>.
- Domingo Malabet. Resumen histórico de los terrenos del Distrito de Barranquilla. Imprenta de El Siglo, 1911. Archivo Histórico del Atlántico (AHA).

Libros

- Arendt, H. (2006). Los Orígenes Del Totalitarismo. Madrid: Alianza Editorial.
- Burke, P. (2006). ¿Qué Es La Historia Cultural?. Barcelona: Editorial Paidós.
- Burke, P. (2009). Formas de Hacer Historia. Madrid: Alianza Editorial.
- Burke, P. (2000). Formas de Historia Cultural. Madrid: Alianza Editorial.
- Burke, P. (2014). Historia Social Del Conocimiento. Vol II De La Enciclopedia a La Wikipedia. Madrid: Editorial Paidós.
- Burke, P. (1993). La Revolución Historiográfica Francesa. La Escuela de Los Annales: 1929-1989. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Blanco, J. (1987). El Norte de Tierradentro y Los Orígenes de Barranquilla. Bogotá: Banco de la República.
- Braudel, F. (1984). Civilización Material, Economía y Capitalismo, Siglos XV-XVIII. Vol. 3. Madrid: Alianza Editorial.
- Braudel, F. (2014). El Mediterráneo y El Mundo Mediterráneo En La Época de Felipe II. Madrid: Editorial Fondo de Cultura Económica.

- Braudel, F. (1968). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bloch, M. (1952). *Introducción a la historia*. Fondo de Cultura Económica.
- Bloch, M. (1986). *La sociedad feudal*. Madrid: Ediciones Akal.
- Cavallo, G. (coord.), Chartier, R. (coord.), Bonfil, R. (coord.). (1997). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Editorial Taurus.
- Casanova, J. (1991). *La historia social y los historiadores*. Barcelona: Editorial Crítica, D. L.
- Cipolla, C. (1991). *Entre la historia y la economía: introducción a la historia económica*. Barcelona: Editorial Crítica, D.L.
- Cohn, N. (2020). *En pos del milenio: revolucionarios milenaristas y anarquistas míticos de la edad media*. Madrid: Editorial Pepitas de calabaza.
- Chartier, R. (2000). *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Chartier, R. (2016). *La mano del autor y el espíritu del impresor: Siglos XVI-XVIII*. Katz Editores.
- Dávila, C. (compilador). (1996). *Empresa e Historia en América Latina. Un Balance Historiográfico*. Bogotá: T.M. Editores: Colciencias.
- Duby, G. (1988). *Diálogo sobre la historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Duby, G. (2019). *Guillermo el Mariscal*. Madrid: Alianza Editorial.
- Duby, G. (2016). *La época de las catedrales: arte y sociedad, 980-1420*. Editorial Cátedra.
- Febvre, L. (1982). *Combates por la historia*. Barcelona: Editorial Ariel, (5ta edición).
- Febvre, L. (1993). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*. Madrid: Editorial Akal.
- González, L. (1968). *Pueblo en vilo: microhistoria de San José de Gracia*. Monterrey: El Colegio de México.

- González, L. (1997). El arte de la microhistoria. En: Obras completas de Luis González Tomo 9, Invitación a la microhistoria. México: Editorial Clío.
- González, L. (1999). El oficio de historiar. Meéxico: El Colegio de Michoacán.
- González, L. (2000). Otra invitación a la microhistoria. México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Ginzburg, C. (2009). El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI. Barcelona: Editorial Península.
- Ginzburg, C. (1989). Mitos, emblemas, indicios: Morfología e historia. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Julia, S. (1989). Historia Social/Sociología histórica. Madrid: Siglo XXI de España.
- Kula, W. (1977). Problemas y métodos de la historia económica. Barcelona: Editorial Península.
- Le Roy Ladurie, E. (1981). Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324, Barcelona: Editorial Taurus.
- Labrousse, E. (1962). Fluctuaciones económicas e historia social, Madrid: Editorial Tecnos.
- Langlois, C.V., Seignobos, C. (2003). Introducción a los estudios históricos. Publicaciones Universidad de Alicante.
- Le Goff, J. (1991). El orden de la memoria. El tiempo como imaginario, Barcelona: Editorial Paidós.
- Le Goff, J. (1986). La bolsa y la vida. Economía y religión en la Edad Media. París: Editorial Hachette.
- Le Goff, J. (1991). Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso, Barcelona: Editorial Paidós.
- Nieto, J. (2011). Geografía histórica, estadística y local de la provincia de Cartagena República de la Nueva Granada, descrita por cantones, Volumen 3 de Biblioteca Bicentenario de la Independencia de Cartagena de India: Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias.

- Nichols, T. E. (1973). Tres puertos de Colombia: estudios sobre el desarrollo de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla. Bogotá: Banco Popular.
- Nora, P. (1986). *Les Lieux de Mémoire*. Paris: Editorial Gallimard.
- Noiriel, G. (1997). *Sobre la crisis de la historia*, Madrid: Editorial Cátedra.
- Piketty, T. (2019). *Capital e ideología*. Barcelona: Editorial Deusto.
- Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Bogotá: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Smith, A. (1994). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chaunu, P. (1959). *Séville et l'atlantique, 1504-1650: Structures et Conjoncture de l'atlantique Espagnol et hispano-Américain*. París: Éditions de L'IHEAL.
- Schumpeter, J. (1967). *Teoría del desenvolvimiento económico*. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Thompson, E. P. (1989). *La Formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Topolsky, J. (1973). *Metodología de la historia*. Madrid: Editorial Cátedra, 3era ed.
- Uprimny, R., Giraldo, J., Escobar, M. (2020). *Fanatismo*. Bogotá: Comisión de la Verdad/ Rey Naranjo Editores.
- Vergara, J. R., Baena, F. (1922). *Barranquilla: su pasado y su presente*. Barranquilla: Banco Dugand.

Capítulos de libro y artículos

- Fabri, S. M. (2013). Lugares de memoria y marcación territorial: sobre la recuperación de los centros clandestinos de detención en Argentina y los lugares de memoria en España. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 22(1), 93 - 108. <https://doi.org/10.15446/rcdg.v22n1.36307>.
- Fabri, S. (2010) Reflexionar sobre los lugares de memoria : Los emplazamientos de memoria como marcas territoriales [En

línea]. Geograficando, 6(6). Disponible en Memoria Académica: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4745/pr.4745.pdf.

Levi, G. 2009. Sobre Microhistoria. in Formas de hacer historia. Madrid: Alianza Editorial.

Levi, Giovanni (2003). Un problema de escala. Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad, XXIV (95), 279-288. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13709510>.

Montaño, E. (2008). Les Lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria. Historia y Grafía, No. 31, 165-192.

Thompson, P. (2004). Historia Oral y contemporaneidad. Anuario de la Escuela de Historia, (20), 15-34. <https://doi.org/10.35305/ae.h.v0i20.204>.

Zambrano, M. (2014). La historia empresarial: problemas teóricos y metodológicos. En: Historia Empresarial de Barranquilla, Universidad del Norte, Vol. 1.

